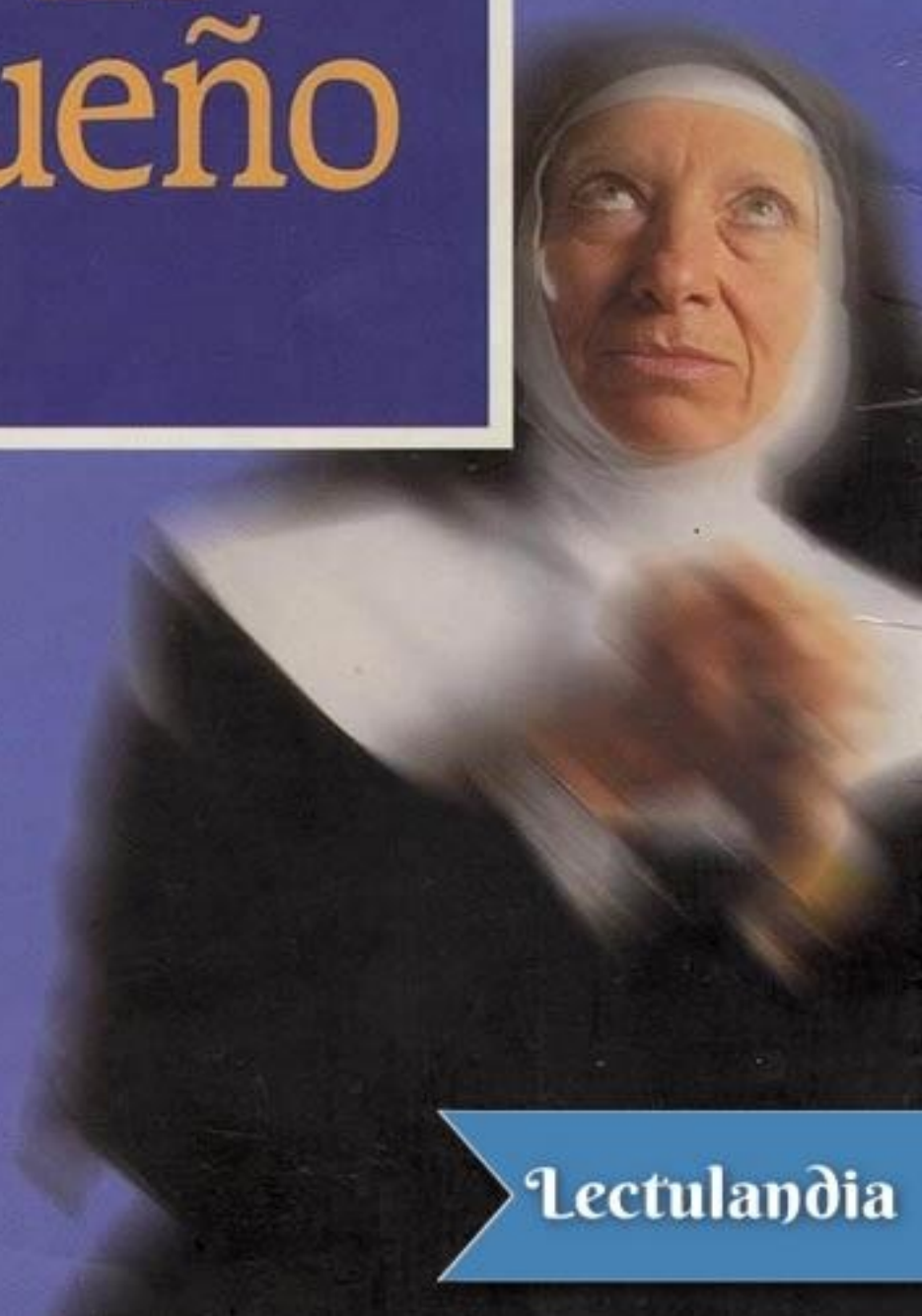




CÉSAR AIRA

El
Sueño



Lectulandia

Mario es el hijo del dueño de un puesto de diarios en el barrio de Flores. La historia que protagoniza incluye también a dos personajes femeninos antagónicos: la bella e inocente Lidia, una de las tantas chicas desafortunadas que han ido a parar al vecino refugio para madres solteras, y la terrible madre Elena, monja superiora del exclusivo Colegio de la Misericordia. Las vueltas de la vida y de la imaginación delirante y exquisita de César Aira pondrán a Lidia y a Mario en el centro de una siniestra conspiración tecnológico-religiosa. Mientras las circunstancias lo arrastran como un tifón, sólo el Sueño le da al bueno y manso de Mario las fuerzas necesarias para enfrentar a los oscuros poderes que los amenazan.

Lectulandia

César Aira

El sueño

ePub r1.0

Titivillus 21.08.16

César Aira, 1998

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Año Nuevo

A la medianoche el cielo sobre Flores se llena de fuegos artificiales. Las cañitas voladoras parten de todas partes en líneas de puntos dorados, algunas casi rectas hacia arriba, las más en ángulos caprichosos, impredecibles, se escabullen entre los árboles y los edificios; o bien fallan y parten tropezando y rebotando por los autos estacionados y los grupitos de chicos que han salido a la vereda, con peligro de quemaduras e incendios. Pero a quién le importa. Las miradas buscan lo oscuro del cielo, donde estallan las luminarias que llegan a destino; gruesos cohetes propulsados por una carga de pólvora negra van muy alto y sueltan su provisión de luces verdes, rojas, blancas. Crisantemos fosforescentes que se abren en silencio, en una cascada de gotas brillantes. Todo lo que desaparece es reemplazado por otra aparición, en otro punto del firmamento. Los hay como globos de cristal en fusión, derramándose sobre sí mismos. O paracaídas lentos, del rojo más brillante, que caen un breve tramo apaciguado. El apuro indecible con que parten del suelo, esa precipitación contra la gravedad, se resuelve en el punto de nada, se abre en un gesto. Siempre lejanos, eso sí, siempre más allá del alcance del hombre, pájaros, aviones; no sólo más altos: más fugaces. Cada cual tiene su sorpresa, su modo particular de hacerse visible en lo imposible, donde ha cesado el arriba y el abajo. Unos más cerca, otros más lejos, todos en el cielo negro y alto; marcan desde nuestras ventanas y balcones los ángulos del azimut del barrio. Allá... allá... allá... Todos a la vez, de pronto, súbitas palmeras de fuego óptico, violeta, anaranjado, rosa... La coincidencia da el sentido repentino de la celebración. En cada burbuja hay otro color, una especie de blanco oculto que le da su relieve. Unas cañitas de última generación revientan en racimos de estrellas rojas que chisporrotean como burbujas en el *champagne*, prickiti-prickiti-prickiti. Pochoclo variopinto en el calor abrasador de la noche. Un vago resplandor verde dibuja el contorno de un edificio gigante y sombrío, que uno ignoraba que estuviera allí. Toda la ciudad está ahí, en realidad. El minuto está ahí, y eso basta. Y si las profundidades oscuras del universo parecen intocadas por este momentáneo carnaval, de todos modos la perspectiva actúa sobre ellas, las transforma y miniaturiza. El cielo se precipita sobre los estallidos de luces, y se ondula y borda con ellos. Así hasta que llega el último segundo del año, el límite, y entonces se intensifica el concierto de cohetes, petardos, explosiones a repetición o aisladas, y las tremendas bombas que retumban largamente por las calles arboladas y se encadenan unas con otras. De las azoteas arrojan las bengalas gato, que hacen toda su trayectoria con un maullido escalofriante. Cien millones de cohetes se fríen todos juntos en el empedrado. Las doce: empiezan a sonar las sirenas, como serpentinas entre las explosiones, el cielo se llena de chispas con todos los colores del espectro, y en las grandes reuniones familiares se entrechocan las copas brindando. ¡Feliz Año Nuevo! ¡Feliz Año Nuevo! Las campanas de la Misericordia están repicando: el tañido acelerado y obsesivo parece decir: Dios... Dios... Dios... El concierto sucede en un solo instante, en un

punto de la historia de nuestras vidas. Se renuevan todas las explosiones, las luces en el cielo, las sirenas, la bolita de vidrio negro con la ciudad adentro, y las campanas: días... días... días...

Meses después

Es increíble cómo se concentra la vida. Cuanto más organiza uno los horarios, más concentrado queda lo importante en unas pocas horas, más vacío queda el resto. En el listín de lo impostergable van los trabajos, los trámites, las compras, cualquier cosa, si ha sonado su hora; razonablemente, ninguno ocupa más que unos cuantos minutos; todos juntos, uno después de otro, pueden sumar un par de horas, a veces menos. A veces mucho menos, porque ese lapso de concentración tiende por sí mismo a disminuir. Bien aprovechado el tiempo, la agenda queda limpia en un santiamén; casi podría decirse que queda limpia a priori. Basta con anular la subjetividad, dejar actuar lo objetivo real. Es el instante, la decisión resuelta. Tras lo cual el día se revela larguísimo y en blanco. Por supuesto, no quiero decir que lo contrario sea preferible. No predico el desorden; todos conocemos esa angustia difusa de estar perdido en el día, la semana, el año, la vida, por no organizarnos. Soy enérgico partidario del orden, recomiendo hacerse horarios, y cumplirlos, aunque veamos concentrarse la vida en un rato. Muy bien, después queda el resto del día para no hacer nada. ¿Qué hacer entonces, en esas espléndidas extensiones vacías? No es la pregunta pertinente, porque justamente no tenemos nada que hacer: lo hicimos todo antes. ¿Y qué es «todo»? ¿Qué es lo que hicimos? No hay ningún secreto: todo lo que había que hacer, lo obligatorio, lo que nos mantiene en funcionamiento. Muy bien, eso ya pasó. Queda lo otro. Para el que no sabe organizarse, es al revés. En el fondo, es lo mismo: siempre nos estamos enfrentando con las amplitudes optativas de la vida. Pero no vale la pena ponerse filosófico; hay que ser práctico, hay que ser realista. Ahora veremos en detalle cómo transcurrió la mañana.

Era una mañana perfecta, de esas en que no se puede pedirle más al clima. Perfecta, no excepcional. A primera hora del alba Natalio y su hijo menor Mario abrían el puesto y empezaban su jornada de trabajo. Eran los diarieros de la mañana en la esquina de la avenida Directorio y Bonorino. Los puestos de diarios y revistas en Buenos Aires son unas estructuras de metal azul oscuro, que se abren hacia los lados y quedan exponiendo su mercadería multicolor de tapas de revistas, fascículos, libros. El negocio en esta esquina es modesto en términos de compradores ocasionales, porque hay poco movimiento peatonal; pero es sólido, ya que la zona abunda en edificios altos y grandes, con clientela de diarios y revistas a domicilio. Lo que significa que para Natalio y Mario no se trataba sólo de quedarse esperando que viniera alguien a comprar. Había que salir a repartir. Justamente, al mismo tiempo que el primer camión de entregas llegó Tito, el ayudante de reparto, y el trío operativo quedó completo. Por temporadas trabajaba con ellos el hijo mayor de Natalio, a veces también su hija mujer, y muy ocasionalmente, por alguna necesidad, su señora. Pero los fijos eran ellos tres, y fueron los que se presentaron esa mañana.

Natalio era italiano: medio siglo en la Argentina no había terminado de borrarle el acento, que a esta altura ya podía considerarse definitivo. Iba para los setenta años (o

ya los tenía) pero se mantenía en buena forma, seguramente por causa de la vida ordenada y regular que le dictaba su oficio. Salvo por los madrugones, a los que se había habituado hacía décadas, no era un trabajo brutal ni desagradable: tenía lugar al aire libre, se prestaba a la conversación y la amistad, a las pausas, y quedaba toda la tarde libre para la siesta, el jardín y la vida de hogar. El único punto que podría haber provocado tensión era el reparto de primera hora, laberíntico y sujeto a mil complicaciones: pero era sólo cuestión de organizarse, y ése era el fuerte de Natalio.

A las cinco los camiones descargaban los fardos de diarios; a las siete el reparto estaba completo: medio millar de diarios, algunos acompañados de revistas, descansaban en los umbrales de otros tantos departamentos y casas de un radio de trescientos metros erizado de torres y monoblocs. Era casi un milagro de precisión, y sin embargo no tenía nada de especial. Lo hacían todos los días. La clave era combinar una planificación cuidadosa con el vigor de su puesta en práctica; y como eso equivalía a sumar los dones de la madurez y la juventud, padre e hijo se complementaban. Hacía quince años que Mario acompañaba a su padre en la esquina; ya se entendían sin palabras, se sabían de memoria todo lo que podía pasar, anticipaban los problemas... Si era necesario (y solía serlo) Mario podía hacer solo todo el reparto; pero lo normal era emplear un ayudante, que con el tiempo había ido variando; ahora, hacía un año, lo tenían a Tito, una sorpresa de eficiencia; se habían encariñado con él: era un chico de unos diecisiete o dieciocho años, muy pequeñito de cuerpo, el pelo siempre rapado como un conscripto, dos mudas de ropa caqui siempre recién lavada y planchada, borceguíes, *look* legionario. Ponía un entusiasmo casi deportivo en el trabajo, él también era perfeccionista, razonable a pesar de su ignorancia (no había terminado la primaria): en unas semanas estuvo en condiciones de hacer solo el reparto completo, y alguna vez lo hizo; lo habitual era que se «repartieran el reparto» con Mario, y todo iba sobre ruedas. A las ocho a más tardar, solucionados los problemas rutinarios, por ejemplo algún diario que llegaba tarde, una revista que faltaba, un suplemento traspapelado, se marchaba; el resto del día trabajaba en la verdulería de su padrino. «Tito: una joyita», comentaba Natalio.

Si bien siempre había algo que hacer hasta el mediodía, para ellos dos también la jornada, o lo que sentían como la esencia de la jornada de trabajo, quedaba concluida a esa hora. De ocho a nueve, desayunaban con medialunas compradas en Los Milagros, la panadería que estaba justo enfrente, sobre la avenida; después venían tres horas bastante monótonas, de despachar algún diario o revista a alguien que pasaba, a alguna señora que hacía los mandados... Hasta las tertulias que se improvisaban en la vereda iban disminuyendo de intensidad, y solía haber una hora muerta, o dos... A las doce del mediodía cerraban y ¡hasta mañana!

La palabra más repetida: «buen día». Con los años habían llegado a hacer una buena cantidad de amigos del barrio. Había de todo entre ellos: jóvenes y viejos, hombres y mujeres, callados y conversadores, y hasta insoportables de habladores, algunos inteligentes, otros idiotas, cada uno con su estilo. El común denominador era

la falta de problemas; todos tenían sus vidas solucionadas, apacibles, felices a su modo. Y no es que el mundo se hubiera transformado en una utopía, sino que la gente proclive a ponerse a charlar a primera hora de la mañana era la clase de gente que no tiene problemas graves. Ese clima psicológico se había hecho carne en los diarieros, en Mario sobre todo; su padre mantenía una actitud más distante, más escéptica.

Pero aun con los que no hablaban había una comunicación, por la vía del hábito. Es increíble lo rápido que se transmiten los hábitos ajenos. De sólo ver cruzar una figura conocida, sin necesidad de mirarlo mucho, con ese conocimiento un poco marginal a la conciencia, ya la mano iba hacia un diario o una revista. Había quienes compraban cada día de la semana un diario distinto, o un diario y un fascículo, una revista... Se los aprendían de memoria, y no al cabo de meses o años sino la segunda vez, o directamente la primera. Era bastante misterioso. Es cierto que ellos tenían muy presente el día de la semana que era, eso estaba en el aire, también fuera de la conciencia pero envolviéndola con los signos que le daban su color, su tono, su atmósfera. El color en la tapa de una revista, un fascículo de civilizaciones... era jueves, lunes, sábado... Los días eran para ellos lo que las estaciones para el grueso de la gente.

Nunca faltaba tema de conversación, naturalmente. No podía faltar, tratándose de ese rincón noticioso del barrio. Pero los temas se repetían, porque salían de un fondo limitado.

Llegó el Doctor jubilado, con la correa del perro en una mano y el bastón en la otra. Mario estaba en compañía de don José, el sereno de Divanlito; sacó una Nación de la pila al tiempo que el Doctor se pasaba el bastón a la mano de la correa y tendía la otra para tomar el diario.

—¿Buen día, dice? ¡Buen día para el cajero caco, que se escapó con la plata!

—No lo agarran más —dijo don José, terminante.

—Noooo —dijo Mario.

El Doctor se puso a explicar algún detalle del caso, que había oído por la radio. Como muchos ancianos, se despertaba tempranísimo y escuchaba los programas de primera hora. Solía tener más información que el diario, que compraba por costumbre nada más, por pasear el perro, por hacer ejercicio. Don José lo oía con impaciencia por intervenir con su propia teoría del robo.

La conversación no tardaría en derivar a la política, eso era inevitable. Una señora se había detenido y miraba las revistas con gesto pensativo. Mario, ni él sabía bien por qué, sabía lo que la señora buscaba, y se lo dijo:

—Las que traen la tarjeta son *Teleclíc*, *Gente* y *Para Ti*. —Esa misma señora debía de haber estado la semana pasada preguntando por la tarjeta del Susybingo, y su cara le había quedado grabada. Había un contraste llamativo entre la ropa liviana que traía ella, sin medias, con un saquito desprendido, y lo abrigados que estaban los dos viejos, de sobretodo, gorra y bufanda. La mañana era tan perfecta que ni una ni otros estaban fuera de lugar; el clima daba para todo.

—Las tres son la misma porquería —dijo ella, que al fin se decidió por *Para Ti*.

—¿Se acuerda de Togliazzi? —estaba diciendo el Doctor cuando Mario volvió a prestar atención.

—Cómo no me voy a acordar si éramos vecinos —respondía don José.

—¿Usted dónde vive, don José? —le preguntó Mario con repentina curiosidad. Hacía años que lo veía todos los días y nunca se le había ocurrido preguntárselo. El viejo era sereno en la fábrica de muebles de la cuadra, pasaba la noche ahí, y a esa hora se detenía a charlar con ellos un rato antes de tomar el colectivo a su casa. Su trabajo explicaba lo abrigado que lo veían siempre: como pasaba la noche en vela, al salir debía cuidarse de uno de esos traicioneros enfriamientos del amanecer, aun en pleno verano: el organismo se ponía muy sensible por la «vida al revés», como decía él.

—¿Eh? —dijo el sereno volviéndose hacia el joven diariero con un desconcierto total. Seguramente se le habían mezclado los años, los domicilios, las preguntas y las respuestas.

—¿Y tu padre dónde está? —preguntó de pronto el Doctor.

—Fue a cortarse el pelo —dijo Mario riéndose por lo absurdo que sonaba. En ese momento cruzaba el portero de un edificio del otro lado de la manzana de enfrente, sobre José Bonifacio. Servicial, se inclinó sobre la ventanilla de un auto que había frenado junto al cordón y le tomó el «pedido»: un *Clarín*. Mario se lo pasó, el portero se lo alcanzó al automovilista, vino con un billete de un peso, Mario le dio los veinte centavos de vuelto, y él los entregó; sólo entonces hizo la pregunta por la que había venido, que era por qué no habían entregado dos fascículos en su edificio junto con los diarios. En realidad, casi no necesitó decirlo, porque de sólo verlo Mario sabía de qué se trataba:

—Los fascículos de manualidades, ¡no los trajeron! —le dijo.

—La señora me preguntó; a la otra chica tampoco se lo habían dejado, así que pensó que se habían olvidado.

—No, no te preocupes. Tomá, llévaselos vos mismo. Sacó dos de una caja y se los dio.

—¿No era que no los habían traído?

—No los trajeron hoy temprano, vinieron con el segundo reparto; se los hubiera llevado yo pero estoy solo.

Esto último no necesitaba explicación, porque durante las maniobras con el automovilista Mario les había explicado a los dos viejos (y el portero había oído) que su padre quería cortarse el pelo desde hacía unos días, y el peluquero de enfrente, al pie de la torre grande, le había dado turno muy temprano, el primero del día, para no hacerlo esperar.

—¿Pero abre a esta hora?

—¡Vino especialmente por mi papá!

—No le va a hacer mal madrugar, a ése.

El corte se debía a que esa noche Natalio tenía una celebración familiar. Sin preguntar, el portero se había enterado. Ahora cruzaba la avenida con los dos fascículos en la mano y se detenía a charlar con Damián, el portero de la esquina, que lavaba la vereda con manguera; seguramente le estaba transmitiendo la información, pensó Mario. Muy resumida, muy telegráfica, porque a esa hora todos los porteros lavaban la vereda, y el argumento para ser breve era: «dejé la canilla abierta». Era como si todo el barrio fuera a inundarse.

Los dos viejos se fueron, cada uno por su lado, y Mario se quedó solo. Se concentró en el cuaderno que tenía abierto, con larguísimas listas de abonados que cubrían páginas y páginas. Se limitó a una somera revisión porque sintió llegar a Tito; no lo vio: lo sintió; el chico desplegaba una onda de energía que lo anunciaba de lejos. Con el pelo rapado, la ropa caqui, los ojos celestes brillando de pensamiento frenético, parecía un fugitivo de un campo de concentración. Cruzaba la avenida a la carrera esquivando los autos; jamás esperaba al semáforo.

—¡Dame los dos fascículos de Bonifacio! —exclamó al tiempo que tomaba una pila de cien *Clarines* que habían dejado separada sobre el estante lateral del kiosco.

Mario salió del interior para ayudarlo a alzar la pila y acomodársela bajo el brazo.

—Ya se los llevó el portero.

—¿Vino a buscarlos?! Ese siempre el mismo apurado.

—Las mujeres se los reclamaron, me dijo...

—Qué van a reclamarle —dijo Tito—. Es él, que se mete.

—Es buen tipo. ¿Sabés lo que hizo? Había parado un auto, le preguntó qué diario quería, se lo alcanzó, y le cobró...

—¿Qué te digo? Lo hace de metido...

—... y le dio el cambio.

Tito cambió de tema:

—Falta Bilbao.

Francisco Bilbao era la calle que corría atrás de Directorio.

—¿Qué querés que haga? Tengo que esperarlo a mi papá.

—Dejalo a Alfredo. Ahí viene, lo vi... El cuzco debe de haberse quedado meando en algún árbol.

—Es que papá se llevó las llaves.

—¿Qué llaves? En Bilbao no hay llaves.

—Sí, la del pasillo... Ahí viene.

En efecto, a cien metros la figura de Natalio había emergido de la peluquería y venía con su paso característico, de pato.

Tito ya estaba cruzando, con los diarios. Todo el diálogo entre los dos jóvenes había durado escasos segundos, con todos sus temas y alusiones y relatos. Tito siempre estaba apurado, y Mario tenía un modo de hablar muy precipitado, que hacía que no todos lo entendieran de primera intención. Eso lo había heredado de su padre. Por supuesto, no había heredado el acento italiano. Salvo por la velocidad, la suya era

un habla neutra, que tampoco se parecía al porteño típico. Por lo demás, el kiosco resonaba con una sinfonía de acentos provincianos, porque los porteros de la zona eran todos de aquí y de allá, santiagueños, tucumanos, mendocinos, correntinos, y varios paraguayos.

—Buen día, la *Crónica*.

Dio el cambio maquinalmente. ¿Dónde estaba su padre? Se había detenido a hablar con el empleado de las cocheras. Echó una mirada distraída a la bocacalle de Bonorino: Alfredo no aparecía...

Y sin embargo apareció, o ya había aparecido, en la esquina, y se encontraba con Natalio; se quedaron esperando juntos el semáforo, charlando. Pequeñas figuras en las lejanías íntimas del barrio, recortadas en la luz muy pura... No importaba que no se oyeran sus voces, porque Mario igual podía reconstruir el diálogo, los comentarios risueños de Alfredo sobre el corte de pelo, las respuestas de su padre, cada palabra, cada inflexión.

Más que eso, la ropa con la que se había vestido Alfredo esa mañana venía «puesta» en la figurita como una combinatoria fatal. Todos eran reconocibles, más allá de su aspecto, eran cerebros centelleando en un circuito integrado, vidas en un cuadro. Porque lo que se veía, además de lo visible, eran sus temas, y lo que podía resultar de los temas en la sintaxis de la mañana. El kiosco era la usina de temas, de los que albergaba una provisión tan cuantiosa que toda la eternidad de la mañana no alcanzaría para agotarla.

Cruzaron, y el saludo de Alfredo a Mario fue:

—¡Doscientos cuarenta mil dólares! ¡Ja ja! ¿Qué te parece? ¡Y tu papá ahorrando con el peluquero! —Se refería a la fuga del cajero, la noticia del día, de la que él también ya lo sabía todo antes de comprar el diario.

Se ubicó a un costado para no estorbar en las maniobras que padre e hijo iniciaron de inmediato. En la disposición mental del reparto, la calle Bilbao bramaba de impaciencia.

—Si hubieras venido diez minutos antes te dejaba atendiendo —le dijo Mario a Alfredo.

—¡Con mucho gusto, siempre a tus órdenes, Mario!

—Hubieras mandado a Tito a pedirme la llave —le decía Natalio.

—Es que vino ahora, hace un momento, y vos ya salías.

Cuando Natalio buscó las llaves en el bolsillo, no las tenía; estaban colgadas en la chapa del fondo del kiosco.

—Mirá dónde estaban.

Habían caído dos clientes al mismo tiempo. Alfredo, siempre comedido, les alcanzó los diarios que pedían, y les cobró, dejando la correa del perro sobre las revistas. El animal no se movía; era un pekinés peludo, de muy buen carácter. Alfredo por su parte era un hombre joven, gordo, que vivía con la madre en la otra cuadra y no trabajaba. Su única ocupación, por lo menos a la mañana, era pasear el perro, y

siempre se quedaba un buen rato charlando con ellos. Siempre se podía contar con él para que los cubriera si debían ausentarse los dos al mismo tiempo, como habría podido pasar minutos antes.

—¡Ooop!

Mario se puso abajo del brazo la pila que habían preparado en unos segundos: treinta diarios y revistas a repartir en la calle Francisco Bilbao y alrededor de la plazoleta triangular de Membrillar; lo habían hecho de memoria, intercalando cada ejemplar según el orden del recorrido que haría Mario.

Natalio esbozó un tibio reproche:

—No sé cómo queda esto para el final... Siempre hay que terminar corriendo.

Era hablar por hablar, pero no tenía importancia. La parte «de atrás» del sector que cubrían, el laberinto del viejo Barrio Municipal, era lo primero que hacía Tito, en los mismísimos albores del alba. Eran casitas, una al lado de otra, así que se podía atender un área grande con una sola recorrida, pero como la cantidad de abonados había crecido, era una pila fenomenal de papel a repartir, y el chico partía cargado como un camello; lo lógico sería hacerlo en dos viajes, pero él se negaba, por ahora, porque le desbarataría su rutina fija, y era muy conservador en ese aspecto. De todos modos la parte más cercana, la de la calle Bilbao, quedaba para una segunda tanda, que la hacía Mario, antes o después según las circunstancias. Hoy era después, por causa del bendito corte de pelo. Pero de cualquier forma era temprano. Natalio se pasó una mano por la cabeza.

—¿Cómo quedó?

—Muy bien. Corta bien el loco ese.

Ya se iba, cuando el padre le hizo acordar de las llaves. Después de haber hecho de ellas la clave del problema, ahora se las olvidaba.

—Dame la del pasillo sola —le dijo Mario. Era la única que necesitaba, y no tenía ganas de echarse al bolsillo uno de los enormes manojos. En el kiosco tenían las llaves de las puertas de calle de todos los edificios de departamentos del barrio. Era una responsabilidad, que con los años y el aumento de paranoia de los vecinos se había hecho sentir, aunque a Natalio le daba lo mismo. Eran varios aros cargados de llaves, pesadísimos; cada uno representaba un área de reparto. Todas distintas, aunque todas llaves. Era preciso reconocerlas, y eso lo hacía sólo el hábito, que no tardaba en formarse. Iban de mano en mano entre los tres, y las manos eran las que las reconocían, tanto que a veces, en alguna confusión, mirando fijo una llave, parecía un objeto extraño y sin sentido, nunca visto, y había que recurrir al pensamiento ciego. La norma era devolverlas al clavo correspondiente en la chapa del fondo del kiosco no bien el repartidor volvía; de ahí iban casi de inmediato al bolsillo de otro, que debía llevar algún faltante. Pero la norma casi nunca se cumplía, en lo maquinal. La utilidad de las llaves cesaba en cierto momento, entre las seis y media y las siete, cuando bajaban los porteros y empezaban a lavar la vereda, para lo cual dejaban abierta la puerta de calle del edificio. Un hecho que sumaba a la confusión era que

cuando debían hacer una única entrega aislada, sacaban la llave correspondiente del aro (el alambre de éstos estaba flojo y ondulado de tanto saca y pon) y después, cuando la encontraban en el bolsillo, anulada en la memoria la función que había cumplido, la enganchaban en un aro cualquiera. Otro: que los consorcios estaban cambiando las cerraduras y llaves de sus edificios todo el tiempo; bastaba que un vecino, de los cuarenta o cien del edificio, perdiera o le robaran su llavero, para que mandaran hacer el cambio; en esos casos el portero reservaba una copia para los diarieros, pero no faltaba algún copropietario, ansioso por recibir su diario a primera hora, que hacía otro duplicado y se lo traía... Todo iba al aro mágico, a convivir con la llave vieja, ya inútil, que nunca se acordaban de tirar. ¡Y qué llaves! Cada año se volvían más raras, menos parecidas a llaves: las había como punzones, como tornillos, como leznas, como martillitos a botón, como resortes, llaves computadas, llaves ópticas... Y sin embargo, ninguna se les perdía nunca, ninguna faltaba en sus manos cuando estaban ante una puerta cerrada.

Mario se fue y Alfredo se quedó comentando la hazaña del cajero tráfuga. Natalio le pasó el *Clarín* abierto en la doble página donde estaba el asunto. Sospechaba que Alfredo, con su exuberancia un poco infantil, se limitaba a lo básico de la noticia, al blanco y negro, y en realidad ignoraba de qué se trataba. Le habría gustado explicárselo, pero vio que el cuaderno estaba abierto sobre la tabla que hacía de mostrador, y se preguntó qué habría estado anotando su hijo. Revisó una por una las entradas visibles en esas páginas, y no encontró nada que pareciera nuevo. Había llegado un señor rentista que solía visitarlos a esa hora, don Martín, y Alfredo, que seguía eufórico, le dio conversación; en realidad seguían un diálogo del día anterior, sobre la campaña de Vélez. Pero los interrumpió la aparición de un hombrecito bajo en camiseta (otra vez se daba el contraste, esta vez entre el recién llegado y los que lo saludaban: Alfredo estaba de campera de cuero negro; don Martín, de sobretodo).

—¡Hola, Cacique! —exclamó Alfredo. ¿No fuiste vos el que se llevó los doscientos mil dólares?

—Doscientos cuarenta mil —corrigió Natalio.

El llamado Cacique, peón de limpieza en la herrería de la otra cuadra, no sabía nada del tema, así que Alfredo se lo explicó. No se necesitaba mucho, porque era simplísimo: un cajero de Banco había huido con una enorme suma, abandonando no sólo su trabajo y su honorabilidad sino a su esposa y a sus tres hijos pequeños.

—¿Cuánto? —preguntó el Cacique. Él debía de ganar un centésimo de esa suma por año de trabajo. Aunque no hacía gran cosa: los dueños de la herrería eran unos viejos bohemios, y la tenían tan sucia que la mera existencia de un peón de limpieza parecía un chiste.

—Es el modelo de Togliazzi —dijo don Martín.

Natalio asintió, distraído, pero Alfredo abrió los ojos como dos platos, porque no tenía idea de qué estaban hablando. Natalio le hizo abrir el diario que tenía en las manos y le señaló un recuadro titulado justamente «El Modelo de Togliazzi».

—¡No había leído esto!

Era bastante común que alguien, al menos uno en un grupo, se perdiera un aspecto de la noticia en el que los demás se fijaban especialmente. A veces esa ignorancia se hacía definitiva, como un punto ciego en un cuadro por lo demás bien estudiado. Habría sido el caso de Alfredo de no ser por esta observación casual.

Y el detalle era de veras importante. El robo no había consistido sólo en meter la mano en la caja y echarse los billetes al bolsillo: había habido transferencias de fondos, y no de cualquier fondo, ni siquiera de fondos realmente existentes en las cuentas... porque el ingenioso cajero había manipulado excedentes (que él mismo creaba) de montos que ponía el Banco mismo para cubrir cuentas en rojo de grandes empresas. De ese modo se aseguraba de que nadie diera la alarma, y había podido reunir con toda comodidad la suma.

Pero, justamente: eso ya lo había hecho Togliazzi diez años atrás, y había sido un caso muy comentado entonces. A nadie se le había ocurrido que se pudiera volver a hacerlo, y eso era lo que le daba sabor a este nuevo episodio.

Don Martín se explayó con gusto; él había sido funcionario del Banco Central, y había tenido cierta participación en el caso Togliazzi. Con enorme gasto de trabajo mental, había ideado unas salvaguardas que podrían haber evitado la repetición. Por supuesto, no le llevaron el apunte; nunca lo habían hecho, a lo largo de toda su carrera.

—Porque una vez hecho, es muy difícil demostrar nada. Los movimientos del *clearing* van barriendo todo día por día, prácticamente no quedan huellas...

—¿Pero de quién es la plata?

—De nadie, ¡ahí está la trampa! Son fondos interbancarios, que en realidad no deberían convertirse en plata real, en billetes, nunca, porque son apenas saldos, números anotados en planillas. Parece imposible, pero tenga en cuenta que el Banco por su propia operatoria está «creando» dinero todo el tiempo. Por lo general ese dinero queda en un limbo de transacciones, pero como en el fondo toda su eficacia está en su calidad de real, siempre se lo puede «sacar»...

Era bastante complicado, pero por eso mismo estaban de acuerdo en que Togliazzi había sido un genio. ¿Y este otro, este discípulo? ¡Más genio todavía, porque no se había tomado el trabajo ni siquiera de inventar nada!

—¡Todo está inventado ya! —resumió Alfredo, risueño como siempre.

—La macana que hizo éste —opinó Natalio— fue abandonar a la familia.

—Es cierto —dijo don Martín—. Así se pone en contra a la opinión pública, que por lo demás lo vería con mucha simpatía.

—¡Qué nabo! —dijo Alfredo, plenamente convencido. Por eso su sorpresa fue inmensa cuando el Cacique se opuso:

—¡Al contrario! Eso es lo que a la gente más le gusta. ¿Cuánta plata dijo? Hizo bien, se fue a gastársela solo.

Alfredo, en su carácter de hombre que nunca se casaría, estaba perplejo. Veía

inmensidades de conocimiento práctico que para él era un vacío. Ese indio de la clase obrera sabía idiomas que él no hablaría nunca. Aunque lo anterior fue un sutil movimiento de su alma, los otros lo captaron en todo detalle. No tanto porque él fuera transparente, como porque todo lo era, y la transparencia hablaba. Quizá porque el sujeto no era Alfredo sino la clase media en su conjunto, conjunto del que ellos formaban parte.

Mientras tenía lugar esa conversación habían pasado varios compradores, algunos fugaces, otros no tanto. Entre estos últimos estuvo una vieja corpulenta y medio desarticulada (lo que vulgarmente se llama «armatoste»), portera suplente ocasional de un edificio u otro, empleada de limpieza disponible para señoras con patio, y asidua quinielera que se hacía un hueco en sus tareas todas las mañanas para consultar de ojito la lista de números. Era hombruna, gran fumadora.

—Qué tal, Lilí —le dijo Natalio, que con el tiempo había entrado en confianza con el personaje. Y le gustaba pronunciar el nombre, por lo bien que se adaptaba a su acento. Le daba la impresión de que el saludo era su única oportunidad de hablar en italiano en toda la mañana, y en todo el día.

—Me duelen los riñones. Lavé tres pisos de escalera dos veces.

—¿Por qué dos veces?

—Porque se me dio la gana. No había quedado bien. Yo soy así.

Le había tendido la *Crónica* sin abrirla. Ella lo hizo, fue directo a los números con la exactitud que sólo da el hábito. Una breve mirada, y soltó una nubécula de humo que le envolvió la cabeza.

—¿Sacó algo?

—Qué me voy a sacar.

—A veces saca. —Era cierto—. A una vecina de la otra cuadra la atropello un auto, se fijó en la patente, jugó a los dos últimos números y se ganó trescientos pesos.

—¿A qué número?

—El catorce —dijo Natalio, que casualmente lo recordaba.

—Eso fue el jueves pasado —dijo Lilí—. Ah, ¿es la rubia del tapado rojo? El viernes la vi rengueando.

—Tuvo una luxación —dijo Natalio pronunciando mal.

Lilí le devolvía el diario con un chasquido de lengua despectivo.

—Yo me saqué la grande sin jugar: esta tarde me caso.

Por cortesía Natalio trató de disimular la enorme sorpresa que le causaba la información, pero a ella no la engañaba:

—Es un viudo veterano, no se va a pensar que es un pibe.

Aun así, que este viejo marimacho se casara era formidable.

—Yo dejo que las cosas pasen —decía Lilí disponiéndose a marcharse, porque siempre andaba apurada, y hoy tenía más motivo que nunca—. Lo único que me hincha es tener que ir a la peluquería.

Tenía unas pocas mechass grises enruladas en el cráneo, que parecían duras como

alambre. Natalio habría querido sonsacarle algo más pero ella ya se alejaba. Alcanzó a preguntarle:

—¿Lo decidieron de improviso?

Lilí hizo un gesto, de espaldas y dando esos largos trancos que tenía, como si encontrara inútil responder. Pero se volvió, se sacó el cigarrillo de los labios y dijo:

—¿Y a usted qué le parece?

Eso fue todo. La entrevista con Lilí había tenido lugar, como una especie de paréntesis sobreimpreso, mientras se desarrollaban las explicaciones de don Martín sobre el caso Togliazzi. Y dentro de la conversación con ella, también como un paréntesis que no se interrumpía, justo en el momento en que la vieja leía los números, pasó a comprar una revista para sus patronas, como todas las semanas a esa misma hora, una sirvientita. Era una chica de doce o trece años, flaquísima, linda de cara pero demasiado ignorante y tímida. Siempre le estaban pasando accidentes ridículos en las compras, y no aprendía. Una vez la habían mandado a comprar un cuarto kilo de pan, y había pedido cuatro kilos (no sabía lo que era un cuarto, y no acertaba a pronunciarlo); había salido de Los Milagros cargada con dos enormes bolsas, con lágrimas corriéndole por las mejillas: sabía que era un error pero no podía remediarlo. Natalio le dio la revista sin que tuviera que pedírsela, y ella le mostró toda la plata que tenía en la mano, avergonzada. No alcanzaba. Seguramente había cometido algún error antes, en la despensa o la panadería. Natalio tomó los billetes, dejó las monedas, y le dijo:

—Me debe dos pesos. Dos pesos —subrayó para que lo entendiera y pudiera repetírselo a la patrona. Ella le devolvía la revista, vacilando, con una sonrisa de naufrago—. Llévela nomás, me debe dos pesos.

Unos segundos antes (toda la escena no había llevado más de medio minuto), mientras ella tenía extendido el brazo mostrando el dinero, había venido otro comprador que pidió *La Nación*, pagó con monedas y se fue sin más. Era un hombre de unos cuarenta años, anteojos negros, peluquín (debía de ser calvo) y el rasgo curioso era que ya tenía un *Clarín* bajo el brazo, como si anduviera comprando un diario distinto en cada kiosco.

Estas escenas encajadas unas en otras, que eran lo más común, tenían por efecto paradójico expandir el tiempo, y a Natalio nunca le faltaba un lapso para pensar cómo proceder; por ejemplo, el paso del hombre le permitió decidir si la mandaba a la bobita esta a buscar más plata, o le fiaba.

Mientras volvía a la conversación sobre las estafas pensaba en el extraño caso de Lilí. La vieja bruja se casaba. Su vida cambiaría a partir de hoy. Nada volvería a ser como antes, ni para ella ni para las rutinas de la mañana del barrio, ni, por lo tanto, para el universo. Eso era muy extraño. La ceremonia de todas las mañanas, esencia de su profesión de diariero, era una repetición sin consecuencias. Pero nada es gratuito en la vida real, nada pasa sin dejar huellas, y quizá todo lo que pasaba bajo sus ojos estaba tan cargado de efectos definitivos e irreversibles como el casamiento. Aun

cuando, como en este caso, pareciera un milagro. Quizás un milagro verdadero no era otra cosa: una consecuencia definitiva surgiendo de la realidad. Esta idea podía provocarla la lectura subliminal del cartel sobre el local anticuado y grandioso de la panadería de enfrente: Los Milagros.

Para entonces Natalio había vuelto a tomar parte activa en la conversación, a la que no había dejado de prestar atención durante las interrupciones. Don Martín encarecía este hecho, que según él los diarios no mencionaban: que el nuevo robo, hecho sobre el modelo ilustre del anterior, ponía en descubierto que en el intervalo entre ambos podían haberse realizado otros, otros muchos posiblemente, quién sabía cuántos. Porque era el crimen perfecto; no tenía por qué salir a luz, nadie tenía por qué enterarse. ¿No era casi necesario, fatal, que, dadas estas circunstancias, hubiera habido más?

—Los habrían descubierto —opinó Alfredo—, habrían cometido algún error.

—Siempre dicen eso, para tranquilizar sus conciencias. Pero no es necesario, para nada, más bien todo lo contrario...

Entre el modelo y la repetición, en efecto, se extendía un lapso, que por lo general pasa inadvertido, en el que han podido realizarse todas las repeticiones secretas. Eso era pura lógica.

—... todo lo contrario, habría que preguntarse por qué tuvo que salir a luz este caso. Porque si se fijan bien, este hombre, el cajero, no cometió ningún error, no se delató por ninguna falla o descuido en el delito propiamente dicho...

—¿Por qué entonces?

—Porque se escapó. Huyó con la plata...

—¡Pero si no se escapaba, no tenía ningún sentido lo que había hecho!

Don Martín mostró alguna duda, y fue Natalio el que lo apuntaló:

—Si el robo es perfecto de verdad, no es necesario huir, ni siquiera cambiar de vida.

Ahí estaban todos de acuerdo. A continuación vinieron los comentarios sobre el abandono de su familia, y tuvo lugar la sorpresa de Alfredo por la revelación que le hizo el Cacique.

—Es muy misterioso en realidad —afirmó don Martín— que se haya descubierto a sí mismo. En ese punto hay un secreto que todavía no ha sido revelado. Lo hizo adrede, no obligado... Es como si hubiera tenido algún propósito.

El Cacique otra vez sostenía el punto de vista más terreno y claro:

—Quería irse con la mina a una isla de cocoteros, a pasarlo bien. ¡Con toda esa plata...!

El único que no se atrevía a opinar era Alfredo. Los otros se despachaban a gusto:

—¿De qué le sirve la plata, si está condenado a vivir toda su vida como un fugitivo?

Claro que, tenían que admitir, no había otro modo de gozar de la plata si no era como un fugitivo. ¿O sí? La plata sólo servía para llevar una vida de ficción. Los

presentes, y muchos de los ausentes, coincidían en que, en la realidad, la plata no era tan necesaria como parecía. Lo decían con la mayor convicción, pero ésta se quedaba corta respecto del grado de verdad que transportaban sus frases.

Tener millones de dólares en el bolsillo equivalía lisa y llanamente al milagro.

—¡Qué hermosa mañana! ¡Y pensar que hace diez minutos estaba teniendo pesadillas! —Esto lo decía un sujeto extravagante que vivía a la vuelta y venía de vez en cuando, irregularmente, a comprar un diario. Para entenderse, Mario y Natalio lo llamaban «El Gasista», quién sabe por qué asociación de ideas.

Toda la clientela, no bien se pensaba un poco en ella, revelaba su composición ambigua. Todos estaban locos, pero en realidad no estaban locos, todos eran raros, pero al fin de cuentas apenas si superaban el nivel de rareza necesario para distinguirse unos de otros. Lo mismo podía decirse que eran como todo el resto del mundo. Y sin embargo no lo eran. La presencia, la aparición en lo real, antes de ponerse a pensar en ellos, los hacía distintos. Y cuando el pensamiento quería reducirlos al común denominador humano, se deslizaba a lo ambiguo. Los hombres más corrientes e inofensivos conservaban un margen imprevisible, hasta peligroso. Superdotados, delincuentes, monstruos... Había que rendirse a la evidencia extraña de que en realidad existían. A veces toda la experiencia de la vida no bastaba para dar la convicción vigorosa y automática de la evidencia; al revés, a veces lo lograba una inocencia y credulidad infantiles.

Pero, justamente, la situación de Natalio y su hijo (y con ellos de su clientela habitual) era la menos propicia para lograr esta convicción. Los que se acercaban a ellos a primera hora de la mañana (de esas edénicas mañanas de Buenos Aires) estaban al margen de la realidad real... Por eso se acercaban. Para encontrar en los diarios las noticias de esos seres hiperreales cuya existencia pedía creencia o credulidad.

Después de la mañana, en otra dimensión, inasible con el pensamiento de la mañana, estaba la tarde. Entonces sí se echaba a rodar lo real... Pero el aura de la mañana, en los diarieros, lo invadía todo; su mundo era matutino. Para salir de la aurora habría sido necesaria una conversión violenta, y daba la impresión de que la vida entera no daría espacio suficiente para hacerla.

Natalio tenía dos hijos varones. El mayor, Roberto, era sindicalista, y estaba por entero del lado del misterio de lo real. Lo que no significaba que el afecto o la cercanía entre padre e hijo fuera menor. Todo lo contrario. Roberto producía en Natalio una especie de fascinación; era muy parecido a él físicamente, más que Mario; pero el padre debía renovar cada vez el esfuerzo enérgico de creer en el hijo, de ponerlo en el mundo, en un espacio que compartieran. Mario en cambio estaba plenamente en la ambigüedad previa, en la onda de flotación entre los dos mundos. Igual que su hija mujer, era más parecido a la madre, o a nadie (se parecían entre ellos): el rostro dulce, infantil, con la sonrisa siempre a flor de labios... Roberto no sonreía nunca.

A Natalio cualquiera podía darlo por sentado después de una sola visita al kiosco. Como hacía él con cualquiera, por su parte; era una transparencia mutua. Y sin embargo, no faltaba un elemento de misterio... Aunque no sobre la línea divisoria de la mañana y la tarde, sino mucho más allá. Un día, sin aviso (de esto haría entre quince y veinte años) había cambiado de carácter. De alegre y despreocupado y risueño que era, se volvió taciturno, serio, casi amargo... Es el tipo de cambio que puede esperarse de la edad y de las decepciones y dolores que la edad trae; pero en él se había dado de un día para otro, cortante, definitivo, sin preparación. Su clientela habitual no había podido dejar de notarlo; quizás el primer día pensaron que era algún inconveniente, un malhumor, un problema de salud... Pero fue definitivo. Ahora bien, el mecanismo de «transparencia» actuó aquí en contra de la percepción del misterio, y quizás siempre es así. El carácter de una persona va tan adherido a esa persona que nada puede reificarlo fuera de ella. Natalio era Natalio ahora, como lo había sido antes. En muy poco tiempo el contraste entre el antes y el después se borró... Si a eso sumamos la velocidad con la que pasan los años, y todas las mudanzas que los acompañan, pronto no quedó nadie que recordara «otro» Natalio... Y además, su carácter, su estilo, como el de cualquiera, no era monolítico, tenía toda clase de variaciones, «interiores» podría decirse, a su forma general. Una de esas variaciones, dentro de la amargura, podía ser: la alegría, el ánimo jocoso, la ironía comprensiva. Por lo demás, ¿quién toma nota de la psicología del prójimo? ¿A quién le importa? El carácter es apenas un rasgo entre otros: la fisonomía, el acento, la ropa... De modo que el misterio quedó misterioso, en lo más profundo del tiempo y del barrio. Seguramente alguien sabría qué le había pasado. Se materializó Mario, difundiendo ondas de una energía impaciente que llamaba la atención.

—¿Dónde está *El Gráfico* de la semana pasada? —exclamó a media voz, y se puso a revisar en las cajas del fondo.

Se explicó cuando lo hubo encontrado, todavía jadeante por la carrera. El doctor Bilardo no lo había leído... y se lo había pedido... La noticia cayó como una bomba en el reducido universo del kiosco, y no era para menos (entendidas las premisas). Bilardo, figura central del fútbol, y por lo tanto de la vida argentina, de la última década, vivía a la vuelta, en la calle Francisco Bilbao. Recibía un diario, el *Clarín*, que era lo que había ido a llevar Mario; no importaba que saliera en la primera plana de todos los diarios: él compraba uno solo. Eso se debía a que era avaro. Tampoco compraba revistas, ¡ni siquiera *El Gráfico*! que sí compraban religiosamente decenas de miles de hinchas de modestos recursos. Al parecer, Bilardo lo leía de ojito en las concentraciones; por supuesto que lo leía, de eso estaban seguros. No podía ser de otro modo porque el fútbol había llegado a ser una especie de diálogo telepático en que toda la afición pensaba con un solo cerebro, y este cerebro era el ejemplar del *Gráfico* de esa semana. Pero ahora la señora de Bilardo había salido a esperar a Mario en la puerta y le había dicho que el doctor se había perdido el número de la semana pasada, y mandaba decir que si por casualidad habían guardado un

ejemplar... que se lo llevaran y lo pusieran en la cuenta mensual del *Clarín*... Por pura suerte había quedado uno fuera de la devolución semanal...

La «tertulia», que mientras tanto había cambiado de composición (don Martín se había ido, había venido Horacio, el portero gordo de la torre, y también había vuelto Tito), quedó helada de la sorpresa. Todos eran lectores ávidos y puntuales del *Gráfico*, todos sabían que compartían la lectura con jugadores, entrenadores y dirigentes, y pensaban y reaccionaban en consecuencia. Pero si Bilardo no había leído el número de la semana pasada... todo cambiaba. La formación con que había salido a la cancha su equipo, la estrategia del partido, hasta sus previsiones institucionales... todo cambiaba de sentido si lo había hecho sin leer *El Gráfico*... Rebobinaron mentalmente a toda velocidad, y se pusieron a hablar todos al mismo tiempo, con la excitación de sentir que estaban, quizá por primera vez, en el punto donde la historia se hacía, no se contemplaba. Que fuera en cierto modo historia retrospectiva no importaba tanto. Tito se ofreció a llevarlo; se lo arrebató de las manos a Mario y salió al trote, hojeándolo y devorándolo con la vista página por página: cada línea, cada foto, le revelaban un sentido distinto. Los demás se quedaron comentando la fragilidad interna de los acontecimientos.

El llamado «Cacique» cruzó al maxikiosco de la otra cuadra, que estaba abriendo, para comprar una escoba; su larga pausa con ellos no había sido más que la espera de la abertura del negocio. Cinco minutos después volvió con la escoba: ¡para lo que le iba a servir!

De pronto, eran las siete. O, para ser más precisos, las siete y veintidós minutos. (A las siete la jornada había parecido terminar, pero se había prolongado veintidós minutos.) El tránsito de la avenida había aumentado en intensidad: pasaban chicas de uniforme para el colegio, y los primeros niños de guardapolvo. Los porteros empezaban a enrollar las mangueras, los colectivos pasaban llenos... El reparto estaba terminado: Tito había vuelto y hacía tiempo inexplicablemente mirando fijo su reloj pulsera. Alfredo, ya agotado el tema futbolístico, había enrollado su diario bajo el brazo y se disponía a marcharse, todavía haciendo una última broma sobre la escoba...

El tránsito se sucedía por oleadas, que seguían la onda del «verde» de los semáforos. La esquina del kiosco estaba en el alto de una subida bastante pronunciada que obligaba a los autos a un esfuerzo de los motores, traducido en ruido... Ellos se habían acostumbrado, y no lo oían. Más que los autos, se hacían notar los pesados colectivos; y más que éstos los camiones, que venían del Sur y entraban al puerto por Directorio. Había camiones desmesurados, con gigantescos containers que parecían casas.

Se había producido un claro por causa de la «onda»: los vehículos que la seguían, como los perros a la liebre, ya habían pasado, estaban por Carabobo, y los que venían con la siguiente todavía no aparecían. Uno de los grandes camiones, seguramente el más grande de esa mañana, pasaba muy lento, subía la cuesta de a centímetros; por

supuesto que iba fuera de toda onda, a esa velocidad; imponía respeto por su tamaño y por el trueno sostenido que lo anunciaba. Era tan largo que el conductor no podía saber si terminaría de pasar una bocacalle antes de que el semáforo se pusiera en rojo, y por ello se anunciaba en cada esquina con una larga bocina, casi una sirena. Daba la impresión de que en sus cuatro containers color lacre podía llevar de todo: mobiliario, pianos de cola, autos, barcos, aviones, árboles, gente...

Pasó al fin, y de atrás surgió Mario, que había cruzado por algún trámite y volvía sin apuro... Dejó pasar una bicicleta y subió a la vereda de un saltito. Se inclinó a meter una revista entre otras semejantes y al alzarse exclamó:

—¡Anoche soñé que Racing salía campeón! Risas de Horacio y Alfredo, del Cacique con la escoba nueva en la mano, y un suspiro de Natalio. —¡En serio! ¡Lo soñé...!

Los comentarios burlones se alejaban de él. Se había acordado de pronto, mientras cruzaba la avenida. No por una asociación de ideas, ni por un esfuerzo consciente, ni por nada. Era una iluminación caída de la nada, como había caído ese extraño sueño en medio de la noche...

Y fue realmente una iluminación, también en el sentido de que encendió una luz en la mañana clara. Le llegó directo al corazón. Lo inundó de un sentimiento dulcísimo de esperanza... y de realidad, de realidad sólida, invencible, más real que el mundo. Era de esa clase de sentimiento que lo transforma todo. Por un momento, un momento de eternidad, su vida se le aparecía bajo otro color.

Quizás era sólo un efecto ilusorio de riqueza causado por la acumulación en un instante de dos tiempos distintos, el de la mañana y el de la noche. Pero debía de haber algo más, para hacerlo tan balsámico. El tiempo nunca se limita a sumarse, ni siquiera en las magias de una mente dormida, ni mucho menos en el recuerdo. En este caso, sueño y recuerdo extendían el presente, lo volvían un gran comienzo. De un salto, Mario había subido a las cumbres de la aurora.

En la vida, el amanecer. Cuando la luz trepa por la pendiente, las siluetas de árboles y casas se tiñen de un rosa pálido y mechones de nube violeta se deslizan sobre ellos. El alba sutil de las estribaciones del Bajo de Flores, el aire limpio que bombeaban millones de árboles, el Gran Rosa que vigilaba...

¿Alguien conocía las primeras horas del barrio tan bien como él? Las conocía desde hacía quince años, desde que, todavía casi un niño, al terminar la primaria, había empezado a trabajar con su padre. Las horas y los años, al mezclarse, formaban una sustancia nueva, que no tenía nombre, y no era ni pasado ni futuro. Al Gran Rosa se entraba por una puerta hecha de años... La dulce melancolía de los años también era un instante, y en él advertía que quizá la puerta ya estaba definitivamente entreabierta, o quizá se había abierto una segunda puertecita, de servicio...

Hay itinerarios hechos de contingencia. Claro que no son los más recomendables en la práctica. Si alguien le indica a otro un camino diciéndole: seguí hasta donde veas una paloma parada en el cordón, doblá para donde vaya un auto blanco, hasta la

altura de un plátano al que se le cae una hoja, ahí tomá la dirección para donde pique la pelota de unos chicos que juegan en la calle, y donde veas un perrito meando contra una verja metete... ¡mejor no seguir sus instrucciones! Seguro que se pierde. Y sin embargo, Mario había aprendido que no había modo más seguro de orientarse en los pasillos desvinculados del Gran Rosa. De los árboles se desprendían avispas escarlata... ¡Por aquí! ¡por aquí! Sus bailoteos eran de encuentro y despedida, entre el mobiliario de hongos y campanillas. En los arbustos florecían almohadones de casa de muñeca. Jardines de apacibles odontólogos, de escribanos, de productores teatrales retirados. Los grados de luz, los grados de hora, los grados de trabajo, hasta los grados de rutina, se percibían como felicidad sin consecuencia. Si todo nacía, era para participar en el vuelo vacío del origen, o la felicidad. Una felicidad de la que nadie pedía rescate porque se regalaba. Mario solía pensar que a él, y a todos sus compatriotas, les faltaba un punto de referencia, un dato sólido fuera de la felicidad, para poder apreciar en perspectiva lo que tenían. Quizás una guerra, o una dictadura, o algo más fuerte, un terremoto generalizado, una glaciación. Pero no había nada de eso; si lo hubiera él sería el primero en enterarse, porque era el que repartía los diarios. Y quizás aun después de las grandes catástrofes se restaurara el sistema benigno de la felicidad, quizá la catástrofe misma fuera una restauración. La única noticia grave que había llevado bajo el brazo por el laberinto, en todos esos años, había sido la inflación. Y la inflación había pasado, sin dejar atrás más que un puñado de anécdotas.

Para entender mejor esta ensoñación del alba, y sobre todo para poder seguir el hilo de lo que sobrevino a continuación, será necesario hacer algunas precisiones topográficas.

El kiosco, la estructura de chapa azul, estaba colocada contra la pared (y contra la mitad inferior de una ventana) de un edificio bajo que ocupaba toda la esquina, más largo sobre la calle Bonorino y más corto sobre la avenida, donde tenía la puerta de entrada. Este edificio era un refugio para madres solteras. Así lo declaraba un viejo cartel, en letras celestes desteñidas, sobre la puerta; ahí figuraba también el nombre del local: Nuestra Señora de Belén. Cáritas, Argentina. Cáritas es una institución católica, bastante meritoria. Era un refugio nocturno, un dormitorio en realidad, al que acudían madres con niños pequeños, de hasta cinco o seis años, que no tenían otro lugar donde pasar la noche. Las admitían desde la puesta del sol, las despedían antes de las nueve de la mañana. El interior, que podía verse por las ventanas siempre abiertas, consistía en dos cuartos, uno más chico sobre la esquina misma, otro grande sobre la calle Bonorino, llenos de camitas de tipo «cucheta» (una abajo y otra arriba), de pino barato, todas iguales, con colchones azules... Y poca cosa más. Había una cocina, un patio chico, una oficina. Todo escrupulosamente limpio. Cuando llegaban los diarieros el refugio dormía, en un profundo silencio salvo el ocasional berrido de un bebé. Después eran testigos del despertar, el desayuno, la restauración del orden, la partida de las madres, y a media mañana ya era otra vez la quietud del vacío hasta

que la noche volviera a llenarlo —pero eso ellos no lo veían—. Con la puesta de sol afluían las pobres mujercitas con sus criaturas, siempre a pie... ¿De dónde venían? A veces de muy lejos. A veces, si era la primera vez, muy perdidas, preguntándoles a los vecinos, que no siempre sabían darles las indicaciones porque el refugio no se hacía notar en el barrio, en parte por su naturaleza nocturna (de día estaba cerrado y muerto, muchos podían pensar que era un edificio abandonado), en parte porque hacía tantísimos años que funcionaba, tan rutinario y discreto, con su viejo cartel desteñido, que la gente se olvidaba de su existencia; y en parte también porque la mayoría cierra los ojos a ciertas realidades eternas. Pero ellas lo encontraban de todos modos. Casi siempre venían por recomendación benévola de algún asistente social o de algún hospital o parroquia, no de otra compañera de infortunio (porque no hay que pensar que se conocieran sólo por estar en la misma situación; al contrario, estaban muy aisladas, y era aquí donde se conocían); como recibían el dato de una fuente «oficial», traían como referencia el nombre oficial de su destino, que era «refugio para madres solteras». Era una denominación impuesta cuarenta o cincuenta años atrás, de ahí la franqueza un poco brutal, típica de la vieja caridad patriarcal; hoy día habrían elegido algún eufemismo más técnico o burocrático. Ellas no estaban para sutilezas, y preguntaban con conmovedora ingenuidad por el «refugio para madres solteras». A más de un vecino pequeñoburgués le resultaba chocante, y se mostraba tanto más amable y comedido, traduciendo para sus adentros: «refugio para señoritas embaucadas por algún miserable».

Mario y su padre, aunque sólo veían la mitad matutina de la operación, estaban muy compenetrados con ella, y en cierto modo funcionaban en perfecta simbiosis con el Refugio, cuya vereda ocupaban. No sólo la vereda, sino también el amplio zaguán, como depósito de la tonelada de diarios que se acumulaban, por causa de los suplementos, los domingos, sobre todo los días de lluvia. Y usaban el baño, la canilla, y hasta pedían que les calentaran agua para un té o un café instantáneo, en invierno sobre todo (no tomaban mate).

Si bien no las habían visto llegar, las veían irse. A las ocho, a veces antes, empezaban a salir, casi siempre de a una, a veces de a dos o tres... Estas últimas, las que se iban acompañadas, era como si hubieran encontrado un principio de solución a sus males. Al menos ya no estaban solas en la desgracia, que era lo más temible. Casi siempre les pedían indicaciones para tomar algún colectivo; se las daban, si estaban en condiciones de hacerlo, pero les quedaba la íntima convicción de que se perderían de todos modos, tan enorme y difícil era Buenos Aires, y tan ineficaces parecían ellas para orientarse. El kiosco también funcionaba para ellas como agencia informal de colocaciones en tareas domésticas. Pero de esto había muy poco, aun cuando ellos ponían la mejor buena voluntad: los vecinos querían personal con recomendaciones, y sin chicos. Si había algo que a estas mujeres les sobraba, eran chicos. Siempre llevaban al menos uno en brazos, como que eran su *ticket* de entrada al Refugio; y casi siempre uno más caminando atrás, o dos. Con todo, la figura más característica

era la madre con el bebé recién nacido, de días o semanas, en brazos. Debía de ser el momento en que más necesitaban el Refugio, o en que más acudían a él. Siempre eran muy jóvenes, muy pequeñitas, muy delgadas. La estatura, rara vez pasaba del metro cincuenta. La edad, casi nunca parecía superar los dieciocho años. No es que no hubiera, seguramente, madres solteras altas, gordas, o de más de veinte años; pero por algún motivo, y salvo excepciones, no necesitaban hacer uso de este dormitorio de urgencia. Tampoco se veían nunca, y esto sin excepciones, bolivianas o peruanas o paraguayas o negras (las que habrían sido brasileñas o uruguayas, porque no existen negros argentinos), ni siquiera de rasgos indígenas... Y no es porque en esas comunidades escaseara, todo lo contrario, la miseria y el desamparo, ni porque en el Refugio hicieran cuestión de nacionalidad o documentos. Pero era así. Las que salían eran simplemente argentinas, chicas argentinas pobres prematuramente cargadas con una prole de la que ningún hombre quería hacerse cargo.

En otra época las habrían acechado perversos, vivillos y oportunistas del sexo. Habría sido muy fácil, porque salían sin rumbo fijo, se habrían entregado a cualquiera. Si ya lo habían hecho una vez... Pero las circunstancias habían cambiado, y al parecer no las querían ni regaladas. Se iban todas en paz, con sus críos, a buscar un incierto trabajo o a probar la mendicidad con parientes lejanos o con desconocidos.

La simbiosis del kiosco y el Refugio tenía algo de complemento de contrarios: no había nadie más alejado de las noticias que ellas; probablemente en toda su vida no leerían un solo diario, ni falta que les hacía. Representaban más bien lo intemporal de la maternidad, que venía siendo lo mismo desde hacía millones de años. ¡Qué les importaba a ellas que el cajero se escapara con una fortuna! Giraban en otra dimensión. Pero los diarieros no eran las noticias; contra lo que ellos mismos podían creer, las noticias de las que eran portadores y distribuidores no los contaminaban. Igual que las jóvenes madres solteras, se deslizaban a otro plano, ajeno a las cronologías públicas. Lo probaban sus adivinaciones. En efecto, ¿por qué podían predecir, con sólo ver a alguien acercándose, qué diario o revista venía a comprar? ¿Por qué se entendían entre ellos sin palabras, con la pura acción? Ya este solo hecho los ponía en el polo opuesto del periodismo, que era lo mismo pero exactamente al revés. Esas preguntas tenían respuesta; no había ningún misterio en realidad. Había un «archivo de datos», repeticiones sutiles, modulaciones de una rutina... Todo lo cual operaba siguiendo un mecanismo de umbrales, que es el que explica muchas otras percepciones aparentemente milagrosas en la vida cotidiana.

En la cuadra siguiente de la avenida, en la dirección del tránsito, y sobre la misma mano, se alzaba una institución de muy diversa índole: la Misericordia. Ocupaba toda la manzana entre las calles Directorio, Camacué, Bilbao y Bonorino. Una manzana entera, frente a la plaza (que era la manzana siguiente, en la misma dirección), en ese sector relativamente elegante del barrio, era un activo de valor varias veces millonario, que se justificaba por la riqueza de la orden religiosa, y por la renta que

sacaban, podía decirse, de cada milímetro de terreno. En efecto, las monjas tenían allí, además de su convento e iglesia, una institución educativa que equivalía, en ganancias, a una mina de oro. Sobre la Avenida se encontraba el edificio más viejo, severo y palaciego, donde funcionaba el liceo; al lado, sobre Camacué, la iglesia; en la esquina de Camacué y Bilbao, en un edificio más moderno, de tres pisos, la escuela primaria; y sobre Bilbao el Jardín de Infantes, en la construcción más reciente (data de unos veinte años), de arquitectura vanguardista. El resto, la mitad de la manzana que daba a la calle Bonorino, estaba ocupada por los umbríos jardines, de los que sólo se veían desde afuera, sobre el muro de cuatro metros de alto, la copa de los árboles.

Sólo en el Jardín de Infantes se admitían varones; el resto era exclusivamente para niñas. Las cuotas eran altísimas, con muchos gastos extra; la admisión, difícil; se imponían filtros para asegurarse el catolicismo practicante y la buena posición económica de los padres... Las familias de clase media del barrio hacían verdaderos sacrificios para que sus hijas pudieran asistir a la Misericordia. Al secundario no entraban sino alumnas de su primario, y a éste sólo las que hubieran hecho el Jardín de Infantes ahí también. De los tres a los dieciocho años, se hacía una carrera completa; caso contrario, para entrar a medio camino, el único recurso era alguna cuantiosa donación de un padre rico. El recurso más seguro para asegurarse un lugar era anotar anticipadamente a la niña no bien nacía; pero tampoco era infalible porque tres años después, en el momento de ingresar, la orden podía descargar un veto sobre la postulante. Por supuesto, las deserciones eran muchas en el curso de la escolaridad; menudeaban las expulsiones, siempre inapelables; o bien los padres dejaban de estar en condiciones de afrontar el gasto: las cuotas, extras y derechos de examen eran más abultados a cada grado o nivel, además de que las monjas habían venido aumentándolas en términos absolutos, sin pausa. También había deserciones voluntarias, de chicas que lograban convencer a sus padres de que les convenía ir a un colegio laico, o sobre todo mixto... Aun así, las plazas estaban ocupadas y no había una sola vacante.

A diferencia de otros colegios religiosos, éste casi no utilizaba personal externo. Eso se debía a que la orden era de monjas estudiosas, especializadas en la enseñanza de las distintas materias, y por supuesto maestras de grado, con título. Hacían lo que podían, pero como su base de saber provenía del convento mismo, o de los mecanismos de formación de la orden, el nivel era increíblemente bajo, rayano en el analfabetismo. La enseñanza que recibían las alumnas no podía ser peor, en términos académicos. Era un saber limitado, de márgenes infranqueables; que las alumnas no se dieran cuenta estaba previsto, ya que las tomaban de muy chicas y las moldeaban en una completa imbecilidad. Por supuesto, eso no tenía mayores consecuencias, y de hecho nadie lo percibía. Los padres estaban muy contentos con la educación de sus hijas, y eran los principales propagandistas de la institución. Las chicas se consideraban privilegiadas sociales, y ninguna ex alumna de la Misericordia aceptó nunca enviar a sus hijas mujeres a otro colegio. Así se perpetuaba el sistema. Con el

tiempo, y para gran satisfacción de su clientela, las monjas se habían modernizado, por ejemplo introduciendo la computación en el currículum. Algunas habían sido enviadas a estudiar la materia a los Estados Unidos, a las filiales norteamericanas de la orden (allí se llamaba Our Lady of Mercy). De más está decir que nada había cambiado en el fondo.

Tanta ignorancia o inocencia no habría podido mantenerse con el tiempo; cualquier pequeño dato de la experiencia la habría revelado. No era así porque estaba complementada con la formación moral. Esta era la clave de la educación privada. Las mentes tiernas de las criaturas que ingresaban recibían un tratamiento antirrealista intensivo sin fisuras, que hacia los diez años ya las había transformado en perfectas fatuas. La «vía de perfección» se redefinía sobre la marcha. La ignorancia de las monjas, su desprecio por las ciencias y las humanidades, su estupidez, sus limitaciones, su egoísmo, se transmutaban a los ojos de las niñas en modelos de corrección estética y de conducta que se proponían seguir todas sus vidas; directamente no concebían que pudiera haber otro modelo. Para una niña, hay que reconocerlo, es muy atractivo; las monjas actúan como si el mundo entero estuviera interesado en ellas, y ellas no tuvieran la obligación de interesarse en nada y en nadie; es lo que siente sobre sí misma, intuitivamente, toda niña.

La legendaria directora del complejo era la madre Elena, cuyo título completo era Reverendísima Madre Superiora. No salía nunca a la calle, y aun adentro eran pocas las que la veían, porque rara vez asomaba de sus aposentos y oficinas, donde la atendían tres monjas jóvenes que eran su contacto con el resto del convento y colegio. Cincuenta monjas, ni una más ni una menos, eran la dotación estable. Todas acumulaban varias funciones en la enseñanza y la administración. Diez mujeres mayores, traídas del interior, hacían la limpieza y la comida; vivían adentro (disponían de su propio dormitorio y comedor), tenían apenas seis horas de salida semanal, los domingos por la tarde, y trabajaban como esclavas de sol a sol. Desde afuera, era muy poco lo que podía saberse de lo que pasaba en la Misericordia. El cura que confesaba y oficiaba misa venía de lejos, en un auto con chofer; las monjas salían, solía vérselas por el barrio, pero siempre yendo y viniendo apuradas, y, claro está, nadie las abordaba para sacarles conversación. El único nombre que trascendía era el de la Superiora, y esto por una circunstancia curiosa: de vez en cuando aparecían «pintadas» en las paredes externas, con gruesos insultos, los más suaves de los cuales eran de tipo «Elena puta». En el curso de la misma mañana eran cubiertos con una gruesa capa de pintura, pero los diarieros, tan madrugadores, recordaban haber visto muchos, tan obscenos que no se podía creer. Un lugar favorito para estas inscripciones era la puertecita metálica al jardín, sobre el muro de la calle Bonorino, que Mario no había visto nunca abierta.

La manzana siguiente, como ya se dijo, la ocupaba la plaza de la Misericordia; había sido el parque de la mansión de la familia Lamarque (de ahí venía la fábula errónea de que Libertad Lamarque había vivido en el barrio), expropiado por Perón

en 1950. Donde había estado la casa, ahora estaban el arenero y los juegos infantiles; era el mejor arenero de todas las plazas de Flores, por lo que acudían madres con niños de muchas cuadras a la redonda. Subsistían los árboles, ya centenarios, del parque original: alcanforeros, araucarias, olmos, jacarandaes, pinos, algunos tan grandes y majestuosos que provocaban admiración, y debían de tener pocos pares en todo Buenos Aires. Durante los años sesenta, cuando el auge de los alucinógenos, esa plaza había sido célebre centro de comercio clandestino, y no era infrecuente ver *hippies* en trance, sobre todo al amanecer o a la caída de la tarde. Después, eso había pasado. Pero los árboles, en su quieta majestad, habían conservado, quién sabe por qué, algo de alucinatorio; sobre todo un gran pino que, mirado fijo durante un rato, producía visiones. Alrededor, en las tres cuadras que no ocupaba la Misericordia, se habían construido edificios de departamentos de lujo; la especulación inmobiliaria había echado el ojo a ese sector, y era un proceso que seguía su curso.

Las copas más altas de los árboles se agitaron, tanto en la plaza como en el jardín cercado de las monjas, y al mismo tiempo sonaron todas las bocinas de los autos que subían por la avenida... Quién sabe por qué se había producido esa coincidencia; aunque las coincidencias no tienen explicación. Quizás era una especie de celebración objetiva al momento en que la perfección de la mañana alcanzaba su punto extremo. Eran las siete y veintitrés; Mario nunca supo qué había pasado en ese minuto: probablemente una serie de movimientos automáticos, que lo habían llevado al sitio donde estaba ahora. Estaba sentado en el banco alto que tenían al fondo del kiosco, atrás del «mostrador», concentrado en el cuaderno, revisando las listas interminables de abonados. Volvía las páginas, pensativo, pasaba el dedo por los renglones, como si hiciera una especie de cálculo pero también como si fuera eliminando sucesivamente los resultados de cualquier cálculo. Natalio, sin dejar de conversar, le dirigió una mirada intrigada. Tan transparentes eran para ellos dos las actividades del otro, tan cargadas de motivos, que cuando había algo incomprensible pensaban de inmediato en algún error. No tenían secretos, pero tenían errores; eran humanos, y por ello falibles. Pero el hábito era una subespecie de la perfección. ¿Se habrían salteado algo en el reparto? Estaba seguro de que no. Aunque bien podía ser; ya se sabe que «la confianza mata al hombre».

Cayó la Profesora. Llamaban así a una bella señora de unos cuarenta y cinco años, muy bien conservada, que vivía con los padres en una casa hermosa sobre Bonorino, en la misma manzana, sin cruzar la calle. Era alta, con bastante sobrepeso, aligerado en la apariencia por los tacos altos que usaba siempre. Lo que pasaba en realidad es que tenía demasiada cadera. Llevaba el pelo largo, platinado sin fosforescencias. La ropa siempre era blanca y negra, faldas de mucho vuelo, blusas con bordados, chales de seda. Era muy blanca de piel, de rasgos bonitos, y nunca se pintaba. En su casa funcionaba una academia de piano, de ahí le venía el sobrenombre. No era un sobrenombre en realidad, como no lo eran otras palabras que Mario y su padre usaban para nombrar a otros clientes y vecinos, sino un modo de

entenderse entre ellos, completamente inofensivo y neutro. Ni siquiera podrían haber dicho cuál de los dos elegía el nombre, ni por qué lo hacía. Simplemente alguna vez surgía la necesidad de comunicarse un hecho: «X dejó encargada la *Labores*», y como habría sido inconducente decir «equis», decían lo que adivinaban que sería más comprensible para el otro. La Profesora se hacía notar dondequiera que fuese. Hablaba mucho, en un estilo muy marcado y dramático, encontraba el modo de pasar información sobre sus actividades, siempre tenía una clase pendiente, desde la primera hora de la mañana, y se ocupaba de la casa, de sus padres enfermos... De modo que cuando dijeron por primera vez «la Profesora», supieron muy bien de quién se trataba. Era la única en el barrio que empleaba para tareas domésticas a las «chicas» del refugio, con el que por lo demás colaboraba activamente, y al que tenía entrada franca a cualquier hora. Ése era un rasgo simpático en ella —y no es que tuviera rasgos antipáticos, aunque tendía a darse demasiada importancia—. Llamaba a todo el mundo por su nombre, y si alguien tenía algún apodo familiar se las arreglaba para enterarse (lo cazaba al vuelo) y lo empleaba con la mayor naturalidad.

—Buen día Natalio. Hola Fredy, qué tal. Buenos días...

—Buen día. Buen día. Buen día. Buen día.

—*Labores*, no salió. *Labores Temporada*, está. ¿No la llevó? *Ganchillo*, *Burda*, ahí está la *Enciclopedia*... —Mario daba por supuesto que venía por su material habitual.

—Ah, gracias. ¿Cuál? ¿Ésta? Voy a ver. —Ella la miraba por compromiso, pero estaba pensando en otra cosa—. Marito, tengo que hablar una palabra con vos, a solas. Perdón...

Mario se puso colorado como un tomate. Era muy característico de ella; de algún modo, no sabía por qué, había adivinado que haría una escena de este tipo. Salió de prisa y caminó a su lado, como si la acompañara a alguna parte; de hecho, ella parecía tener apuro, así que no quedaba muy fuera de lugar. Le dio la impresión de que se alejaban kilómetros del kiosco, aunque terminaron siendo unos pocos metros: no fueron más allá de la esquina, y después de todo el kiosco estaba en la esquina. Pero la «órbita» del kiosco era muy restringida, y más allá de unos pasos empezaba a actuar como distancia, recuerdo, información.

Alfredo se había sentado en un banquito de madera, con el *Clarín* bien abierto, y leía en voz muy alta, como sólo él podía hacerlo, un artículo que había encontrado y que le parecía muy humorístico, muy apropiado: era algo sobre nuevas peluquerías para hombres, uno de esos artículos idiotas con que los diarios llenan su enorme cantidad de páginas, y que al fin de cuentas son los que más les gustan a los lectores, como quedaba demostrado en este caso. Después de cada ítem Alfredo alzaba la vista y le hacía una pulla a Natalio: ¿le hicieron esto, Natalio? ¿Qué tal? ¿Le gustó? ¿Le quedó bien? El proceso empezaba con un baño de fango a la cabeza, para abrir los folículos; le seguían tres impregnaciones sucesivas con otras tantas cremas adecuadas a distintas secciones del cabello, (raíz, tallo, punta), todo bajo la acción de la

«vaporiera», aparato destinado a proveer intenso calor húmedo; después venía un masaje con aceite dorado; después el proceso de colorización mediante las «cintas separadas»; a continuación, el tratamiento central, que reemplazaba al antiguo planchado: el «desvoluminizado»; después un lavado con nutrientes (a esta altura la vaporiera había sido reemplazada por el humidificador), y los varios asistentes que habían venido aplicando los tratamientos hasta ese momento cedían su lugar al estilista, que de acuerdo con los rasgos del cliente, su altura, peso, forma del cráneo, tipo de implante, además de su actividad social y profesional, edad y carácter, decidía la estética más conveniente; el estilista le transmitía sus instrucciones al cortador, que procedía, en tres etapas, al desmechado, recorte y modelado; por último, el secado lento se acompañaba con aplicación de vitamina E. Tito escuchaba con atención sobrenatural, transformado en estatua.

La Profesora fue directo al punto:

—¿Dónde está Lidia, Marito?

¿Dónde...? ¿Qué? ¿Dónde estaba quién? Un nombre, una palabra. Mario... Lidia... ¿Dónde había un nombre? En el mundo. En una persona. El mundo era un lugar muy preciso, lleno de nombres como estrellas brillantes. Un lugar muy preciso, y por ello también muy pequeño. Nadie se perdía en él. Tarde o temprano encontraban a todos los extraviados. O mejor dicho: ni temprano ni tarde. Ahora. Todo empezaba a pasar, con una maravillosa facilidad. Todo fluía. Si a las configuraciones favorables del azar se las llama «suerte», entonces la suerte existía. A Mario le iban a ser concedidos tres deseos, y tres millones de deseos, hasta los que no tuviera tiempo de desear. Si no cabían en el tiempo, igual iban a caber en las ocasiones. Lo sentía como un efecto de su sueño.

—No sé. No la vi. Justamente... ¿No está adentro? Se habrá ido.

Iba a decir algo más en el mismo sentido, pero la Profesora lo interrumpió:

—¿«Justamente» qué? ¿Qué ibas a decir?

—No, nada, nada —se apresuró a decir Mario con su dicción precipitada.

—Decímelo, Marito, no me ocultes nada. Pensá que estamos del mismo lado.

—Es una tontería, no tiene importancia.

—Estás equivocado. Todo tiene importancia, hasta el menor detalle. Después te voy a decir por qué.

Se resignó a decírselo, más que nada para pasar de una vez a lo que importaba. Si había vacilado no era porque quisiera ocultarlo sino porque era una de esas pequeñas cosas que requieren mucha explicación para efectuar un mínimo de información:

—Justamente... cuando usted llegó estaba revisando las listas de reparto para ver si por casualidad ella no habría salido mientras yo no estaba. Porque lo ayudo a Tito en el reparto (yo hago menos), nos vamos rotando las calles según los días... Sería demasiado largo explicárselo. El trabajo tiene su técnica...

—No te preocupes por eso, querido: la técnica es mi profesión. Estoy acostumbrada.

—No, perdón. Quiero decir que la técnica del trabajo, los horarios de minutos que tenemos, a mí me permiten asegurarme de estar aquí cuando quiero...

—Y hoy querías estar cuando Lidia saliera.

—Lidia Eva...

—¿Así se llama? No sabía. Parece un pretérito imperfecto.

—Sí.

—¿Y qué pasó? ¿Te demoraste en alguna parte?

—¡No! Eso es lo raro. Es decir: creo que no. No podía explicarme...

—¿Tiene algo que ver con que tu padre te haya dejado solo para ir a cortarse el pelo?

—Posiblemente. ¿Cómo se enteró...?

—Me gustaría ver esas listas.

—¡No! No entendería nada, son para uso de nosotros dos nada más, llenas de abreviaturas. Además, qué va a pensar mi papá. —Trató de cambiar de tema.

—¿Seguro que Lidia no está?

—Podés verlo vos mismo —dijo la Profesora señalando con el mentón una de las ventanas del Refugio que daban a Bonorino—: La cama que ocupó está vacía, levantaron las sábanas y retiraron la cuna que le adosan para el bebé. Sé que era esa cama porque anoche estuve charlando con ella a través de la ventana.

Lo más raro era que la conversación estaba puntuada por estallidos nerviosos de risa, de Mario o la Profesora, o los dos a la vez, por las bromas de Alfredo sobre la peluquería; se reían por compromiso, porque Alfredo alzaba la voz para que les llegaran sus palabras, y les lanzaba miradas en los puntos culminantes. Y también se reían porque era gracioso de verdad, quizá más de lo que él mismo creía, tan infantil, tan histérico, tan inoportuno.

—Muy bien —dijo Mario decidido a terminar de una vez—, entonces se fue, no sé adónde. ¿Por qué? ¿Quería ofrecerle trabajo? Se lo hubiera dicho anoche... —Sonrió, y le dijo, arriesgándose un poco—: ¿Por qué me lo pregunta a mí?

—Porque ustedes van a casarse. Ella me lo dijo.

¡¿Quéééé?!

Esta expresión de inmenso asombro no debió de pronunciarla en voz alta, porque un instante después estaban hablando tranquilamente sobre el matrimonio.

—No te dejes detener por lo que te puedan decir, ni siquiera por lo que puedas decirte vos mismo, Marito. Casarte es lo mejor que podés hacer, si tenés amor en tu corazón. Yo no me casé, y ahora me arrepiento; no es que me hayan faltado pretendientes, pero lo fui dejando siempre para más adelante, primero por la carrera, después por mis padres enfermos...

—Pero usted está a tiempo —dijo Mario cortésmente.

—No sé. La juventud es irremplazable.

—Sin embargo, mírela a Lili. ¿Sabía que...?

—Sí. ¿Qué me decís?

En ese momento a Mario se le ocurrió una idea perfecta para justificar ante su padre esta charla a solas con la Profesora: le diría que ella había venido a proponerle que hicieran una colecta para comprarle un regalo de bodas a Lilí. Era la mentira perfecta para salir del paso, y se sintió tan satisfecho que a partir de ese momento pudo seguir la conversación mucho más relajado, y por ello prestando más atención.

—¿Cómo se enteró? Todo el barrio debe de saberlo ya. Me la crucé hace un rato y me lo contó; volvía de aquí, del kiosco, y se lo había dicho a mi papá... ¿No será un invento de ella? Hay que tener en cuenta que debe de estar medio loca.

—¡No, Marito, cómo se te ocurre! Esa mujer está más en sus cabales que nosotros. Además, ese pasacalle no lo puso ella. —Le señalaba una de esas tiras de tela liviana que se tendían de vereda a vereda, ésta sobre Bonorino, casi en la otra esquina, con la inscripción a medias oculta, desde donde estaban, por el follaje de los árboles, aunque alcanzaba a divisarse el nombre «Lilí» en gruesas letras rojas, y unos corazones también rojos.

—¡Uy! Pasé por ahí y no lo vi. ¿Qué dice?

—«Feliz matrimonio, José y Lilí», y la fecha de hoy. —En la mente de la Profesora debía de haberse producido una curiosa contaminación, porque de inmediato dijo—: Que seas muy feliz, Marito, te lo deseo de todo corazón. Cuando me lo dijo Lidia anoche sentí una emoción inmensa. No lo dudé un instante. El amor y el matrimonio van siempre juntos, como la hora y los minutos. Es tan valiente de tu parte... pero eso es secundario. Es como hacer realidad un sueño. —Miró su reloj pulsera y se alarmó—: ¡Estoy apretadísima de tiempo! A las ocho tengo que estar en el centro, soy jurado en unos exámenes de admisión del Conservatorio, que son una lata. Quería hablar con ella antes de irme, pero ya veo que es imposible. ¡Qué tonta! Debí haber venido más temprano. No me podía dormir pensando en lo que me había dicho...

—Bueno, no es para tanto... —dijo Mario, incómodo.

Ella lo miró sin comprender, por un instante.

—¿Eh? Ah, no. No me refiero al casamiento de ustedes, sino a lo que le había dicho Elena... A propósito, ¿no habrá ido a la Misericordia? —se preguntó volviendo la cabeza hacia el colegio—. ¿Por qué no vas a preguntar? No, mejor no. Podría parecerles inconveniente. Mejor esperame y voy yo cuando vuelva. Me tengo que ir, ya. —Otra mirada al reloj—. Voy a tratar de desocuparme lo antes posible, espero estar de vuelta antes del mediodía, aunque con los exámenes nunca se sabe. Si todavía estás, paso a verte. No hagas nada en absoluto hasta que yo vuelva.

Llamó a un taxi, se despidió con la mano de los otros, de él con un mohín lleno de sobreentendidos, y se fue. El cerebro de Mario se había puesto a funcionar furiosamente, y ya no dejaría de hacerlo en todo el curso de la mañana.

Había habido gestiones para habilitar el Refugio en un «turno» diurno, para dormir la siesta. Sabiendo de antemano que era absurdo, un par de beneficiarias experimentadas habían recurrido al apoyo de la Profesora. Ingenua, crédula,

entrometida, con tan poca experiencia de la vida real, la Profesora las apoyó tal como ellas habían esperado. Aun así, la gestión falló rotundamente. Las directoras de Cáritas, allá en sus lujosas mansiones del Barrio Norte, pusieron el grito en el cielo. Realmente, ¿dónde se había visto descaro igual? ¡Dormir la siesta! Cómodamente, en sábanas limpias: mujeres que anclaban haciendo mendicidad con críos a cuestras. Un desplante de ese calibre era directamente como para cerrar el Refugio y dejar que se las arreglaran como pudieran. No les debieron faltar ganas de hacerlo (¡cuarenta años de caridad desinteresada, y en lugar de agradecerlo les pedían que, encima, las dejaran dormir la siesta!), y si las pobres pensionistas del Refugio se salvaron ese invierno de tener que dormir en zaguanes fue porque la Profesora, en lugar de hacerse a un lado con discreción al ver que había dado un paso en falso, redobló sus esfuerzos con argumentos que, esta vez sí, eran hijos de su iniciativa mental (por ejemplo el muy plausible argumento de que los niños de corta edad necesitan dormir una siesta). Esta insistencia, y las gestiones personales con que las acompañó, convencieron providencialmente a las damas de caridad de que todo había surgido del cerebro afiebrado de esta loca, y redujeron el castigo a una fulminante bula contra «terceros espurios». El episodio había deteriorado las relaciones de la Profesora con el personal del Refugio, y ahora debía contentarse con hablar con sus «chicas» a través de los barrotes de las ventanas.

A Mario no le habría extrañado que la Profesora, al no recibir de inmediato la benevolencia con que contaba su alma de niña, hubiera recurrido a la Superiora de la Misericordia en busca de una influencia poderosa. Si así había sido (y conociéndola era muy probable; podía darlo por seguro), no debía de haber obtenido más que una sonrisa burlona de la Madre Elena. La vieja monja tenía demasiada experiencia como para no ver claro en el asunto; y no se necesitaba una vida de experiencia para adivinar el desenlace. La diferencia estaba en creer realmente en las ventajas higiénicas de la siesta, o verlas como un arma más en la política del poder. Sería muy raro que la Profesora hubiera tenido ocasión de ver esa sonrisa burlona; no sólo porque las sonrisas debían de pasar muy por atrás del semblante inmutable de la Superiora, sino porque ésta no se dejaba ver nunca por su vecina pianista; la hacía recibir por alguna de sus secretarias, con la excusa de no sentirse bien, o estar en una reunión, o de viaje. Lo que no hacía vacilar a la Profesora en su convicción de tener acceso directo a la Superiora, y hasta de tener una relación de amistad con ella. Esta creencia databa de más de veinte años, cuando la Profesora, recién salida del Conservatorio, había puesto una placa en la fachada de su casa. Sin clientela todavía, y con ardiente deseo de trabajar, se había anotado en las cátedras de Música de los colegios de las inmediaciones. La Misericordia, por supuesto, el más prestigioso y caro colegio del barrio, con sus tres niveles y una cuantiosa matrícula ávida de armonías, fue su objetivo principal. El hecho de que viviera justo enfrente le hizo creer, pobrecita, que tenía un puesto asegurado. Y lo tuvo, en cierto modo, pero no como ella pensaba. La Madre Elena, después de examinar sus antecedentes

académicos y someterla a varias entrevistas por sus correveidiles, encontró el modo de sacarle provecho sin gastos. Le propuso que les diera clase a dos monjitas con predisposiciones musicales, preparándolas para la tarea docente. Clases gratuitas, por supuesto; le hizo decir que el claustro ya estaba completo por ese año, el presupuesto cerrado, etc. Pero que el colegio no quería dejar escapar un talento como el suyo, y para asegurarse el puesto no bien se produjera una vacante las autoridades habían pensado que esta tarea de actualización docente ad honorem la pondría en inmejorables condiciones al volverla de hecho parte de la institución. Sin reflexionar ni remotamente que quedaba a merced de una promesa, la entonces joven Profesora dedicó muchísimo tiempo de su primer año de actividad a esas monjas; lejos de sentirse defraudada, creía tocar el cielo con las manos: recién recibida, ya estaba impartiendo enseñanza «terciaria», formando maestras de música... Con todo, su increíble ceguera práctica no le impidió asombrarse del nulo nivel de esas dos monjitas que le habían puesto de alumnas: no sabían ni siquiera las notas, y exhibían la más robusta sordera tonal, y además eran virtualmente analfabetas, y cerradas como piedras. No le importó; lo sintió como un desafío extra; puso un entusiasmo de loca, de iluminada. De más está decir que el cuento de las vacantes era pura invención. De hecho en la Misericordia no había ningún profesor de música; empezó a haberlo en ese momento, pues las dos monjitas se apresuraban a enseñarles a las alumnas lo que habían aprendido de la Profesora el día anterior; dada su falta de cerebro y disposición, era poco y nada lo que aprendían, y menos lo que podían enseñar, pero eso qué importaba. En los veinte años que siguieron, esas dos monjas fueron las únicas profesoras de música que hubo en la institución, repitiendo como mejor podían, suplantando el olvido con el hábito, lo poco que habían aprendido aquellos meses. La Profesora nunca tuvo un cargo en la Misericordia, ni cobró un centavo, pero igual quedó muy satisfecha, convencida de haber «formado docentes», y por ello ligada de un modo muy íntimo, aunque unilateral, al Colegio, que nunca más volvió a requerir sus servicios ni a tomar la iniciativa de ninguna comunicación con ella, que sí las tomaba, pobre alma ingenua, llevándoles partituras, libros de pedagogía musical, discos, programas e invitaciones.

Mario caminaba pensativo los pocos metros que lo separaban del kiosco, escuchando sin querer, con un costado de su conciencia, el final de la lectura de Alfredo, que se esforzaba entrecerrando los ojos sobre la palabra «desvoluminización». Entró en el círculo en el momento en que estallaban las risas del lector, y los ladridos agudos de su pekinés, al que el Cacique hacía saltar acercándole la escoba.

—¡Lo voy a llevar a Bambú a que le hagan el des... volumi... nizado!

—El desboludizado —dijo el Cacique.

—Me voy para no seguir escuchando pavadas —dijo Horacio al tiempo que ponía en marcha su corpachón bamboleante.

—Yo también —dijo el Cacique—. El perro me llenó de pelos la escoba.

—Culpa tuya que lo estuviste jodiendo todo el tiempo —dijo Alfredo, que plegaba el diario, que no era el que había estado leyendo, bajo el brazo y se disponía a partir él también.

Así se deshacían las breves tertulias kiosqueras: siempre fugaces, siempre iguales y siempre distintas. Pequeñas comedias: nunca terminaban de disolverse.

Había que acomodar los diarios; el orden de primera hora era provisorio, y el reparto, con los constantes recuentos a que obligaba cada «vuelta», lo volvía un caos. Ahora había que contar y apilar, tarea de la que se encargaba Mario todos los días. Lo hizo mecánicamente, pensando en otra cosa. Tito estaba absorto en la lectura de una revista. Natalio se fue atrás de Horacio y se quedaron hablando en la esquina: el portero gordinflón tenía a su cargo el edificio más grande del barrio, la gigantesca torre de tres cuerpos que había enfrente, y tenía la desdichada tendencia a entrometerse: su ilusión era hacer de mediador entre todos los copropietarios y los diarieros, cosa que nunca llegaba a concretarse por completo porque los habitantes de la torre, en la ignorancia de esta manía, solían cruzar personalmente al kiosco a hacer sus pedidos o reclamos. La confusión resultante era de nunca acabar.

Estaban hablando ahí cuando pasó un auto a toda velocidad y el conductor le gritó a Natalio:

—¡Te cortaste el pelo!

Natalio se sobresaltó, puso cara de extrañeza, y se pasó una mano por la cabeza. No sabía quién podía ser, y ya estaba lejos. Se encogió de hombros. Lo único que atinó a pensar fue: cómo se fijan.

De pronto, en el silencio que se hizo a su alrededor, el cerebro de Mario produjo una sobrecarga eléctrica y se le ocurrieron mil ideas. Como mil ideas ya tenía, fueron mil veces mil ideas. Eran tantas que no podía encontrar la punta del hilo que las unía. Pero eso no importaba. En cierto modo seguía en el centro del halo dorado que había producido el recuerdo de su sueño. En su interior todo era posible; y si ese «todo» debía entenderse literalmente, entonces no tenía importancia por dónde empezar, y por dónde seguir.

Eso lo llevó a reconsiderar el consejo que le había dado la Profesora. Ir a la Misericordia a preguntar por Lidia. Muy bien. Era una idea. ¿Por qué esperarla? Con sus antecedentes, toda ayuda proveniente de ella estaba condenada de antemano. Y además, era bastante obvio que la ocasión pedía otra cosa. Para actuar, se necesita tiempo: tiempo para que las cosas sucedan y pueda establecerse la causalidad que las encadene. Pero el tiempo, ese mismo tiempo (porque no hay otro) produce un distanciamiento, un vacío, que aleja al hombre de su acción. No. Nada de esperas. Aquí lo indicado era esa «ciencia de la improvisación» que consiste en buscar la posición adecuada (o mejor: encontrarla) y dejar que los hechos se configuren por sí solos. Y esto Mario lo tenía solucionado de antemano: su trabajo era un ejercicio cotidiano de inmediatez.

Aproximar la magna Ciencia de la Improvisación a la persona de un ignorante

joven de la clase obrera puede parecer presuntuoso. Muchos la han perseguido la vida entera sin alcanzarla, y sólo grandes artistas o sabios consumados han parecido acercarse, siempre entre cautelas infinitas, a sus exigentes premisas. Pero también puede decirse que hay algo superior a todas las modas, evangelios y ascetismos, y es seguirlos hasta el fin sin la esperanza de llegar a ningún lado, sino dándose por vencido desde el comienzo, con un «esto no es para mí, yo nunca podría». Así es como se lo hace; es el único modo de hacerlo realmente, y ya no como proyecto bienintencionado; porque todos esos caminos de perfección excluyen al que se cree, siquiera remotamente, capaz de recorrerlos. Por eso tantos fallan; por eso son tan difíciles. Pero también, ¡cuántos son los que triunfan, los que sí los recorren hasta el final! Son una legión invisible de santos y ángeles: prácticamente toda esa gente humilde y sagrada que llena el mundo.

Había otro punto en favor de la acción inmediata: Mario permanecía en el barrio sólo por la mañana. Al mediodía cerraban el kiosco y se iban. Era lo que en la jerga laboral se llama «ocupación de medio día». Mario no había conocido ningún otro tipo de ocupación en su vida, y ésta se le había hecho una segunda naturaleza; ahí estaba la clave de su triunfo sobre el tiempo; donde los otros postergaban sus obligaciones para la segunda mitad del día, él lo hacía todo en la primera, simplemente porque no había mitades. Y no es que su trabajo fuera una ganga, porque cumplía una jornada de ocho horas; sólo que aquí había que introducir otra expresión de la jerga: «horario corrido». Después del mediodía partían en colectivo rumbo a su casa, a su barrio, que estaba muy lejos, tanto que jamás llegaría un eco, ni el más débil, de lo que pasaba en éste. La mecánica de los horarios, al decidir dónde está la gente en cada momento, distribuye el conocimiento entre la población, y también las ignorancias, las cegueras parciales, como fragmentos de otros mundos incrustados en éste. Y si él se iba, Lidia también... Todas las jóvenes madres se marchaban; lo hacían antes que él, no bien habían desayunado, se dispersaban como una bandada de pájaros. No de buena gana, seguramente: obligadas. ¿Adónde podían ir? Si venían a dormir aquí era justamente porque no tenían casa ni hotel. La tentativa de quedarse a dormir la siesta había fallado, en su desamparo debían de haber pensado que era más práctico transformarse en las bellas durmientes, ¿pero qué príncipe vendría a despertarlas con un beso?

De modo que no bien volvió su padre, salió él. Podía darle cualquier excusa, porque siempre había algo que hacer aquí o allá (estaban toda la mañana en movimiento), pero prefirió decirle una media verdad:

—Voy al Colegio. —Ellos no iban nunca al Colegio, porque las monjas no compraban diarios ni revistas; esa manzana era un agujero negro en la superficie de su negocio, lo mismo que la plaza, y alguna vez lo habían lamentado: en dos manzanas pobladas cabía toda una clientela—. La Profesora me pidió que fuera a darles un mensaje, ella no tenía tiempo de pasar.

—Loca de mierda —comentó Natalio.

Mario partió entre avergonzado y aliviado. Nunca mentía (no sabía hacerlo) ni

tenía secretos con nadie. Quizás estaba haciéndolo por primera vez. Sin embargo, el que habla miente. Y a la vez dice la verdad. Unos minutos atrás, al contar su sueño, había sentido que no le creían, que pensaban que lo estaba inventando, por decir algo, porque sí, por hacerse el interesante. Nadie sueña cosas así. Y sin embargo era cierto.

En la pequeña caminata de cincuenta metros que hizo hasta la puerta del colegio tuvo tiempo de confirmar, por asociación de ideas, que había cosas ciertas, muy ciertas, verdades enormes... Los árboles estaban quietos, como suelen quedarse a veces. Echó una mirada al reloj: las siete y media pasadas. Prácticamente no lo registró. No estaba pensando en nada en especial, no porque no quisiera sino porque no podía. Estaba demasiado nervioso y atemorizado. Y al mismo tiempo se introducía en su inquietud con la tranquila diversión de un niño perdido que no sabe que está perdido. Mejor así: tendría que improvisar, y como se conocía, sabía que lo haría tan mal, con tanta torpeza, que no despertaría sospechas.

La verja estaba abierta, lo mismo que la puerta. La fachada francesa era bastante impresionante, y más allá del portal era terreno desconocido para Mario. Se encontró en un salón de recibo más bien pequeño, vacío, con baldosas lustradas y varias puertas de vidrio opaco. Era la entrada del liceo, y como las clases debían de empezar a las ocho, supuso que se encontraría con algunas alumnas madrugadoras; pero no fue así. No había nadie, todo parecía desierto. Era la ocasión para pensar algo, y sin embargo no pudo hacerlo porque apareció una monja. Era una vieja sin edad, bajita, regordeta, de anteojos, hábito negro y zapatos acordonados. Se quedó mirándolo.

—Buen día —dijo Mario—. Venía a preguntar por una chica del Refugio de la otra cuadra que me parece que vino aquí hace un rato.

—¿Eh?

Mario tenía un modo de hablar bastante precipitado, comiéndose sílabas y palabras enteras. Pero estaba acostumbrado a que lo entendieran de todos modos. Se disponía a repetir cuando algo en la mirada de la monja lo detuvo. Recordó en un *flash* un consejo que había oído alguna vez: ¡no hablar! Hablando se hace ruido, y el ruido impide oír lo que pasa. Porque todo lo que pasa, sin excepciones, produce sonido. Y tiene mucha importancia oírlo para saber dónde está uno... sobre todo en una aventura. Y él, casi sin quererlo, se había metido en una aventura. Para otro podía ser un simple trámite, una averiguación; para él era una aventura. Empezaba a oír sonidos nuevos: la respiración de grandes animales con metabolismo de planetas, el ruido de las piedras al desplegarse, el «pluc pluc» del corazón de las máquinas. Además, si hablaban otros, ¿qué le dirían? De pronto, no podía imaginárselo, parecía demasiado fantástico, sujeto a un azar sin cálculos... Esa sensación le hizo ver a la monja bajo otra luz: a la vez más extraña, más sobrenatural, y más racionalizada. Porque si la esfinge-monja desafía a la razón, por eso mismo la obliga a explicarla. ¿Y qué otra explicación puede haber sino la más simple, la más a mano? Las monjas son mujeres desprovistas de cerebro, falsos seres humanos.

La monja se había ido. «No debo preocuparme», se decía Mario, «mi papá sabe

dónde estoy.» Le llegaba el ruido del tránsito de la calle, el canto de un pájaro...

Apareció otra monja, menos casual. No le dio los «buenos días»: quizás interpretaba que como era Mario el que había entrado, le correspondía a él; pero él había entrado hacía rato, estaba esperando, y ahora era ella la que entraba, aunque lo hacía no desde afuera sino desde «más adentro». Era uno de esos casos ambiguos, discutibles, que se zanján sin dificultad cuando hay buena onda, lo que no era el caso. Ella se quedó mirándolo nada más, como diciendo «qué quiere».

—Vengo a ver si está acá una chica con una criatura, que durmió en el Refugio.

—¿Adónde?

—En el Refugio para Madres Solteras de la esquina.

—Ah. No. No tenemos nada que ver.

—Ya sé —dijo Mario—. Pero tenía que hablarle, y una vecina me dijo que la vio entrar aquí...

La monja se encogió imperceptiblemente de hombros, o bien arqueó las cejas, o frunció la boca, en fin, algo que daba a entender que esperaba algún desarrollo. Mario, que ya había dicho una pequeña mentira (nadie había visto entrar a Lidia en el colegio), siguió adelante:

—Yo soy el diariero del kiosco de la esquina donde está el Refugio. Tenía que hablar con esta chica cuando saliera, pero salió cuando yo estaba haciendo el reparto. Quiero encontrarla antes de que se vaya del barrio, porque no sé adónde irá, o si va a volver...

—¿Quién dijo que la vio entrar?

—La Profesora de Piano de aquí a la vuelta —señaló en dirección a la calle Bonorino, es decir hacia su derecha. Y agregó, con una pizca de ironía—: Creo que ha sido profesora de este colegio.

—Mm. Sí, ya sé quién es. Pero no vino ninguna «chica». Se imaginará que aquí no viene ninguna madre soltera.

—Son seres humanos como cualquier otro. Si cometieron una falta fue por ignorancia.

—Esto es una institución educativa. Y trabajamos con otro elemento social.

—Bueno... —dijo Mario—. No pensé que Lidia viniera como alumna. Pensé que la habían llamado para darle alguna ayuda, o para ofrecerle trabajo.

—¿Qué trabajo?

—No sé... Limpieza...

—¿Con un bebé?

—Hay gente que lo hace. Gente de buen corazón que se compadece.

La monja asintió. Parecía satisfecha, y ya no tenía más que decir. Pero no despidiéndolo, sino todo lo contrario: como si Mario hubiera pasado un examen.

Era, o debía de haber sido, una mujer pequeña, de huesos chicos, portátil: le habría sido fácil llevarse y traerse por el mundo; en realidad, era una monja, estaba en otro plano. Cuidada, protegida, blanca, rutinaria. Vivía en un mundo aparte. Y era

mala, eso saltaba a la vista. Seguramente todas ellas se dedicaban al mal. ¿Pero qué era el bien, qué era el mal? Todo es relativo. Era una cuestión que más valía dejar en suspenso, resolver parcialmente en cada ocasión, sin generalizar. Tenía unos ojitos marrones perfectamente comunes. Cuando desapareció dejó frente a Mario un vacío insignificante.

Pero no era como las pequeñas comedias cotidianas del kiosco. Aquí adentro las cosas se tomaban en serio. El joven diariero lo sabía, y lo había sabido desde que tomara la decisión de venir a preguntar por Lidia. Había muchos modos de meterse en la boca del león: éste era el más común, el que derivaba del deseo de volver real algo que no lo era del todo. Los riesgos que se corrían eran menores, y en última instancia se resumían en esa frase: «pasar un mal rato». Era un precio que cualquiera estaba dispuesto a pagar.

Lo dejó esperando un rato, y volvió con la sombra de una sonrisa malévolamente oscureciéndole los labios como un bigote.

—Venga —dijo desde la puerta—. La Superiora quiere hacerle unas preguntas.

Mientras tanto Natalio se rompía su fatigada cabeza de inmigrante tratando de armar un cuadro con ciertos elementos invisibles. Algo se había congelado momentos antes, y había quedado pendiente. Por más que los relojes siguieran dando la hora, y él siguiera despachando diarios, la sensación persistía. Había quedado prendida al tiempo, cuyo transcurso enmascaraba la causa original. Ésta no era otra que la demora de Tito en marcharse. Todos los días se iba de inmediato, corriendo, no bien terminaba su labor. Y hoy se había quedado, discreto, inmóvil, casi invisible en su ropa caqui y su cabeza rapada, absorto en la lectura de una revista. De tan poca cosa dependía la sensación cósmica que inundaba a Natalio. Una pequeña causa, un gran efecto.

Tito, la «joyita», era bastante misterioso. Pero, pensaba Natalio, no hay joven que no lo sea. Imposible penetrar en sus ideas, en sus proyectos, en sus esperanzas. En otro ambiente, en otra clase social, podría ser un poco más fácil. Con los jóvenes trabajadores, intentarlo era perder el tiempo.

No es que Natalio lo pensara en ese momento. Para nada. De hecho, se había olvidado de la presencia de Tito, requerido por enigmas más premiosos. En ese momento lo tenía relegado al hábito, cumpliendo con la función secreta de detener el tiempo del mundo. La revista que leía Tito era *Conozca Más*. En varias oportunidades, en el curso de los meses que llevaba trabajando para ellos, le habían predicado sobre el futuro. Un chico despierto, decente, laborioso como él, no pensaría en seguir repartiendo diarios y lavando el piso de una verdulería toda su vida, ¿no? La clave del progreso personal era la capacitación, el estudio. Él se mostraba escéptico. ¿Cuándo estudiar? Tenía dos empleos (por falta de uno), iba corriendo de uno al otro... No decía, por pudor, que se había sabido hacer indispensable en ambos, a fuerza de velocidad y organización. También quedaba implícito que eran dos empleos subalternos, de poca monta. Lo que no decía, tampoco, ni sus interlocutores

acertaban a pensar porque era parte de sus aprioris infranqueables, es que del primer trabajo salía a las siete y media de la mañana, ¡y del segundo a las once! Con lo cual le quedaba libre toda la inmensidad de la tarde. ¿Qué hacía en su tiempo libre? Seguramente se ponía a pensar...

La revista de divulgación científica en la que se había enfrascado no era una solución. El saber, por supuesto, no es acumulativo; para que sirva de algo, debe ser sistemático. «Conozca más» es una divisa frívola, aunque suena simpática.

Cuando le hacían el panegírico del estudio, Tito ponía distancia y objetaba la idea en sí, más allá del tiempo de que hubiera debido disponer para ponerla en práctica. Su filosofía personal iba por otro rumbo. Para él lo que importaba era la «iniciativa». La lógica del guerrero en los negocios: no ceder la iniciativa: tomarla siempre antes, y no antes que este o aquel adversario ocasional sino antes que todos. Vencer antes de combatir, por haber tomado antes que el contrario la decisión de ganar —cuando el contrario no sabe siquiera que lo es, cuando todavía es apenas «prójimo».

Natalio por su parte trataba de atar los cabos sueltos. El problema era que no sabía cuáles eran. Para empezar, ¿había cabos sueltos? Desde que llegaron a abrir el kiosco... Desde las cinco hasta ahora habían transcurrido... miró el reloj... dos horas cuarenta. Eso no tenía nada de sobrenatural. Siempre era así. Ese primer tramo, con la llegada de los camiones, las entregas, devoluciones, el reparto a domicilio, la reestructuración cotidiana de la visual del kiosco, las pequeñas tertulias sucesivas de los habitués, era la parte más movida. Si bien mientras tenía lugar pasaba en un encadenamiento fluido de relojería, y resultaba casi equivalente a la nada, a una siesta despierta, cuando se la consideraba en retrospectiva se veía abigarrada, vertiginosa; es que ahí se acumulaba prácticamente todo lo que pasaba en la mañana. Después, la tensión caía, el tiempo se limitaba a extenderse hacia el mediodía.

¿Era posible que además se hubieran sumado los signos de un misterio? ¿Así fuera de un misterio tan volátil como los que podían esperarse de sus pequeñas vidas sin importancia en la red de distribución de diarios y revistas? Sí, era posible. Y más que posible, era necesario que fuera ahí y no en otro lado. ¿Adónde iban a disimularse si no, los signos? En lo que seguía, habrían quedado demasiado en descubierto; y los signos prosperan sólo donde pueden esconderse y confundirse. Allí, en el primer estadio, sucedía todo, inclusive se formulaban las preguntas que tendrían su respuesta en la desocupación subsiguiente.

Los «signos» a los que se refería el cerebro turbado de Natalio eran de una sutileza incomparable. Signos en hueco, tokonomas de aire en los salones ventilados de la rutina. No podía localizarlos siquiera, salvo uno: el examen que le había visto hacer a Mario del «libro» de clientes —en realidad un cuaderno de espiral tan sobado que se caía en pedazos. Así que volvió a él.

Otra vez las listas... Sus dedos volvían las páginas con un pequeño ruido acuático. En cada página, intercaladas con direcciones, se sucedían las enumeraciones de apellidos, todos iguales (todos eran apellidos) y todos distintos (todos sonaban

diferentes). En cualquier sector de cualquier ciudad de la Argentina una lista de apellidos de los vecinos reunirá sonidos y grafías del mundo entero, de Polonia a Corea. Un verdadero «corte» del planeta. La canción de los barrios.

Un oficio del aire libre es una verdadera educación de la percepción. La luz de la mañana lo envuelve todo; el rumor se eleva; el pensamiento se confunde en hebras sutiles con todo lo suspendido...

Ese cuaderno era una veta inagotable de datos. Los tenía todos ante sus ojos, pero al no saber qué buscaba, la información seguía oculta, y diáfana. Parecía un método para aprender lenguas extranjeras. Y en esa lengua se decía algo... Había varios niveles superpuestos. Lo que ignoraba, para ser más precisos, era qué había estado buscando Mario en el cuaderno. ¿Un nombre? Habría sido como buscar un pájaro en un árbol. Más probable sería una distribución, una repetición, un blanco. Después de todo, las listas para ellos eran oleadas de tiempo; recuperaban su condición original de letanía, de música. Los dedos de Natalio se aceleraban y las páginas pasaban como en una tormenta... Hasta que de pronto, se congeló. Los dedos, la mano, el brazo, todo. Quedó clavado. Un gong. La vista horadaba el papel: un renglón, un nombre... ¡Togliazzi!

No podía ponerlo en duda, porque la letra era suya. Quién sabe de cuándo databa; mejor dicho, sabía de cuándo databa esa anotación: del dos de enero, cuando, todos los años, compraba un cuaderno nuevo y pasaba en limpio todas las listas de reparto, desembarazándolas de tachaduras y agregados. ¿Pero cuándo había ingresado ese nombre por primera vez, en qué cuaderno, de qué año? Cuando recuperó el movimiento, su dedo índice remontó la lista de esa página, nombre por nombre, hasta el encabezado de la calle... Se hundió en un mar de especulaciones.

Mario, a todo esto, por completo ajeno a las investigaciones a las que se estaba librando su padre, había atravesado el colegio a la zaga de la monja y entraba en el recinto del convento propiamente dicho, que estaba en lo que se llama «el corazón de la manzana». Era una construcción más bien pequeña, de dos pisos, aislada salvo por su extremo este, que se pegaba a un lado de la iglesia a la altura del altar. Las paredes eran lisas, sin molduras ni aleros, y gruesos barrotes protegían las ventanas, que no tenían postigos ni persianas. No debían de ser necesarios para filtrar la luz, pues de eso se encargaba el espeso follaje de los árboles de hoja perenne que le daban la vuelta al pabellón. Adentro reinaba la penumbra. Mario atravesó el primer salón casi sin ver nada, los ojos fijos en la mancha oscura del hábito de la monja. Cuando estuvieron en una especie de despacho íntimo, ella se volvió:

—Espere aquí. —Y desapareció por donde había venido, sin pisadas.

Nervioso como estaba, el pobre Mario no había prestado mucha atención al camino. Si se hubiera sentido más cerca de la salida, habría huido. O quizá no. De cualquier forma, ahora estaba jugado. Miró a su alrededor: muebles sobrios, un escritorio, una máquina de escribir en una mesita, sillones de cuero en los que no se atrevió a sentarse, un archivero de roble. El piso también aquí era de baldosas, rojas,

blancas y negras formando un raro dibujo. En la pared atrás del escritorio colgaba un crucifijo de madera negra, con un Cristo de plata demasiado pequeño para el soporte; era una figura por demás ascética, consumida, las piernas y brazos finos como alambres, pero con los huesos marcados; la cabeza, una calavera de ojos cerrados, con la corona de espinas; en el torso sin carne se podían contar las costillas una por una, pero el número no era el de una persona normal. Por lo demás las paredes estaban desnudas, salvo un cuadrito colgado justo frente al Cristo, al lado de la puerta de entrada. Era una fotografía en blanco y negro, la cara de una monja sin edad y sin expresión; era de esas fotos tomadas haciendo que el retratado mire el objetivo de la cámara, de modo que en una copia ampliada los ojos parecen mirar al que la contempla, y seguirlo dondequiera que vaya. El efecto se hace más notable si la ampliación es de tamaño natural, lo que no sucedía en este caso: la cabeza sería la mitad del natural.

El silencio era muy profundo; las monjas de la Misericordia usaban zapatos con suela de goma. Mario, con el saquito azul de tela que usaba para trabajar, y las zapatillas gastadas, se sentía incómodo. Menos por la indumentaria que por las manos, positivamente negras. Ese era un inconveniente de su oficio, al que se había acostumbrado tanto que ya no lo notaba, salvo en circunstancias como ésta: la tinta fresca de los diarios que estaba tocando todo el tiempo le manchaba los dedos, y a esa hora los tenía como si se los hubiera frotado con polvo de carbón. Le pareció que el Cristo se movía. Un pequeño movimiento de un brazo, ¡cric!, después del otro; una pierna, la rodilla puntuda, los dedos de los pies, hechos con arte de orfebre miniaturista.

Si no era víctima de una especie de ilusión óptica, o de una ilusión mental debida al temor y la nerviosidad, estaba frente a un sutil mecanismo de relojería. Muchas veces se ha dicho que el cristianismo es la adoración de una marioneta horrenda. Pero que las monjas adhirieran a esa concepción resultaba un poco excesivo. Y sin embargo, tal vez era así. Algo lo hizo volverse bruscamente, y le pareció ver un brillo en los ojos de la monja de la fotografía; se apagó de inmediato, aunque hubiera jurado que quedaba una fosforescencia remanente. Esa cara parecía viva. En la penumbra de la oficina era difícil asegurarlo, pero al apartar la mirada de los ojos del retrato, cosa que no había hecho la primera vez, y pasearlos por las mejillas, la nariz, la boca, el mentón, de la monja ignota, el rostro se veía en relieve... Y mirando bien, el marco de madera tenía unos diez centímetros de profundidad, era más bien una caja, casi cúbica. La cara debía estar moldeada, ser de cera... Se acercó a ver: no, no era en relieve, era realmente una foto, pero impresa sobre un plástico acanalado que producía un efecto de volumen increíblemente realista. Y en el lugar de los ojos había dos cristallitos oscuros, ahora apagados pero con un resto de luz brillando todavía en el fondo. Era evidente que atrás tenía alguna clase de aparato, y no tardó en hacerse una idea de lo que podía ser. Calculó las posiciones respectivas de la foto y el Cristo para confirmarlo: estaban en línea. Un rayo láser desde los ojos de la monja debían de

encender el mecanismo del muñequito de plata. El dispositivo ilustraba esa circunstancia tan común en que la mirada fija de alguien clavada sobre uno produce una torpeza peculiar en las articulaciones, y el cuerpo, ágil y flexible (y libre) un momento antes, se vuelve torpe y duro como el de un muñeco mal hecho (y crucificado).

Eso le hizo pensar de pronto que quizá, sin saberlo ni proponérselo, había ido a parar al corazón del secreto de las monjas. El fondo oculto al que nadie llegaba nunca, el sancta sanctorum. Había sido admitido «de una», sin preámbulos, sin antesalas. A veces pasa. ¿Y qué había hecho él para lograrlo? Nada. O una cosa: había pronunciado un nombre. Uno nunca sabe lo que puede un nombre. Había dicho «Lidia» y las puertas del misterio se habían abierto para él.

Apareció otra monja, la tercera de la mañana (sin contar la de la foto). Se iba dando una progresión, una precisión: ésta definitivamente metía miedo. Claro que no era la Reverendísima. Por supuesto que no. Mario sabía que sus fantasías de haber llegado al sancta sanctorum podían ser muy halagüeñas para su vanidad, pero estaban muy lejos de la realidad. Si bien nunca había visto a la legendaria madre Elena, supo que no podía ser esta monjita fría y horrible. Debía de ser una de las no menos famosas «secretarias» de la Superiora, sus instrumentos y portavoces. Pero a ellas tampoco las veía todo el mundo, y seguramente no salían nunca; también ellas debían de tener sus propias monjas instrumentales, en una jerarquía descendente, y éstas, otras... Ni siquiera podía estar seguro de que estuviera frente a una de las que tenían acceso directo a la instancia suprema; quizás había otras por encima.

—¡Qué manera es ésta de irrumpir armando alboroto...!

Era una falsedad insólita. Pero por ello mismo, la monja exhibía al proferirla tanta seguridad en sí misma, tanta confianza en poder decir lo que se le antojara, sin temer las consecuencias, que no pudo haber elegido comienzo más indicado para amilanar a Mario. Comprendió lo que debía de sentir un niño, tímido e indefenso, ante esas especies de monjas que son los adultos, que por definición son los que no tienen que temer las consecuencias, porque ellos las inventan según su conveniencia. «Conveniencia» y «consecuencia» son palabras que se parecen mucho.

—No... perdóneme, pero yo solamente vine a preguntar con buenos modales si Lidia estaba aquí.

—¿Quién le enseñó buenos modales a usted?

La monja había dado la vuelta al escritorio y se había sentado, lo que Mario interpretó como señal de que se proponía decirle algo, o al menos de que la entrevista no sería demasiado breve. Pero debería haberlo esperado, pues si sólo hubieran querido sacárselo de encima no lo habrían llevado hasta ahí. De modo que no se molestó en responder. La vio abrir y hojear la carpeta que había traído, como si buscara algo. El corazón de Mario se aceleró. ¿Sería posible que tuvieran un legajo sobre Lidia? ¿Habría acertado con su tiro a ciegas, realmente? Por un instante alentó esa esperanza loca... Pero su desilusión fue completa.

—¿Usted es el dueño del kiosco? ¿O un empleado?

—Mi padre es el dueño.

La monja asintió, como si ya lo hubiera sabido.

—En el mes de mayo de 1992, su padre nos pasó una cuenta que nos negamos a pagar, y entiendo que no quedaron satisfechos con nuestras explicaciones y siguen reclamando.

¿Qué? ¿Qué? Mario no daba crédito a sus oídos. Sobre todo porque era tan lógico, tan horriblemente previsible, ahora que se acordaba... Porque lo peor era eso: que lo recordaba perfectamente. Era tan trivial, tan prosaico: como bajarlo de un escopetazo de sus castillos en el aire.

Las monjas no compraban diarios ni revistas; al menos no se los compraban a ellos, y tal como había quedado en claro en aquel incidente, no se los compraban a nadie. Pero una vez, hacía años, una monja había ido al kiosco y se había llevado una revista, una *Para Ti*. La llevó sin pagarla; les dijo que mandarían la cuenta a la Misericordia; lejos de poner objeciones, ellos le abrieron crédito como lo haría cualquier comerciante con un cliente opulento, potencial gran comprador. Pensaron que se abría una línea de ventas que podía ser importante: un gran colegio privado consumiendo diarios, revistas, fascículos educativos... Si bien la compra de una estúpida revista femenina no era un comienzo muy alentador, era un comienzo de todos modos. Mario recordaba que se habían preguntado por el motivo de esa compra, y hasta había hojeado otro ejemplar, buscando algún material que pudiera ser de interés para monjas, y no lo había encontrado, quizá por no saber bien qué buscaba; estaba lo habitual, modas, decoración, notas sobre psicología de la pareja y un largo reportaje a Moría Casán en ocasión de su divorcio. Allá ellas. Pero no hubo más pedidos. Ninguna monja volvió a acercarse al kiosco en el resto de ese mes (ni lo hicieron nunca más), de modo que al llegar el treinta y uno la cuenta del colegio no tenía más débito que la cifra irrisoria que costaba ese *Para Ti*. Ni se habrían acordado, si no lo hubieran anotado (y lo hicieron porque, en alas de sus esperanzas, habían inaugurado una página del cuaderno de fiados, página que quedaría en blanco). Natalio fue a cobrar, y chocó con una negativa frontal, o más bien una negación: ahí nadie había comprado ninguna revista, por lo tanto no debían nada. Esto no fue tan simple como decirlo: lo tuvieron horas esperando, en un clima escandalizado de «cómo se le ocurre», «esto hay que aclararlo», etcétera. De hecho, lo hicieron volver dos veces más. Por el mísero precio de la revista no se habrían molestado, pero la negación de las monjas terminó irritando a Natalio, que tenía un fondo duro, como todo hombre que se ha hecho solo. No admitía que le dijeran que ninguna monja había ido a llevarse la revista: eso había sucedido, y tenía testigos, les dijo. Esto último no era tan cierto porque los únicos que recordaban a la monja eran él y su hijo; pero adoctrinaron preventivamente a Alfredo. Las monjas se mantenían en sus trece; argumentaron que monjas las había de muchos tipos, de muchas órdenes. ¡Pero es que ésta les había dicho que era de la Misericordia! ¿Podía mentir

una monja? ¿Podía estafar? ¿Se lo permitían sus votos? Ellas insistieron hasta llegar a decir que podía haber sido una ladrona o «mechera» disfrazada de monja. Por suerte no insistieron en esa línea, que no se sostenía. Se hacían fuertes en la declaración de que ninguna monja de la Misericordia había comprado ninguna revista. ¿Ellos podían probar lo contrario? Por ese lado, llegaban a una *impasse*. Querían que la describieran: ¿era joven, vieja, gorda, flaca, tenía alguna cicatriz? Alfredo, que tenía alguna habilidad con el lápiz, se ofreció a hacer un «retrato hablado». Lo único que faltaba era que les propusieran hacer una ronda de reconocimiento. Abandonaron la partida. De la última entrevista Natalio volvió al kiosco puteando y jurando que nunca más iba a tener nada que ver con esas harpías. Prefería a Bilardo. Archivaron el caso, y se olvidaron.

¡Y ahora volvía! Para Mario fue un baldazo de agua fría. Comprobaba en carne propia que no hay estrategia más eficaz que cambiar de tema; ¿lo aprendería alguna vez? En la desesperación, le volvió a la mente un consejo que era el primero que se daban entre ellos los delincuentes: negar todo.

—No... ¡No! No sé nada.

—Quizá no lo recuerda...

—No. Espere un momento. ¿Cuándo dijo que pasó eso?

—Mayo de 1992.

—Yo no estaba —mintió—. Empecé a trabajar con mi papá hace dos años.

La monja quedó totalmente descolocada. Su gesto le indicó a Mario que sabía que le estaba mintiendo, pero no podía probarlo. No podía siquiera empezar a discutirlo porque antes había hecho la comedia de no conocerlo... La ventaja de no hablar se hacía tan patente que Mario se quedó saboreándola un momento. La monja, con un chasquido de lengua, cerró la carpeta y dijo:

—¿Qué es lo que quiere entonces?

—Perdón... creí que se lo había dicho la hermana que me atendió.

—¿Que había dicho qué?

—A qué vine.

—No entiendo.

—Creía que la hermana que me atendió en la puerta le había dicho a usted por qué motivo vine yo aquí.

—¿Y cómo iba a saberlo ella?

—Porque yo se lo dije.

Era una guerra en toda la línea, y declarada. La única regla a la que obedecían era no mentir. Jugando bien el juego, no había necesidad de hacerlo. El error del joven diariero fue creer que así podían seguir indefinidamente.

La monja suspiró y se puso de pie, dando por terminada la entrevista:

—Me dijo algo sobre una chica...

—Lidia.

—No sé a quién se refiere.

—¿No podría preguntar? La vieron entrar en el colegio hace unos minutos.

Lo miró sorprendida:

—¿A quién voy a preguntarle?

—No sé. A la hermana portera.

La monja le abrió la puerta, y salieron al salón vacío.

—Pierda cuidado. Si se ha metido una intrusa a esconderse aquí, la localizaremos muy pronto.

Iban hacia la puerta de salida.

—Creía que podían haberla mandado llamar ustedes.

—No. Dígame una cosa. ¿Qué relación tiene usted con esa joven?

—Quería hablar con ella antes de que se fuera.

—¿Se va a ir? ¿Adónde?

—Ella duerme en el Refugio de la esquina, y, no sé si usted sabrá, ahí les dan alojamiento por la noche, y después cierran, así que todas se van.

—Pero supongo que volverá a la noche. ¿No puede esperar hasta entonces? ¿O hasta mañana a la mañana? No veo el motivo de tanto apuro.

Había muchas respuestas posibles a esa observación, pero Mario ya tenía la mejor en los labios:

—Algunas no vuelven nunca. El Refugio es una solución provisoria, mientras no tienen algo mejor.

—Ya veo. Que pase un buen día. No tenemos absolutamente nada que ver con ese Refugio. La que entra aquí, lo hace para toda la vida. —Alzó la voz—: ¡Hermana! ¡Aquí! —Mario siguió la dirección de su mirada y vio a una monja completamente abstraída en el otro extremo del salón. Como no parecía haber oído el llamado de la «secretaria», ésta soltó un silbido violento: una nota larga, y dos cortas como puntos, sincopadas. Entonces sí la otra miró—. ¡Venga aquí, abriboca!

Vino caminando por una diagonal que hacían las baldosas de colores. Era renga, muy poco pero lo era y se le notaba. Es rarísimo ver una monja con un defecto físico. No es que no las haya, sino que es rarísimo verlas. En Mario se acentuaba la sensación extraña de haber sido admitido en otro mundo, en un palacio donde a las monjas se las llamaba a silbidos y había Cristos mecánicos y caminos de colores que debían seguirse para no caer en abismos. Todo parecía ligeramente fuera de lo humano, en dirección del robot.

—Qué hermoso es esto —dijo alzando la vista al techo artesonado, a la gran escalera de mármol que subía desde el fondo, y a las dos colosales estatuas policromas de monjas apostadas a un costado, los únicos «muebles» de la estancia—. Qué tranquilo, qué silencioso.

—¿Le gusta? Aquí sobra el tiempo, nadie tiene apuro.

No parecía, por el modo expeditivo en que había evitado darle conversación. Era su segunda alusión al «apuro»; Mario se preguntó si querría decir algo especial, o sería simplemente una idea fija de ella.

—Acompañe al joven hasta la puerta de calle y vuelva inmediatamente.

—Sí, cómo no. Venga.

Salieron. Un paso, y estaban afuera. Todo cambiaba. Los árboles volvían a susurrar, la luz de la mañana a derramarse sobre un mundo cándido y apacible. Era la realidad, otra vez, siempre esperando a sus criaturas. La Reina de la Paciencia. No importaba cuánto se demorase uno en el interior de una morada, verdadera o fantástica, al salir se anulaban todos los lapsos y la realidad se reanudaba exactamente donde había quedado. No valía la pena apurarse, ni pensar en lo que quedaba por hacer en la jornada, porque todas las cuentas volvían a cero. Sólo había que trasponer el umbral por el que se había entrado.

Un paso bastaba. Pero había pasos y pasos. El de Mario, ágil, juvenil, automático, era una cosa; el de la monja, otra cosa muy distinta, porque era renga. ¿Y si era un robot? ¿Si habían puesto un robot a acompañarlo hasta la calle? En ese caso no salía todavía de las complicadas maniobras conventuales, las llevaba puestas...

Era curioso que la «secretaria» hubiera elegido a esta monja con una característica visible, quizá la única de que disponían (o el único robot defectuoso). Porque aunque había hecho como si recurriera a la primera disponible, lo lógico era que la hubiera elegido con cuidado... Después de todo, de eso se había tratado en el famoso episodio del *Para Ti*: de poder describir a una monja con una sola palabra.

La miró con atención, y la descubrió mirándole las manos. Para justificar su indiscreción, ella le dijo:

—Tiene que lavarse las manos más seguido, no sabe la cantidad de enfermedades que se puede pescar por falta de higiene.

—Me las estoy lavando a cada rato —dijo él amoscado—. Es tinta de los diarios. Como hago el reparto, a cada vuelta las tengo negras.

—Ah, es repartidor de diarios. Lo felicito. Hay que trabajar, si no se tienen rentas. Debe de ser un lindo oficio, muy entretenido, porque supongo que lo dejarán leer los diarios que reparte, por lo menos los chistes. Y muy sano, porque lo obliga a madrugar, y además todo el ejercicio que hace, al aire libre. Yo no podría, como se imaginará. Puedo caminar un rato, perfectamente, pero después tengo que sentarme.

Mario saltó sobre la oportunidad:

—Sí, noté que tiene un pequeño inconveniente.

—¡Es la pierna! No es la cadera, ni el pie, ni el tobillo. Las hermanas me midieron, y tengo esta pierna dos milímetros más corta que la otra. En circunstancias normales no debería causarme ningún problema, pero el Señor lo quiso así. Es lo más común del mundo. Muchísima gente tiene una pierna más larga que la otra, o un brazo. ¿A usted le han medido las piernas alguna vez?

—No.

—Quizá se llevaría una sorpresa. Es lo que le pasó a Valdano.

—¿A Valdano? ¿En serio? —Se rió, atontado por la sorpresa.

—Sí. Una vez, hace muchos años, cuando todavía jugaba, lo compró un club de

Europa, pagaron millones, y cuando lo midieron resultó que tenía una pierna cuatro milímetros (fíjese, el doble que yo) más corta que la otra. ¡Se armó un lío! Querían que les devolvieran la plata, pero los médicos dijeron que era muy común, y a él no lo afectaba en lo más mínimo: al contrario, gracias a eso podía hacer esas gambetas que engañaban a los contrarios.

—Me sorprende que esté tan enterada, siendo que ustedes no compran diarios.

La monjita soltó una risa alegre:

—¡Si fuera por nosotras, usted se moriría de hambre! Antes comprábamos... Después la Elena se puso a hacer economías.

Se habían detenido a conversar junto a la puerta del muro que separaba el recinto interior del colegio. Encantado de encontrarla tan locuaz, Mario se prometió preguntarle por Lidia. Pero para no desperdiciar la oportunidad debería hacerlo con diplomacia, y como eso requería alguna deliberación prefirió ganar tiempo abundando un poco en el tema de la pierna:

—Lo que no entiendo, hermana, es que teniendo usted ese problema, la hayan mandado a acompañarme hasta la calle.

—Lo hacen a propósito, porque me hace bien. Si no hago ejercicio me anquilloso. ¡Me tienen todo el día de aquí para allá! Sobre todo porque tengo una tendencia a la meditación, me pierdo en mis pensamientos, yo misma podría confundirme con una estatua. —No le dio tiempo a decir nada—. Escúcheme, tengo una curiosidad. ¿Cómo hace para lavarse las manos? Supongo que trabajará en un kiosco en la calle.

—Sí, aquí en la esquina —señaló en la dirección de la calle Bonorino.

—Es inútil que señale. Todas las direcciones exteriores son lo mismo para mí.

—Usamos la canilla del zaguán del Refugio.

Lo dijo con toda la intención, y tuvo la recompensa de ver brillar una luz de interés en los ojitos de la monja. Esperó a ver qué pasaba.

—¿O sea —preguntó ella—, que usted y sus compañeros pueden entrar?

—Sí.

—Al zaguán nomás.

—No. Adentro también. A la cocina, a calentar agua para el café.

—Pero no a los dormitorios.

—No, a los dormitorios no. Pero a veces las puertas están abiertas...

—Y las ve, todas dormidas... ¡Qué increíble! ¡Cómo me gustaría verlas! Aunque dicen que las madres con hijos chicos no duermen nunca. Los chicos se despiertan, lloran pidiendo de comer; y además hay tanto que hacer, lavar los pañales...

—Ahora se usan pañales descartables. Las cosas han cambiado mucho desde que Valdano jugaba en Newells.

Dos monjas pasaron por la puerta donde ellos se habían estacionado; iban rumbo al colegio, seguramente a dar clases. Pasaron tan cerca que Mario pudo sentir el olor, a especias, extraño, ligeramente químico. Iban apuradas, y ya les daban la espalda. Él lamentó no haberlas mirado a la cara, para poder reconocerlas; había empezado a

pensar que todo dato que recogiera podía serle útil. Pero unos pasos más allá se volvieron y pudo ver que una de ellas parecía una china: con eso le bastaba. La otra era más corriente.

—¡No le lleve el apunte! ¡No sabe lo que dice!

La que había hablado era la china. La monja renga se puso en marcha como si la hubiera mordido una serpiente.

—¡Vamos! Vamos, que no me tengo en pie.

Había palidecido de modo alarmante.

—Deje nomás —dijo Mario—, no se moleste, yo encuentro el camino de salida.

Sin responderle, la monja apretaba el paso atrás de las otras dos, por el patio del colegio, donde ya empezaban a reunirse alumnas de uniforme, esperando el timbre de entrada.

Segundos después, Mario estaba en la calle, perplejo y disgustado consigo mismo: no había averiguado nada, no había sabido encontrar una pista para orientarse en el laberinto. Ni siquiera había atinado a preguntarle a la monja renga por Lidia. Y de esto último no podía culpar a nadie más que a sí mismo: por haber dejado pasar la ocasión.

¿Pero era tan cierto que había fallado? ¿No podía ser que fuera lo contrario? Una escena fallida también puede ser un éxito, considerada la realidad como un todo. O mejor dicho: ninguna escena es un fracaso en la realidad. Los hechos que configuran una escena pasan en la precipitación, en el «apuro», nadie tiene tiempo para pensar, para elegir las alternativas más convenientes. Hechos y palabras se confunden en un torrente, inconexos y brutales. Sólo a posteriori, en una visión panorámica, la escena revela un orden, y entonces, yendo al otro extremo, resulta ser el orden de la perfección, y en su riqueza inagotable se ceba el pensamiento hasta consumir todas las ebriedades. Con todo, es cierto que en un primer momento lo que se impone es la decepción. El primer impulso es volver atrás, «corregir», y como uno sabe que es imposible, se desespera. Pero, aunque parezca increíble, la acción nos da una segunda oportunidad, sin necesidad de que el tiempo retroceda; porque el recuerdo y la interpretación de lo que se vivió se traducen en hechos, y éstos configuran nuevas escenas, en cuya sucesión va dándose un progreso, hasta llegar al desenlace.

En el caso de Mario, no tuvo tiempo de salir del primer estadio de la decepción y la autocrítica, cuando ya tenía lugar un nuevo desarrollo. Iba caminando a paso lento rumbo al kiosco, tratando de ordenar sus ideas, cuando un chistido le hizo volver la cabeza a la izquierda. La última ventana del colegio antes del paredón, dos metros más adentro de la verja, estaba entreabierta, y asomaba la cara de una monja. Se detuvo en seco. Era el mismo rostro oriental que le había llamado la atención unos minutos antes, o al menos así le pareció (los separaba el follaje de un arbusto extraño).

—Venga en el primer recreo a la capilla —dijo la cabeza en voz baja y urgente—. Tengo que hablarle.

—¿Eh? —La pregunta le salió naturalmente. Pero la ventana ya se había cerrado, con un sonoro «clac».

Lo envolvieron unas risas agudas, irreprimibles. Varias jovencitas con el uniforme verde de la Misericordia cruzaban en dirección opuesta por la vereda, y habían oído el diálogo. Con la típica mentalidad de alumnas de colegio de monjas, estaban pensando en sexo, y el descubrimiento que acababan de hacer las llenaba de diversión. Mario, rojo como un tomate, pensó que en cinco minutos lo sabría todo el colegio. Pero ya que estaba, quiso aprovechar para obtener una información:

—¿A qué hora es el primer...?

No necesitó terminar la pregunta.

—Ocho y cuarenta y cinco —dijo una de las chicas, muy risueña y a los gritos. Tendrían catorce o quince años, eran altas, rubias, de pelo largo. Le gritaban todas a la vez: «Llévala a un telo, flaco, el suelo de la capilla es muy duro», «No te conviene, teniendo tanto material a mano», «No le vas a encontrar el agujero», «Metésela por atrás», etcétera.

—No sean pendejas —les dijo—. No es eso. Y no digan nada, que hay vidas en juego.

Siguieron hacia la puerta del colegio, riéndose y gritando. Sin querer les había alegrado el día, en ese momento tan deprimente de entrar a clase. Caminó rápido, pero no pudo evitar oírlas cantar a coro, antes de entrar: «Se la coge, se la coge».

«Qué macana», pensó mientras cruzaba la calle. Por mirar su reloj pulsera (las ocho menos cinco) casi lo pisa un autito amarillo que doblaba.

Había caído una nueva seguidilla de clientes; a esa hora siempre era así: las ocho era el último pico de actividad, por eso demoraban su desayuno hasta que pasaba. Habían llegado a convencerse de que, dijeran lo que dijeran, la gente en realidad es muy madrugadora. Para su sorpresa, Tito seguía allí.

—¿Adónde te habías metido? —le dijo Natalio.

—Me quedé charlando. ¿Qué hacés vos aquí? —le preguntó a Tito.

Una señora:

—Clarín.

—Yo me voy —dijo Tito—. No sabes lo que pasó.

—Mirá esto —dijo Natalio.

Esa era una cualidad que tenía el trabajo de ellos: que siempre daba lugar a que prosiguiera una conversación, prácticamente sin pérdida de sentido, mientras diarios, revistas, dinero, cambiaban de manos, y la gente «entraba» y «salía» de su campo de percepción. Es cierto que estaban muy acostumbrados. Quizá demasiado acostumbrados, pensó Mario en vista de su experiencia reciente con las colegialas: terminaban haciendo caso omiso de los clientes, que por supuesto los oían. Oían todo, pero por fragmentos muy breves, cada cual su fragmento, su réplica, su palabra, y se iban con él. Eso hacía que no tuvieran intimidación (el kiosco estaba abierto al mundo, o por lo menos al barrio: no había puerta que cerrar), y al mismo tiempo sí la tuvieran,

porque debía de ser imposible reconstruir el sentido general a partir de la brizna que oía cada uno. Aunque era difícil asegurarlo: un fragmento podía revelar mucho, o inclusive todo, en la medida en que revelaba el estilo, el modo, el humor, y también el tema. Claro que las reconstrucciones podían ser erróneas, fantásticas, absurdas. Quién sabe las ideas que podían hacerse. Y siempre tenían temas distintos; si alguien iba todos los días a comprar un diario, y todos los días oía su mínimo casual de conversación, la suma de asuntos dispares enlazados con ayuda de la imaginación podía crear peripecias novelescas.

Nunca se habían propuesto ser amables con la clientela, ni dejar de serlo, ni adoptar ninguna postura especial. Actuaban de modo espontáneo, como eran; se limitaban a exponer su estilo, que, por ser ellos padre e hijo, era un estilo de familia. Nunca tenían problemas por ese lado, nadie los rechazaba, a nadie le caían antipáticos. Que la gente los aceptara les parecía tan natural como que aceptara el clima, o la sucesión de las horas del día. No se detenían a pensar que, en realidad, en cada kiosco de Buenos Aires (y había miles) imperaba un estilo diferente. Y la competencia era feroz.

Ya estaban deliberando, como si estuvieran solos, en la Sala de Situación del Comando Central. Mario miraba como estúpido el cuaderno que le había pasado su padre, abierto en una página cualquiera. Natalio tuvo que poner el dedo en un renglón.

—¿Togliazzi?!

Lo primero que se le ocurrió fue que, en efecto, eso explicaba la presencia de Tito: se había demorado por curiosidad. ¿Por curiosidad solamente? ¿Qué otro motivo había? ¿Cuál tenían ellos para su interés, que en ese momento era muy vivo? Había algo más que la curiosidad, algo inasible y amenazante.

No tenían tiempo de pensarlo, en la precipitación que empezaba a alzarse, pero lo pensaban de todos modos, si no con la mente con la identidad relativa. Porque era toda una vida de trabajo la que vacilaba sobre sus fundamentos. Ellos vendían la «actualidad», pero la condición para venderla, y sobre todo para seguir vendiéndola, para hacer de ello un *modus vivendi*, era no participar en esa actualidad. Sólo si la mantenían afuera, ajena, podían seguir considerándola inagotable. Es cierto que si intervinieran, no necesitarían hacerlo más de una vez, porque la actualidad que llega a los «medios» maneja cifras tan fantásticas que bastan para pagar toda la vida de un particular, son su «rescate» definitivo. Por ejemplo, si se sacaran el primer premio de la Lotería, probablemente saldrían en los diarios, como «humildes kiosqueros favorecidos por la Diosa Fortuna», y en lo sucesivo serían ricos...

En este caso también había en juego cifras enormes, pero parecía de todo punto de vista imposible echarles mano. No, en eso no pensaban siquiera (por lo menos no lo pensaba Mario): la única posibilidad era ver pasar los millones de cerca. Y eso, oscuramente, parecía entrañar alguna amenaza.

Especularon sobre la dirección anotada al lado del nombre. Era ahí a la vuelta, a

doscientos metros, sobre la calle Bilbao. Una casa; Mario la tenía muy presente, como que había ido a llevarle el *Clarín* hacía poco menos de una hora. Pero las caras que correspondían a esa casa se le escapaban, y a Natalio también, se les mezclaban con otras. Tito por su parte parecía idiota, como si un exceso de excitación le hubiera revuelto las neuronas. A la clientela de domicilio sólo le veían las caras a fin de mes, cuando hacían la ronda de cobros (la hacía Natalio), o en ocasión de algún reclamo.

Estaba la posibilidad de que ese nombre en el cuaderno fuera algo así como un resto arqueológico, que ya no respondiera a una persona. Solía pasar: la gente se mudaba, los nuevos propietarios renovaban el pedido, el nombre viejo quedaba, y seguía quedando, año tras año, cuaderno tras cuaderno. De hecho, ese cuaderno era una especie de palimpsesto de difuntos y mudados, perfectamente útil a pesar de ello; o, por ello mismo, más útil, más funcional.

—¡Un momento! —dijo Mario en una súbita inspiración. Pero Natalio había pensado lo mismo en el mismo instante, haciendo honor a la telepatía que los años habían establecido entre padre e hijo. Que no era nada sobrenatural, sino un hilo compartido de pensamientos.

—¡Don José! —dijeron los dos a la vez.

En efecto, don José, el sereno de Divanlito, que los visitaba al salir del trabajo, había mencionado esa mañana que era «vecino» de Togliazzi. Ellos siempre habían dado por sentado que don José vivía lejos (era lo lógico: estaba ahí por su trabajo, no por vecino), pero nunca le habían preguntado. Era muy posible que hubieran venido prolongando durante años uno de esos malentendidos tácitos, que son tan frecuentes; ellos lo veían doblar la esquina y pensaban automáticamente que iba a la Avenida del Trabajo a tomar un colectivo rumbo a quién sabe dónde, a su casa lejana... ¡Y él caminaba un par de cuadras, entraba en su casa, y se ponía a roncar! Ahora bien, si era así, y si había dicho que Togliazzi era vecino «suyo», y no de todos ellos, eso sólo podía querer decir que vivía en la casa pegada a la suya; vale decir, don José debía de manejarse con una definición distinta de la palabra «vecino», una acepción más restringida, pues de otro modo habría dicho «es vecino nuestro», o «es un vecino», o «todos somos vecinos». Y de paso explicaba por qué nunca había mencionado, ni siquiera casualmente, que él vivía cerca, en la misma manzana: para él eso no significaba ser «vecino». Lo que quedaba por esclarecer era si don José vivía realmente ahí a la vuelta. Y si vivía tan cerca, ¿era verosímil que nunca lo hubieran visto fuera del momento en que salía de su trabajo nocturno? Sí, lo era, porque lógicamente él iría a acostarse, y volvería a salir a la calle a la tarde, cuando ellos ya se habían ido. Todo lo cual era muy hipotético y sospechoso. ¡También, la idea de don José: trabajar de sereno en una fábrica de sofás cama!

Justamente mientras tenía lugar la conversación, interrumpida a cada momento por gente que pedía un diario o una revista y los oía con sorpresa, habían estado oyendo subir las grandes rejas metálicas del salón de ventas y oficinas de la fábrica. A los dos volvió a ocurrírseles lo mismo, salvo que esta vez hubo una divergencia:

Mario lo pensó apenas como posibilidad teórica, porque no veía qué necesidad podía haber de avanzar en la práctica. De modo que lo sorprendió oír a su padre decir:

—Podríamos preguntar su dirección —acompañando sus palabras con un imperceptible movimiento de cabeza hacia la fábrica.

«Podemos preguntársela mañana a él», pensó Mario, y estuvo a punto de decirlo, pero algo en la expresión de Natalio le hizo desistir. Antes de que pudiera ofrecerse a ir a averiguar, Natalio ya lo estaba mandando a Tito.

—Deciles si te pueden dar la dirección de don José, el sereno; no sabemos el apellido. Decí que sos del kiosco, porque no hay necesidad de mentir... —reflexionó un instante—, y que él se dejó olvidado aquí un reloj de oro y queremos devolvérselo antes de que se preocupe demasiado creyendo que lo perdió. Si se ofrecen a avisarle por teléfono deciles que no es necesario, «total, vive tan cerca», decí, textuales palabras. ¿Te vas a acordar?

Tito hizo un gesto despectivo, y se puso en marcha de un salto. Mario lo detuvo:

—No. Esperá. Decí que se olvidó un paquete. Lo del reloj de oro es un poco exagerado; si tuviera un reloj de oro no estaría trabajando de sereno...

—Muchos jubilados muertos de hambre tienen relojes de oro —dijo Natalio.

—Pero no se los andan sacando en los kioscos...

Una mujer que estaba hojeando una revista de cocina seguía el diálogo muy divertida.

—¿En qué quedamos? —gritó Tito con impaciencia.

—Paq...

—¡Reloj! —zanjó Natalio—. Tiene que ser algo valioso, para justificar el apuro que tenemos por devolvérselo.

Aunque más no fuera para quedarse con la última palabra (porque Tito ya se había ido, con un «¡Ufa!»), Mario dijo:

—Un paquete puede contener algo más valioso y más urgente que un reloj.

—No es que quiera entrometerme —dijo la mujer—, pero hoy día nadie se atreve a andar con alhajas valiosas por la calle. A mi suegra le arrebataron el cintillo, y después se lo quisieron vender.

La despacharon con dos o tres comentarios amables, y siguieron hablando, ahora en presencia de Damián, el portero de enfrente, que al terminar de baldear la vereda solía cruzar a leer de ojito alguna historieta, de preferencia Condorito, de la que era fanático.

—Es asombroso —empezó Natalio— cómo un pequeño dato del que uno se entera por casualidad puede abrirle los ojos a un juego siniestro en el que fuerzas oscuras han estado apostando nuestra tranquilidad, nuestro patrimonio, y el futuro de nuestros hijos.

—¡No puede ser!

—¡Escuchá antes de opinar! Cuando vi el nombre de Togliazzi en el cuaderno, sentí sonar una alarma, y tuve que perderme en recuerdos que ya se me habían hecho

lejanos hasta comprender de qué se trataba. Y no es que sea realmente lejano, sino que las cosas se van superponiendo unas a otras, los días se van sucediendo, cada uno anula al anterior, cada treinta días se baraja todo el mazo de nuevo, para empezar otra vez... ¿Cómo acordarse de lo que pasó hace dos o tres años? Siempre que el azar trae el pasado al presente, es una sorpresa, y las más de las veces una sorpresa desagradable, que te hace temblar el piso.

—Lo noto distinto, don Natalio —dijo Damián alzando la vista del Condorito—. Debe de ser por el corte de pelo.

—Vos seguí leyendo. Nadie te dio vela en este entierro.

Estaban pasando todo el tiempo chicos de guardapolvo porque era la hora de entrada del Grego, un pequeño colegio privado que había puerta de por medio con el Refugio; todos se detenían a mirar las revistas. La conversación estuvo puntuada de interrupciones para atender a los que compraban el *Billiken*, tarea de la que terminó ocupándose Mario para que su padre pudiera seguir hablando.

—Hace unos años vino alguien a verme, un señor del barrio, de cuya cara me he olvidado, y me hizo una proposición muy confidencial, y, como verás, la mar de turbia. Primero se interesó por nuestra situación fiscal, se aseguró de que todo estuviera en orden por ese lado, y me dijo que representaba a un grupo de financistas con enormes capitales, según él obtenidos legalmente, pero que necesitaban blanquearse ante la DGI. Su argumento era que el fisco se muestra especialmente exigente con los montos de dinero que surgen de las manipulaciones del dinero mismo. Sin ningún motivo real, según él: los privilegios concedidos al dinero ganado con el trabajo son un resto de supersticiones del pasado, y perturban la formación de un mercado de capitales moderno en la Argentina. De modo que la idea era relanzar ese dinero a la escena de la producción, en forma de créditos para la pequeña y mediana empresa, en su mayor integridad posible. ¿Para qué regalarle a un Estado despilfarrador, ineficiente y corrupto el dinero que serviría para crear una fábrica que difundirá y multiplicará la riqueza en la sociedad? Te estoy repitiendo textualmente su infame verso, del que yo a esta altura ya no estaba creyendo nada, aunque reconocía que estaba bien cocinado.

—¿Pero qué era lo que quería?

—A eso fue a parar después de un largo prolegómeno. Habían llegado a la conclusión de que todo podía hacerse sin triangulaciones con Luxemburgo, sin paraísos fiscales, sin casinos en la selva; sin salir de Buenos Aires: recurriendo a los puestos de diarios y revistas. Un estudio en profundidad les había demostrado que los diarieros estamos en condiciones inmejorables para blanquear capitales; la red de ordenanzas municipales que nos rigen, las ventajas obtenidas por nuestra contigüidad con el privilegiado gremio de la prensa, la excepción del IVA que vale para el libro y la creciente contaminación de libro con publicación periódica, etcétera, apuntaban todos en línea recta a ese fin, a tal punto que él no se explicaba cómo todavía nadie nos había puesto a trabajar como «lavadores». Su cálculo era que un kiosco podía

hacer «pasar» un millón de dólares por mes sin despertar sospechas, y con los cuatro mil ochocientos kioscos matriculados en la Capital, alcanzaba para rehacer la Argentina. Yo no tenía que hacer nada, ni enterarme. Ellos se ocupaban de la contabilidad, del pago de la tasa, y me pagaban el uno por ciento de las sumas blanqueadas...

—Diez mil dólares.

—... en cambio.

Aquí Natalio hizo una pausa, que utilizó explicándole a una clienta la diferencia que creía que había entre las colecciones Jazmín y Violena, ambas de novelitas rosas semanales. Como nunca había leído un volumen ni de una ni de la otra, se limitaba a repetir lo que le había dicho la antigua panadera de Los Milagros, gran lectora de ambas. Reanudó el relato:

—Por supuesto, lo despedí con una negativa tajante, sin apelación, y ahí quedó todo. No volví a pensar en el asunto, y como te dije, me olvidé de la cara del sujeto. Pero aun así, dos por tres sentía su presencia. No creo que pueda explicarme bien... No su presencia física, sino la del mecanismo que con tanta elocuencia me había explicado. Y no es tampoco que en esos momentos me acordara de su explicación, sino que sentía lo mismo que había sentido al oírlo. Sólo ahora lo entiendo.

—¿En qué ocasiones lo sentías? —quiso saber Mario con especial interés, como si quisiera comparar sensaciones.

—En cualquiera. No tenían por qué tener un parecido de ningún tipo. Eran ocasiones «equivalentes», y por eso mismo podían ser cualquiera, al más completo azar.

—¿Pero «cualquiera» en general? ¿El canto de un pajarito en un árbol, por ejemplo?

—Sí. Cualquiera.

—¿En casa también?

—No. Solamente acá.

—Qué raro. ¿Pero qué tiene que ver eso con Togliazzi y con que sea vecino?

—Es lo que estuve pensando ahora. Por lo que me dijo aquel sujeto, la operación se llevaba a cabo automáticamente, y yo «no tenía por qué enterarme» siquiera. De modo que bien podrían haberlo hecho aun a pesar de mi negativa.

—¿Pero entonces por qué iba a venir a decírtelo?

—Eso es algo que no entiendo.

—Y además, lo que robó Togliazzi era apenas un cuarto de millón, lo mismo que este caso de hoy. Y este hombre, si capté bien, te hablaba de miles de millones.

—Pero recordarás lo que nos decía hoy don Martín: que con el modelo de Togliazzi se pueden haber robado cantidades virtualmente infinitas, sin que nadie se dé cuenta. Si el blanqueo también pasaba inadvertido, el círculo se cierra. Saltó hoy por el error que cometió este cajero, de huir con la plata en el bolsillo.

—Pero quién va a querer tanta plata. Un millón, de acuerdo, ¿pero miles de

millones? ¿Para qué quieren tanta? ¿De qué les serviría? No, imposible.

—Dámela a mí —dijo Damián.

—Quizá —dijo Natalio— es lo que ha mantenido en pie al país estos años, a través de todo lo que ha pasado.

—Si no pasó nada.

—¿Y la hiperinflación? ¿Cuando el kilo de pan costaba siete millones? ¿Dónde fue a parar toda esa plata? —Sin transición agregó—: ¿Te acordás aquella vez, el año pasado, cuando la Municipalidad quiso devolvernos plata?

Mario estaba pensando justamente en eso, pero ya lo había descartado:

—Fue un error. Después se aclaró.

—Ahora no estoy tan seguro. Si realmente estamos pagando lo ya pagado, no creo que el fisco ponga objeciones, ¡con lo ávido que es Cavallo! ¿Qué más quiere? Mirá, ahora se me ocurre una cosa: en ninguna de nuestras transacciones por pago de impuestos, tasas o contribuciones, debemos firmar nada; cualquiera podría hacerlo por nosotros. Y no hacemos declaración jurada, por la ordenanza dos trece. Y por la cinco setenta, ahora que lo pienso, tampoco hacemos facturas. Debe de haber pocas actividades comerciales donde todo quede tan impersonal, tan sin huellas.

—¿Y qué nos importa? No pueden obligarnos a probar nuestra inocencia.

—Por suerte, porque no podríamos.

—Mirá, papá...

—¿Sabés lo que pienso? Que podría ser cierto. Hay una cosa más: dicen que pagar dos veces un impuesto trae buena suerte. Y nosotros... —Hizo un gesto que abarcaba el kiosco, la calle, a ellos dos, a Damián siempre leyendo la revista, los autos que pasaban...

—Estás loco. No puede ser. Y si fuera, ¿qué? Si saliera a luz, resultaría que todos los kiosqueros de Buenos Aires están en la misma. ¿Y dónde está nuestro porcentaje? A diez mil por mes, durante dos años, serían doscientos cuarenta mil...

Natalio era un hueso duro de roer, cuando se le metía algo en la cabeza:

—Quizás esa generalización fue una mentira, para hacerme morder el anzuelo. Es lo más común del mundo, usar ese truco. Y a mí pueden haberme utilizado con otro motivo, además. Pensá que yo soy italiano, tengo la doble nacionalidad, y... —aquí bajó la voz, como jugándose la carta del triunfo— tengo hecha la declaración de doble imposición.

Se hizo un silencio. Damián volvió a alzar la vista del Condorito y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Hay un acuerdo internacional —le explicó Mario—, por el que no se debe pagar un mismo impuesto dos veces en dos países distintos. —No le explicó por qué su padre, un humilde kiosquero de barrio, pagaba impuestos a la Comunidad Europea, y el portero no preguntó. Se volvió hacia Natalio—: Estás loco. Pero sacate el gusto.

Mientras tanto, Tito estaba en la fábrica, donde las cosas no habían sido tan

fáciles. Al entrar, no lo atendió nadie; el salón estaba vacío, y anduvo vagando un momento entre un mar de sofás cama, plegados y desplegados, desnudos o con cubrecamas con volados, algunos con ositos de felpa encima... Los empleados debían de estar en otra parte, quizá creyendo que todavía no se habían levantado las rejas y abierto las puertas; esto lo había hecho un peón que, cumplida la tarea, había vuelto a sus trastiendas. Era la primera hora, demasiado primera: ¿quién iba a ir a comprar sofás cama a las ocho de la mañana? Tito se sintió un tanto incómodo; pensó que, si estaba solo, podía acostarse, y lo encontrarían dormido. O robar algo, que es lo primero que uno piensa en esos casos. Pero las cámaras de televisión colgadas del techo ya estaban funcionando.

El ámbito era bastante impresionante, con esos enormes muebles flotando sobre las baldosas, todos impecables, sin estrenar; había suficiente para amueblar cincuenta casas, de las que conocía Tito. Y el salón era apenas la cara visible de la empresa, que se continuaba en la fábrica... Seguramente había también oficinas, depósitos, y un patio de carga para los camiones que desde el kiosco veían entrar y salir todo el tiempo. ¡Cómo le gustaría conocer ese mundo por dentro, recorrerlo hasta el último rincón! Lo pensaba todos los días cuando pasaba por ahí. Pero, por supuesto, esos lugares no se visitaban pagando la entrada, como un parque de diversiones. El único modo de llegar a conocer sus entrañas era pedir un empleo (en su caso, de obrero), y entonces, una vez que entraba no podía salir nunca más.

Un día, charlando con Horacio, el portero gordo de la torre de enfrente, éste le había dicho que el dueño de la fábrica era un señor de apellido Divanlito, que vivía ahí cerca. Horacio era muy irónico, y había un alto porcentaje de probabilidades de que fuera una broma, pero al joven repartidor le había quedado la duda. A veces se daban casualidades como ésa con los nombres. Se llamara como se llamara, el dueño debía de ser muy rico. Quizás había empezado de la nada, como carpintero. Quizás había sido el inventor del sofá cama. Un mueble convertible, ideal para los departamentos pequeños, adaptado al crecimiento demográfico. Todo el resto salía naturalmente de ahí. Era un ejemplo optimista para la juventud. El Nuevo Mundo daba oportunidades para todos, al menos para todos los que tuvieran una buena idea; no una idea delirante, fantástica, descolgada, como tenía tendencia a producirlas la mente, sino una idea «objetiva», no psicológica, realista. Y al llegar a ese punto el optimismo de Tito, y de todos los Titos de la Argentina (de los que él se sentía representante) se oscurecía. ¿Eran posibles, hoy, esas ideas? ¿Las tenía todavía el mundo? (Porque no importaba que se le ocurrieran o no a los individuos.) Quizás el momento histórico había pasado, y era inoperante seguir aferrándose a una mitología superada.

Aun así, quedaba una esperanza, basada en el hecho de que el pasado y el presente estaban entremezclados y convivían. Jóvenes y viejos, conservadores y revolucionarios, pobres y ricos, se cruzaban en la calle, y la ideología más anticuada seguía encarnada en gente joven, vigorosa, emprendedora.

De esas meditaciones vino a arrancarlo una joven moderna que parecía muy sorprendida de encontrarlo ahí.

—¿Qué querés?

Se lo dijo.

—¡Pero yo no sé nada! Acabo de entrar, y no vi a nadie. Todos los días entro a esta hora, y nunca he visto a un sereno. ¡No sé lo que pasa aquí de noche!

Era una estúpida narcisista. ¿Qué le importaba a Tito lo que ella supiera o ignorara? No le estaba tomando un examen.

—¿No podríamos preguntarle a alguien que sepa?

—¡Ja ja! El jefe de salón todavía no llegó. ¡Entra a las nueve! Te imaginarás que él sabrá menos que yo. Si querés esperarlo...

Era tan absurdo que lo descolocaba.

—No puedo creer que el sereno se vaya antes de que haya llegado ningún empleado de día...

Ella no lo escuchaba; lo interrumpió:

—¿Me creés si te digo que yo no sabía que había un sereno?

—¿Y el que abre?

—¿Eh?

—El que abre las puertas —las señaló con la mano—, y levanta las persianas.

—Es Ramiro.

—¿Él no sabrá?

La empleada abrió grandes los ojos, asombrada:

—¡Pero Ramiro es de Mantenimiento! ¿Vos querías ir a Mantenimiento? Me lo hubieras dicho antes. Aquí es Salón, no tenemos nada que ver.

Para simplificar, le dijo que sí, que su intención era consultar con Mantenimiento, y ella, riéndose por el malentendido que los había estado haciendo hablar en vano, le indicó vagamente el camino del fondo. Allá fue Tito, esquivando sofás cama. Se encontró con un tipo melifluido de traje gris, con el que cometió el error de empezar todo de nuevo. Eran los círculos concéntricos de Divanlito.

—No tengo la más remota idea. ¿Sabés a quién deberías preguntarle?

—¿A quién?

—A Ramiro. Lástima que sea difícilísimo encontrarlo. Yo lo veo una sola vez al día, cuando entro: le digo Buenos Días, y Hasta Mañana. Supongo que estará arriba. Vení.

Fueron caminando por unos cuartos alargados que daban a un patio vacío.

—Te veo cara conocida.

—Trabajo en el kiosco de la esquina.

—¡Ah! ¡Pero sí! ¡Cómo no! ¡Ahora me acuerdo! ¡Si te habré comprado diarios!

Apareció un hombre joven de traje, que estalló en bromas futbolísticas con el otro. Cuando al fin se acordaron de Tito, fue hora de exponer por tercera vez su pedido de información.

—Que pregunte en Personal —dijo el otro, lo que era bastante sensato—. Salvo que en Personal no hay nadie hasta las nueve.

—¿Y Frías?

—¡Frías! ¿Estará?

Por suerte estaba, y lo dejaron solo con él, en una oficinita de paso. Era un señor mayor, sorprendentemente parecido a Natalio. En Tito se acentuaba la impresión de haber entrado en un mundo distinto, muy lejano del que conocía y transitaba. Tan lejano que podía permitirse el lujo de tener dobles de los habitantes del otro mundo.

—Vamos a averiguar —le dijo de buen humor cuando supo de qué se trataba—. Vení conmigo, de paso ves un poco todo esto.

De modo que tuvo su visita guiada al fin de cuentas. A esa hora todo el complejo empezaba a ponerse en marcha, muy poco a poco. Las instalaciones consistían de dos cuerpos, ambos de dos pisos. Sobre el salón, que era bajo, había un gran espacio donde se encontraban los museos y talleres. El segundo cuerpo era la fábrica, por la que dieron una vuelta. Frías le iba dando explicaciones de las distintas máquinas, que eran bastante anticuadas. En eso el guía parecía encontrar un mérito, porque decía con orgullo cosas como «esta nena cumplió cuarenta años», «esta abuelita es una luz», etc. No había nadie. Encima estaba el comedor para los obreros, que estaban desayunando. También había un vestuario con duchas, y una biblioteca. En la planta alta del primer cuerpo, llena de objetos heterogéneos, Tito pudo ver una cantidad de autómatas en tamaño natural, desactivados y cubiertos de polvo, todos alusivos al tema de la cama: el Enfermo, los Recién Casados, la Bella Durmiente (y un autómata Mosca Tsé Tsé, del tamaño de un lechón), el Holgazán, el Soñador. En el entrepiso había unas oficinas alfombradas, y ahí Frías lo dejó solo un momento. Volvió serio:

—El sereno que buscás, ¿es el del salón, o el de la fábrica? Hay dos, como comprenderás sería demasiado trabajo para uno solo.

—No sé —dijo Tito—. Es un señor mayor, se llama don José, y vive aquí a la vuelta.

—Los dos se llaman José, por rara casualidad. De la edad no tengo idea. ¿Podrías hacernos una descripción?

—Es... —empezaba Tito.

—No, a mí no. Vamos a ver a Ramiro, que es el único que los conoce personalmente, o al menos el único que puede distinguir a uno del otro.

El arrojo de Tito empezaba a flaquear.

—Mire, no se moleste, no es tan importante.

—Para nosotros sí puede serlo. —Iban rumbo al patio otra vez—. ¿Me dijiste que se había dejado en el kiosco un reloj de oro? ¿Robado?

—¡No! ¡Cómo se le ocurre! En realidad no sé... Me dijo mi patrón, yo no vi nada. No sé si entendí bien, si era un reloj o un paquete. Me dijo que tenía apuro por devolvérselo, para que no se preocupara. Pero puede quedar para mañana, él pasa todos los días por el kiosco... —Estaba balbuceando lamentablemente.

—No creo que vuelva a pasar —dijo Frías—, porque la empresa acaba de despedirlo. ¿No les contó?

—¡Es que hoy yo no lo vi! Estaba haciendo el reparto.

—Quizá tenga que intervenir la policía...

Al pobre Tito, en la confusión mental que tenía, se le ocurrió que estaban hablando de «un» don José, y antes le había dicho que había dos. No tuvo tiempo de pedir una aclaración porque ya llegaban a la caseta del mentado Ramiro. Entraron... Por un momento a Tito le pareció estar frente a otro autómatas. Pero era un hombre.

—¡Ramiro! —gritó Frías—. ¡Qué le pasa!

El hombre estaba en pésimas condiciones. Se apoyaba en una pared; al verlos intentó dar un paso, y se tambaleó. Tenía los ojos en blanco.

—Vení. Ayúdame —le dijo Frías a Tito.

Entre los dos lo sentaron, pero como no se sostenía lo acostaron en el suelo, cuidando de que no se golpeará la cabeza. «En una fábrica de sofás», pensó Tito, «este pobre infeliz se va a morir tirado en el piso.» Y en voz alta:

—¿Qué le pasa?

Frías le tomaba el pulso en la carótida.

—Parece un *shock* alcohólico. O quizás ha sido envenenado. Voy a llamar al CIPEC. —Lo hizo desde un teléfono que había en la pared. Cuando terminó se volvió hacia Tito—. Decile a tu patrón que la dirección es Bilbao 2279. Que averigüe, y después venga a verme.

Tito atravesó el salón corriendo, y corrió por la vereda hasta el kiosco, donde empezó a contarle precipitadamente a Natalio su experiencia, tan excitado que no advirtió que Mario no estaba. Había ido a buscar a Alfredo a su casa, a pedirle que atendiera el kiosco un rato, previendo que no quedaría nadie para hacerlo si Natalio se empeñaba en jugar al investigador privado justo a la hora en que él tenía cita con la monja (el horario de Tito ya se había cumplido, así que se iría, y además él nunca atendía a la clientela ambulante). No era la intención de Mario ocultarle nada a su padre, pero vacilaba en hablar... y además lo encontró tan absorto en sus cosas que habría sido inútil. Qué curioso. Nunca les pasaba nada, pasaban meses enteros sin que ocurriera nada fuera de lo común, en la rutina más anodina, y hoy no sólo había una novedad rutilante, sino que había dos juntas.

Alfredo vivía en un edificio sobre Bonorino, a media cuadra. No era la primera vez que le pedían este favor, que él les hacía de buena gana, en realidad loco de contento. No tenía ninguna ocupación, salvo pasear al perrito, y debía de aburrirse.

La puerta de calle estaba abierta, el portero encendía el palier. Era un clásico sabelotodo, muy culón, de anteojos. Por suerte no iba nunca a darles charla, pero no perdía la oportunidad si pasaban por ahí. Mario le dijo preventivamente que estaba muy apurado, que se había presentado una emergencia y necesitaba la colaboración de Alfredo. El portero apagó el motor de la encerradora y se lo hizo repetir.

—Subí nomás —le dijo, perdonavidas, como si el edificio fuera suyo—, debe de

estar tomando la leche.

Era el tercero B, un departamentito oscuro donde Mario ya había estado. Subió en el ascensor y le abrió el mismo Alfredo sin preguntar quién era, sin tomar precauciones, tanta debía de ser su avidez por que viniera alguien. Al verlo estalló en risotadas, a las que se mezclaban los ladridos del perro.

—¡Qué hacés, Mario! ¡Tanto tiempo! ¡Pasá!

Salió la madre de la cocina, muy sonriente. Madre e hijo eran un dúo muy risueño, tanto que uno se preguntaba cómo hacían para ponerse desagradables, cosa que necesariamente deberían haber hecho alguna vez para llegar a la situación en que vivían.

La madre:

—¡Pasá! ¡Sentate! Qué sorpresa, Mario. ¿Querés un cafecito?

Era una señora baja, con el pelo blanco cortado muy corto como un varón; realmente hacía profesión de simpática. La atmósfera era bastante opresiva, quizá por el televisor prendido, quizá por la visión de Alfredo y el perro, figuras tan características de las calles del barrio, ahí encerrados... O quizá por las sonrisas, las bromas, tan insistentes que parecían estar ocultando algo siniestro.

Era rarísimo que Mario entrara en una casa; su razón de ser se agotaba afuera, llevando el diario. Hoy era un día fuera de lo común también por eso.

—No, muchas gracias. Venía a pedirte un favor, Alfredo...

—¡Vos dirás, Mario, ja ja ja ja ja!

—¿Podrías atender el kiosco un rato, de... digamos, ocho y media a nueve?

—¡Pero por sup...!

—Resulta que mi papá y yo tenemos que salir al mismo tiempo...

—¡No te preocupes, Mario!

La madre seguía este diálogo mirando a uno y a otro con la boca abierta, los ojos saltándose de las órbitas, como si se estuviera jugando el destino del mundo. Los tres miraron sus relojes pulsera al mismo tiempo.

—¡Termino el desayuno y voy! —exclamó Alfredo señalando la mesa. Tenía un tazón de café con leche, tostadas, manteca, mermelada, escones.

—No hay apuro —dijo Mario—. Alimentate bien.

—¡Está a dieta! —dijo la madre saliendo de su pasmo.

—¿Qué están mirando? —dijo por decir algo, volviéndose al televisor.

Madre e hijo respondieron al mismo tiempo:

—Mauro Viale... Crímenes, muertos, la violencia... Agarraron al que violó a las cuarenta niñas...

—¿No pasaron al cajero...?

—¡Sí! ¡La foto! ¡La esposa!

Mario manoteó el picaporte de la puerta, de la que no se había apartado mucho. ¿Cómo podía ser que un hombre de cuarenta años siguiera viviendo con la madre? Ahí encerrados los dos, mirando la televisión... Ella tenía plata, departamentos para

renta, él no había estudiado, nunca había trabajado, se había dejado estar. No se había casado (¿cómo hacerlo? ¿con quién?), había terminado medio afeminado, medio estúpido, o quizás había empezado así. Era un inocente, hacía una vida monástica. ¿Cómo lograr el despegue demográfico de la Argentina con hombres así?

—Hasta luego, entonces. Chau, señora.

—Chau, Mario, saludos a tu papá, ahora enseguidita va Alfredo, no se preocupen.

—¡Ahora enseguidita voy, no te preocupes!

—Gracias, gracias. No hay apuro.

Salió con un suspiro.

Natalio lo esperaba con impaciencia, y no bien llegó se marchó a hacer sus averiguaciones. Tito había desaparecido.

—¿Pero te consiguió la dirección? —le gritó cuando ya estaba en la esquina.

—Sí, sí —dijo Natalio sin darse vuelta—, era aquí en Bilbao nomás. —Y siguió hablando solo, murmurando algo, con cara de intensa concentración. Iba por Bonorino, sin ver nada, apurado. Tenía un paso raro, de pato; la gente cuando lo veía por la calle se quedaba mirándolo, a veces sin reconocerlo, preguntándose: ¿quién es? ¿de dónde lo conozco? Sin su kiosco azul envolviéndolo, fuera de contexto, se hacía extraño.

Dio la vuelta en la otra esquina, sin cruzar, y miró la numeración: dos mil doscientos. Era ahí. ¡Qué increíble! Don José viviendo todos estos años en la misma manzana, y ellos sin saberlo, creyendo que se iba a tomar el colectivo... Lo peor era que seguramente se lo había dicho alguna vez, al comienzo de su relación, y no le habían prestado atención, o todavía no habían estado seguros de quién era... Después, él no había creído necesario repetirlo, lo había dado por sabido. Gracias a esos presupuestos equivocados uno vive sobre un mar de misterios.

2279. Aquí era. Tocó el timbre.

Alfredo mientras tanto ya llegaba a ocupar su puesto de kiosquero suplente, mucho antes de las ocho y media, tripulante perpetuo de su ansiedad infantil por hacer presente todo el tiempo. Venía atrás del perro, que parecía más entusiasmado todavía que él. Alfredo también tenía un paso característico, bamboleándose, pisando con énfasis, y cuando se apuraba, como ahora, se le notaba más. Estaba eufórico. El desayuno lo había llenado de vigor.

—¿Pero qué es lo que les pasa? ¡Qué salidores se han puesto! ¡No sé qué harían si no me tuvieran a mí! ¿Vos también te vas a hacer cortar el pelo?

Por un instante Mario pensó contarle lo que estaba pasando. ¿Pero por dónde empezar? ¿Y acaso pasaba algo? Quizá todo se resolvería en nada, y dentro de un rato estarían riéndose de sus novelorías de locos. Prefirió esperar a que las cosas fueran simplificándose, para ahorrar aliento.

—Después te cuento —le dijo—. Voy a aprovechar que te anticipaste para ir a lavarme las manos.

—Andá tranquilo. Yo me hago cargo. ¿Hay cambio? —dijo Alfredo abriendo la

caja y examinando las monedas.

Mario salió del interior del kiosco con el jabón y la toallita y se metió en el Refugio. Iba pensando que el desayuno tendría que quedar para más tarde, porque ya era la hora en que lo tomaban todos los días; estaba seguro de que su falta se haría sentir: el café le sacaba la modorra del madrugón, que a esa altura de la mañana empezaba a hacerse sentir; y las medialunas le daban la energía que la presión del trabajo de las primeras horas le había gastado; sin ellas su dicción, ya de por sí mala, se hacía pésima y tenía que repetir cada frase para que le entendieran. Si su padre no hubiera estado tan apurado podría haber aceptado el café de la madre de Alfredo (y no le habrían negado un escón; al contrario, lo habrían obligado a comer media docena). Natalio era igual que él de estricto con el tentempié; si volvía y no lo encontraba, iba a empezar a tomarlo sin él.

Fue todo entrar en el Refugio y sentir, por primera vez en la mañana, la realidad profunda y emocionante de Lidia. Las paredes estaban impregnadas de ella, y eso tenía que deberse a una cualidad intrínseca de la joven, no a la mera persistencia, porque Lidia apenas si había dormido tres noches en el Refugio. Todas las madres auxiliadas eran fugaces; ninguna volvía más allá de una semana; no era la finalidad de la institución. Pero vivían allí en forma permanente de todos modos, si no la misma, las mismas, las Lidias en perpetuo reemplazo, todas con la misma historia, la misma reducción al mínimo de historia. Las jóvenes madres del Refugio eran una meditación perenne de Mario. Le hacían pensar en hombres afectados por alguna anomalía extrañísima del deseo, que en ellos no se despenaba jamás si no era en presencia de su objeto casi inhallable (por ejemplo mujeres con seis dedos en la mano izquierda). En esos hombres se justificaría que se fueran a la cama con su «objeto sexual» allí donde lo encontrarán, a cualquier hora, en cualquier ocasión. Porque tendrían derecho a decirse que la ocasión podría no repetirse en años, en décadas, quizá nunca. De modo que al tropezar con la mujer de seis dedos... automático, instantáneo: ¡sexo! Y aun así, sería un error decir que eso los volvía maniáticos sexuales; más bien todo lo contrario: podían ser hombres comunes y corrientes, los más anodinos e inofensivos de todos. Las chicas que acudían al Refugio, encantadoras como solían serlo, y hasta atractivas, sensuales a su manera, también lucían muy lejos de lo «sexy»; y lo estaban: no debía de haber tema en el que pensarán menos. Lo opuesto de una ninfómana. Y sin embargo habían caído de ese mismo modo automático e instantáneo, como había sido el embarazo, tan lamentable por lo demás, dada su condición de solteras, sin familia, pobres, sin trabajo. Es que ellas también andaban buscando algo rarísimo y casi sobrehumano (según cierto punto de vista): un hombre que pudiera hacerles un hijo.

Y quizás... él, Mario, no era ni podría ser nunca de esa clase de hombres. No, sin «quizás»: decididamente no lo era. (Aunque se sabía muy viril, y la vida le daría la razón porque se casaría y tendría hijos.) Había que ser un miserable para abandonarlas a su suerte, y él era todo lo contrario. Empalmando con los

pensamientos que había tenido un rato antes, se dijo que quizás Alfredo estaba más cerca que él de esa condición extraña. Alfredo el asexuado, el afeminado, el cautivo de su mamá. Y no porque Alfredo fuera un miserable: era un muchacho bueno, ingenuo, generoso, servicial, como lo estaba probando en este mismo instante.

En realidad el «despegue demográfico» no era tanto cuestión de hijos. Era una cuestión sociohistórica de índole pública, mientras que los hijos se mantenían por siempre en la esfera privada.

¿Por siempre? Debería haber un puente, un pasaje, de lo privado a lo público, y por ahí un hombre podría encontrar su camino... Era misterioso, como era misteriosa Lidia. Mario había oído el gong del misterio de sólo verla, dos días atrás, dos mañanas atrás. Lidia y su hijito de días. ¿De dónde venía? ¿De dónde habían salido esos ojos dulces y limpios, que despertaban todos sus pensamientos como una música?

¿Y adónde se iba? Se la tragaba el laberinto profundo de la ciudad, y reaparecía a la mañana siguiente, como si nada hubiera pasado. Pero no había eternidades en este juego; no había siquiera repeticiones, y las dos que se habían producido hasta ahora podían considerarse milagrosas. Al entrar en la cocina del Refugio, Mario sabía que no volver a verla le resultaría intolerable. Había varias mujeres atareadas en calentar leche, agua, café para los desayunos. Algunas le echaban de reojo, o no tan de reojo, miradas interesadas o provocativas, porque era un joven de notable belleza, con sus rasgos de ángel, su cuerpo alto y atlético, su cabello negro ensortijado. Estaba acostumbrado, y no les llevaba el apunte en lo más mínimo. Las dos empleadas entraban y salían dando órdenes. Quizás alguna sabía algo de Lidia, podían haberse hecho confidencias durante la noche, ella podía haberle dejado un mensaje...

Se demoró secándose las manos hasta que vio pasar a Elvira, una de las celadoras, y salió siguiéndola. Con ella tenía más confianza que con la otra, a la que todos llamaban La Vieja.

—Elvira —la llamó—. Una preguntita. Esa chica, Lidia, que estuvo viniendo estos días...

—Sí.

—¿No dijo adónde iba?

—Fue a la Misericordia.

—¿A la Misericordia?! ¿A qué?

Elvira se encogió de hombros:

—Ayer y anteayer también fue, y no sé si no pasa todo el día ahí adentro. Me parece que fueron las monjas las que la mandaron aquí.

—Es rarísimo.

Ella no tenía tiempo de conversar. Se metió en el dormitorio, y Mario salió a la calle, pensativo. Era una confirmación, pero seguía sin poder creerlo. Sobre todo porque lo había estado creyendo todo el tiempo.

Más sorprendente todavía fueron las bromas ruidosas que empezó a hacerle Alfredo no bien lo vio:

—¡Me contó un pajarito... ja ja ja ja! ¡Para cuándo los confites!

Bromas de matrimonio.

—¿Te casás? —le preguntó una señora que estaba comprando el diario—. ¡Te felicito! ¡Sos tan joven todavía! ¡Tenés tanto por hacer en tu vida! —Y a Alfredo—: Yo a Mario lo conozco desde que era chiquito. Venía a ayudar al padre... Siempre fue tan bueno...

—¡Mario casado! —gritaba Alfredo—. ¡Quién diría!

Mario se había ruborizado y simulaba ocuparse de algo en el fondo del cajón donde había guardado el jabón y la toalla. ¿Qué rumores estaban empezando a circular? ¿Se habían vuelto todos locos? «Todo se sabe», pensó en su confusión, y no bien la señora se hubo marchado se apuró a irse él también. Alfredo seguía gritando:

—¡Vos las matás callando! —Y al ver a Damián que salía de Los Milagros exclamó sobre el tránsito de la avenida—: ¡Damián, vení que tengo algo que contarte, ja ja ja ja!

—Pero dejate de pavadas, Alfredo —le dijo Mario alejándose.

—¿Lo sabe tu papá?

—Mi papá está loco. Damián te va a contar. —Se detuvo—: Escuchame una cosa, si vuelve antes que yo decile que me espere para tomar el desayuno.

Bajó a la calle antes de que cambiara el semáforo, y en la mitad le dijo a Damián, que cruzaba en dirección opuesta:

—Andá a entretener al perro.

Una moto le pasó a centímetros, y pensó que podría haberlo matado. Una vez enfrente, se preguntó por qué había cruzado, desafiando a la muerte. Por nada. Por

escapar de las bromas. Miró el reloj: todavía no eran las ocho y media. Le quedaba un fragmento de tiempo vacío, cosa que le pareció rarísima. Su experiencia con el trabajo era la experiencia de un tiempo colmado. A su vez, y por eso mismo, desde otro punto de vista era tiempo vacío, disponible para que lo llenara la experiencia.

En ese momento lo distrajo una mariposa que pasó revoloteando frente a él. Debía de estar perdida, porque este lado de la avenida, donde se terminaban los jardines y empezaba lo sólido de la edificación, les era menos connatural. Ella también, a su modo, había arriesgado la vida desafiando el tránsito. Pero además, y esto lo advirtió en un chispazo intelectual que lo electrizó, significaba otra cosa (una mariposa siempre significa algo). Las mariposas viven un día nada más; ésta, tan chica y tan humilde, debía de vivir apenas una mañana. Y no nacían los días que iba a llover. Lo sabían, nonatas, mejor que el Servicio Meteorológico, eran infalibles. De modo que si uno ve una mariposa a la mañana, como en este caso, puede estar seguro de que no lloverá, y puede hacer sus planes tranquilo, por ejemplo para un picnic. Algo tan frívolo como un picnic se equivale a una vida entera, claro que una vida de mariposa: son tiempos distintos, de densidades diferentes. Tratar de intuirlo produce un pequeño abismo mental; es casi imposible, salvo poblando la imaginación con las historias o figuras adecuadas. El pensamiento por figuras o historias siempre es más ameno que el abstracto, y más práctico, más manejable. La actividad planeada puede no ser algo tan intrascendente como un picnic, sino algo importante, como una boda o un alunizaje, o una aventura. Los signos se leen con otros signos, y éstos a su vez con otros, al infinito. La crisálida de la mariposa tenía para leer los signos del clima los signos de su dote genética, el ajuar que la volvía mariposa y no perro o humano. Y uno de esos signos era la duración de su vida.

Se le ocurrió que un modo útil de emplear los minutos de que disponía antes de la cita con la monja era «examinar el terreno», como le decía su instinto que convenía hacer antes de embarcarse en una aventura.

Podía dar una vuelta a la manzana de la Misericordia, examinar sus muchas entradas, de cuyo número nunca estaba seguro... Pero en ese caso tendría que volver a pasar por la esquina del kiosco, y Alfredo y Damián lo verían y pensarían que estaba loco. Tuvo una idea mejor. Salió caminando hacia su derecha, hasta la gran torre que estaba justo enfrente, avenida de por medio, de la entrada del colegio. Horacio, el portero, no estaba visible, pero la puerta había quedado abierta así que no podía estar lejos.

Volvió a mirar. Ahí estaba Horacio, materializándose en medio del *hall* vacío como una estatua, las zapatillas asentadas con firmeza de inmueble sobre el granito rojo lustrado... Otro Horacio tan gordo y desprolijo como él flotaba en el brillo del piso, cabeza abajo. La simetría lo transfiguraba, y sin embargo era el mismo. Y atrás de él, en el espejo del fondo, un tercer y cuarto Horacios, pegados por las plantas de los pies, y un pequeño Mario envuelto en una placa de luz incongruente.

—¡Mario! —Su vozarrón de bromista desvinculado de las consecuencias.

—Horacio, te quiero pedir un pequeño favor.

Los ojos del gordo se hicieron pequeñitos por la intriga. Contuvo el aliento. Se daba demasiada importancia para prometer nada; pensaba que los favores que podía conceder eran de vastas proporciones. Y quizá lo eran; eso nadie podía juzgarlo.

—¿No me dejarías subir a la terraza?

—¿A qué terraza? —Su sorpresa no tenía límites.

—A la terraza de... —hizo un gesto señalando el techo.

—¿Hoy? ¿Ahora?

—Hace tiempo que tengo ganas de echar un vistazo desde arriba...

—¡Pero cómo no!

—... y hoy, justamente, tengo un momento libre y...

Fueron, sin más. Veinticinco pisos por el ascensor, que Horacio manejaba con soltura, después un tramo de escalera, una puerta metálica que vibraba contra la luz de un cielo muy cercano, y ya estaban en la terraza. Era otro mundo: un silencio casi completo, y luz sin límites. Mario sintió la falta de oxígeno, y empezó a respirar a bocanadas. El portero, que estaba acostumbrado (vivía allí arriba) le dijo que estaba exagerando. Mario probó de hablar:

—Puede ser —dijo—. Por lo demás, todo es como abajo.

—La única diferencia vas a verla dentro de un momento, cuando te asomes.

Fueron hacia el frente. Al llegar al muro bajo y apoyar las manos en él, Mario vio el mundo. ¡No podía creerlo! ¡Tan cerca...! Nunca un trámite tan simple había dado tanto resultado. Sentía intensamente la presencia de Horacio a su lado, pero nada más.

Hasta donde alcanzaba su vista, hasta el horizonte, se extendían el Barrio Municipal, el Bajo de Flores, Coreatown, las interminables villas miseria: la vista. Y más cerca, inclinándose, el pequeño dominio privado de sus repartos, al menos la mitad sur. Las calles se veían como surcos oscuros. Bandadas de pájaros levantaban vuelo de entre los árboles, y por todas partes había pequeños rectángulos de color moviéndose en línea recta: los autos. No se veía gente en ninguna parte.

Se inclinó más, desafiando al vértigo. El índice regordete de Horacio señaló en la dirección de su mirada:

—Toda esa manzana es un colegio de monjas.

Le sonó extraño. ¿Se estaría refiriendo a otro colegio de monjas, lejano y anónimo? No, era la Misericordia: la didáctica grandilocuente de Horacio lo volvía todo distante. El dedo se movió hacia la derecha:

—Y ahí está tu kiosco.

¡Sí! Lo veía perfectamente, un recuadro azul oscuro en medio de un paisaje desconocido. Pero poco a poco empezaba a encontrarle sentido. Volvió a mirar la Misericordia. La dificultad estaba en que lo lejano y lo cercano se confundían, y había que traducirlos. El otro lado parecía más próximo... La vista era casi cenital: la enorme tira del liceo (que él había atravesado hacía un rato), al costado el techo gris

claro de la capilla, más atrás el pabellón del monasterio, y en la mitad más lejana los techos del colegio primario y el jardín de infantes. A la derecha, los árboles que llenaban todo el espacio cercado por los altos muros. Podría haber hecho un plano; o, mejor dicho, estaba viendo el plano. Salvo que era un plano vivo, abigarrado, indescifrable. Se preguntó si su Lidia estaría allí adentro, oculta bajo el desmesurado Iguazú de atmósfera que se precipitaba al revés desde ese cuadrado del planeta. Parecía tan inofensivo. Era como si todos los secretos se revelaran a un ojo lejano e indiferente.

También la manzana de la Misericordia, como todo el resto del paisaje, se veía vacío de gente, deshabitado. Como sabía perfectamente que el complejo hervía de niñas y monjas, no tuvo más remedio que aceptar, contra toda evidencia, que se trataba de una especie de ilusión óptica, o mejor una limitación de la visión cenital.

Era como si el día no hubiera empezado todavía; en realidad era temprano. En la estación intermedia, el amanecer se prolongaba, parecía hacer altos para pensar o decidirse. A esta hora el Sol seguía bajo, casi rasante. Y los horarios de cada persona eran diferentes; para unos era temprano, para otros tarde... La mañana comenzaba de todos modos. Reinaba una luz primigenia.

Esto se le hizo más patente al desviar la mirada hacia la manzana vecina, la del kiosco. Tuvo que traducir mentalmente lo que veía, tan distinto era. Una parte importante de su vida pasaba ahí, al pie de ese cuadrado, y le costaba reconocerlo. Tomando la pequeña mancha azul del kiosco como referencia, fue ubicándose: el Refugio, al lado de la casa, el Grego, y Divanlito... Después dos edificios altos... Al costado, las casas que daban a Bonorino (esa cuadra estaba muy arbolada), y atrás las que daban a Bilbao. Sí, se hacía una composición de lugar, pero subsistía la extrañeza porque todos esos inmuebles, que por fuera conocía de memoria, se prolongaban hacia atrás en patios, jardines, terrenos baldíos, que nadie veía nunca. Nunca se le había ocurrido que en realidad casas que estaban en calles diferentes eran contiguas, por los fondos; para él, quizá por su trabajo, por los repartos, las casas estaban todas en una línea, mil veces enroscada pero siempre línea.

Se acordó de su padre, que había ido en busca de la casa de don José, en Bilbao... ¿Qué número había dicho? Veintidós setenta y nueve. Trató de ubicarla aproximadamente. Debía de ser ese complejo raro de construcciones, pasadizos y terrazas que se prolongaban mucho hacia adentro, hasta tocar los fondos de Divanlito... En ese momento tuvo una iluminación inquietante. Porque esa casa grande y profunda, que quizás fuera la de don José, por su ubicación no podía ser otra que el consorcio «de pasillo» de Bilbao. Y hoy se había hablado de ese edificio... tardó una fracción de segundo en recordar por qué motivo lo habían mencionado, y en comprender la causa de su inquietud. Habían hablado de la llave de ese «pasillo», la única que necesitaban llevar en ese sector del reparto. Y Tito había dicho algo... En su momento no le prestó atención, lo tomó por una distracción, un pequeño error. Pero Tito no se distraía nunca en esos asuntos, nunca cometía errores. Era como si les

hubiera estado ocultando algo, y se revelara en el temor de ser descubierto. Si a eso se sumaba el dato insólito de Tito quedándose después de hora, haciendo tiempo, simulando interés en una revista... Era como si todo tomara sentido de pronto, pero un sentido oscuro, indescifrable —y no por eso menos significativo—. Ya dejándose ganar por la fantasía paranoica, recordó que era Tito también el que les había traído la dirección de don José... Y mil pequeños detalles de los últimos tiempos se agolparon en un relámpago mental. (Detalles inexplicables: había tantos.) ¿Qué sabían de Tito en realidad? ¿Era posible que tuviera dos trabajos, tres, cuatro? (¿Cuántos trabajos decía que tenía?) ¿Era posible que hiciera su trabajo tan bien, que nunca cometiera un error? Le parecía verlo por primera vez desde otra perspectiva, seguramente por contaminación con lo que estaba viendo.

El misterio surgía de todo. Esa casa de pasillo, por ejemplo: había un solo departamento que les compraba el diario, y era una puerta del primer tramo; él nunca había ido más allá, aunque sospechaba que se prolongaba en corredores torcidos y patios y escaleras. Desde aquí arriba era imposible poner nada en claro, sólo veía una complicación informe.

Apartó la vista al fin, porque era inútil. Miró su reloj pulsera, para lo cual debió hacer un esfuerzo extra de adaptación de la pupila. Ya era hora. Volvió a mirar el techo de la capilla, y lo asaltó una duda: ¿cómo entraría? Porque nunca, en todos los años que llevaba trabajando en el barrio, había visto abiertas las puertas de la capilla de la Misericordia, salvo los domingos. Eso quizá la monja no lo sabía; ellas debían de tener su propia entrada por atrás.

Pero en ese preciso momento, mientras se lo preguntaba, estaba estacionando frente a la capilla, y frente a todo ese lado de la cuadra, en doble o triple fila, un impresionante cortejo de coches fúnebres cargados de ataúdes y coronas, y atrás decenas de largos autos negros, que seguían acumulándose, en una fila que cubría toda la pendiente de Directorio...

—¿Qué es eso?

—Son los muertos de González Catán, ¿no sabías que las monjas prestaron su iglesia para la ceremonia?

El dato le volvió a la mente como desde muy lejos. Esa intoxicación masiva (con pan) había ocupado las primeras planas de todos los diarios dos días atrás, y entonces no se había hablado de otra cosa. Ochenta muertos, por la bacteria asesina de la levadura. Qué increíble cómo caducaban las noticias. Los muertos todavía sin enterrar, y ya los habían olvidado. El caso de la huida del cajero había archivado automáticamente la intoxicación. La demora en enterrarlos se debía a las discusiones científicas a que había dado lugar el asunto: alguien dijo que las bacterias seguían siendo peligrosas en los cadáveres, en los hospitales hubo sublevaciones por el miedo a las autopsias, y hasta los administradores de cementerios se negaron a admitir el presente griego. Hubo que importar de urgencia del Canadá un centenar de féretros de plomo. Para sorpresa de todos, la Misericordia había ofrecido sus instalaciones

para la misa de difuntos, que oficiaría el Cardenal Primado. Y ahí estaban. Las puertas de la capilla se habían abierto, y ya empezaban a introducir los féretros. Estacionados en la plaza había camiones de exteriores de los cuatro canales de televisión. Debía de haber al menos veinte coches cargados de flores.

—Sentí el perfume —le dijo Horacio resoplando por la nariz—. Sube hasta aquí.

—¡No puede ser! —Y sin embargo, era cierto.

¡Pero no debía perder tiempo! En la confusión que por lo visto se estaba produciendo abajo, no le sería difícil colarse. Para eso debía apurarse, y se lo dijo a Horacio, que no se movió. Al contrario, prefirió darle una explicación:

—No te apures tanto: tenés más tiempo del que creés. Lo que estás viendo no es lo que está pasando, exactamente; es la imagen, menos el tiempo que tarda en viajar. ¿No has oído de esas estrellas que uno ve, y se han apagado hace muchísimo? Es lo mismo: la luz tarda en llegar...

—¡Pero Horacio, eso pasa con las estrellas, que están a millones de kilómetros!

—Pasa en todas partes, hasta aquí entre vos y yo. —Estaban a medio metro uno del otro—. Cuanto más cerca estás, menor es la diferencia entre lo que pasa y lo que se ve, pero la diferencia sigue estando.

—¿Cuánto puede tardar la imagen de la calle hasta acá? Una fracción de segundo.

—Es muy poco, de acuerdo. Pero es. Y te sorprendería saber cómo se nota. Es increíble lo que se puede hacer en muy poco tiempo, cuando uno sabe lo que quiere hacer, cuando se pone a hacerlo con decisión. Yo saco mucha ventaja de ese pequeño lapso. A veces me asomo por aquí, veo llegar el camión del sodero, y no hay nadie abajo para abrirle la puerta, los veo empezar a descargar los cajones (viste qué apurados están siempre), entonces bajo, y cuando salgo a la vereda, el camión está llegando...

—¡Qué exagerado sos! —se rió Mario—. Esperá un poco... ¿No debería ser al revés? ¿Cómo vas a ver la imagen antes de que se produzca? ¡La ves después! Los soderos se cansaron de esperarte, siguieron con el reparto, y cuando vos bajas están de vuelta...

—No. La imagen atrasada la ves mirando para arriba, por ejemplo a las estrellas. Mirando para abajo la ves adelantada.

—No puede ser.

—Sí puede. Yo me manejo así, y me da resultado.

De modo que era así como se las arreglaba Horacio con el tiempo. Cada cual tiene su pequeño o gran método, y todos viven. De ahí debía de venir la prodigiosa seguridad en sí mismo de este gordo fanfarrón. Si él se lo creía, no iba a ser Mario el que lo sacara de su ilusión, porque todos, quien más quien menos, debían de vivir sobre alguna ficción equivalente.

—Sea como sea, tengo que bajar —dijo.

Horacio había clavado la vista en un punto a la derecha, y no lo miró.

—Andá nomás, la puerta está abierta.

Lo dejó mirando muy interesado algo que, según él, todavía no había sucedido. Era un soñador, a su modo; un soñador realista.

Mario bajó y pudo cruzar ahí mismo a mitad de cuadra, porque el cortejo había terminado cortando el tránsito. Se metió en la iglesia sin disminuir la velocidad. El interior era enorme, altísimo y muy largo (de afuera engañaba un poco en sus dimensiones) y se estaba llenando de gente. Quizá parecía más grande de lo que era por causa del denso humo de incienso que la llenaba como una niebla y hacía que sus columnas y altares lejanos apenas si se adivinaban. Era asfixiante, una verdadera fumigación en regla. ¿Sería incienso? Ese olor que llenaba los pulmones y el cerebro parecía contener algo más que humo santo. Le debían de haber agregado algún poderoso bactericida, o dos, o tres, ¿y quién podía decir qué reacciones químicas se estaban produciendo, qué efecto tenía sobre la mente y los sentidos? Pasado el primer *shock*, Mario se sintió mareado, y a continuación liviano, flotante (estaba en ayunas). La presión de la gente que seguía entrando atrás de él lo obligó a internarse en esas emanaciones blancas; avanzó empujado hasta la mitad por la nave principal, antes de darse cuenta de que iba en la fila de los portadores de féretros, y entonces se hizo a un lado. Se metió entre dos bancos hasta salir a un pasillo lateral, y sólo ahí, aunque todavía bamboleado por masas ansiosas, pudo mirar a su alrededor y ubicarse. Por pura casualidad había quedado en el punto ideal para admirar esa gran bombonera católica, obra maestra de Charles de Panzoust, el arquitecto que la había creado en el papel, en Inglaterra, en 1874, y nunca había venido a ver la realización en tres dimensiones de sus dibujos. Pero le habría gustado que el joven diariero la descubriera a través de los velos de un humo sospechoso, probablemente alucinógeno, y en medio del pintoresco tumulto y los gemidos de una liturgia de muertos elevada a la potencia ochenta.

El leit motiv de la decoración eran las pitones doradas, de un metro de diámetro, que se enroscaban mil veces sobre las columnas, altares, paredes, cornisas, ventanas, y hasta sobre el piso. Quizás era un solo tubo infinito. Del abrazo de sus espiras salían vírgenes, santos y ángeles, todos policromados, hieráticos, grandes, demasiado grandes para sus nichos o convólvulos, lo que producía un efecto de movimiento inminente. Era una combinación insólita de rococó y bizantino. Pero a Mario no le interesaba la cuestión estética: había venido por algo más urgente y preciso, y empezaba a preguntarse cómo haría para encontrar a la monja. Porque el tumulto, que tan práctico había resultado para entrometerse, en este estadio se volvía un inconveniente. Seguía entrando gente, seguían trayendo ataúdes, que apilaban al frente formando una pirámide que crecía y crecía. Al fondo del altar principal, dominando toda la iglesia, había una descomunal Virgen de bulto, de cuatro metros de alto, con un Niño en brazos. Ya no debían de quedar más muertos en los coches, porque ahora los hombres de negro estaban metiendo (y lo hacían con brutalidad, atropellando a viudas y huérfanos) las coronas, que apilaban contra los féretros. El olor de las flores se unía al del humo blanco; los desmayos menudeaban, aumentando

el caos. Ya debía de haber un millar de deudos y curiosos, en un espacio que no estaba calculado más que para la mitad de esa cifra. Cuando una madre empezó a llorar a gritos todas la imitaron. Entre los que querían salir, asfixiados, y los que seguían empujando para entrar, se producían forcejos y caídas cuyas víctimas eran ancianos y niños, lo que a su vez creaba turbulencias adicionales en la masa: el traslado de contusos y desvanecidos se hacía casi imposible. Mario, aplastado contra las roscas de una columna, estaba alarmado. No veía cómo podría salir en un buen rato, quizás en toda la mañana. Por suerte lo distraía una observación bastante asombrosa: cada una de las configuraciones que tomaba esa multitud perturbada tenía su belleza plástica, era un cuadro. O mejor: una rápida sucesión de cuadros de muy cuidada composición. Ya fuera la escena general, ya un grupo (todos eran Descendimientos caravaggescos), ya el primerísimo plano de una cara, de una mano, de un pie, o de una boca abierta en agonía... todo era cuadro de museo; y no era que él tuviera el hábito de visitar museos (en su vida había pisado uno), pero los reconocía por instinto.

Era un efecto de la arquitectura. Más allá de la necesidad y la contingencia, era un efecto del arte del creador de la iglesia. Charles de Panzoust había descubierto, a partir de la observación de ciertos animales (el canguro y la marta), la existencia de un principio genético de decoración. Por ser genético estaba en la especie, y era objetivo; pero no en todas las especies en el mismo grado: en el hombre estaba atrofiado; él había debido crear laboriosamente los medios de simularlo, que eran una suerte de «contenedores de alucinación», y ése había sido el principio rector de su obra. Quizá nunca como en esta misa se había manifestado con tanta claridad el triunfo de su concepción.

Cuando al fin Mario pudo librarse de la fascinación de las escenas, alzó la vista, con el instinto del animal acorralado que busca una salida hasta en lo imposible.

Las pitones omnipresentes formaban en el techo y en los capiteles toda clase de intestinos dorados, tronos invertidos y púlpitos para santos gárgolas. Trozos de espejo intercalados aquí y allá, en inclinaciones variables, multiplicaban el movimiento de la nave. Encima del órgano, en la fachada, un rosetón de colores dibujaba una cara casi clownesca, con dos ojos rojos más brillantes que el resto. Un gran balcón acaracolado, en aluminio rosa imitación madreperla, debía de ser el palco de las monjas; no tenía escalera, así que el acceso debía de estar en la pared, directo del pabellón del monasterio. Mario pensó que había ido en vano: si las monjas entraban por ahí, y no podían bajar, le sería imposible hablar con la «china». Pero cuando volvió a mirar abajo, vio monjas. Circulaban entre la multitud, que parecía haberse estabilizado un poco; ya no entraba más gente, y de hecho las puertas se habían cerrado, contribuyendo al ahogo. Dos cosas le sorprendieron en las monjas: la primera era que llevaban bandejas con vasos, como mozos en un cocktail; los vasos eran pequeños como dedales y estaban llenos de un líquido rojo que parecía granadina. La segunda era que tenían puestos barbijos que les cubrían la nariz y la

boca. Todo era muy irregular, muy inédito. Atrás del altar, a los pies de la Virgen titánica, había aparecido una notable cantidad de curas de blanco, con capas de encaje, estolas violeta y altísimas mitras doradas. Rodeaban al Cardenal, que tenía la indumentaria más vistosa. Monaguillos con incensarios y campanillas completaban la escena. Sin más, empezaron a celebrar la misa en latín, recitando las jaculatorias en dúos y tríos con micrófonos inalámbricos. Con un acorde escalofriante, en el otro extremo, se lanzó el órgano.

Mario estaba seguro de que una de las monjas debía de ser la suya, por lo que se tomó el trabajo de subirse a uno de los reclinatorios para hacerse más visible. Y, tal como lo esperaba, una de las enmascaradas lo divisó de lejos y arremetió hacia él abriéndose paso sin contemplaciones. La avidez de los fieles hizo que al llegar a su lado no le quedara más que un vaso en la bandeja, que le tendió a Mario como para justificar su venida. Se puso la bandeja bajo el brazo y con un movimiento de las cejas lo invitó a seguirla. Tras muchos «permiso», «perdón», «disculpe» y codazos, Mario se encontró con la monja en un nicho lateral donde el gentío era menos denso (no así el humo, que seguía espesándose). Notó una cosa: el barbijo de la monja no era un verdadero barbijo sino un pedazo desgarrado de tela blanca liviana, atado a la nuca con un piolín. Eso no tenía nada de extraño, porque obviamente debían de haberlos improvisado de apuro. Pero esa tela, ¿no era de la que se usaba para la parte interior de los viejos pañales de bebé, antes de que se inventaran los descartables? Y si en un colegio de monjas no tenían por qué tener una provisión de barbijos para fumigaciones de emergencia, mucho menos debían tener una de viejos pañales.

La voz de la monja sonaba extraña a través de la tela:

—¡Hay poco tiempo! No me hagas preguntas. ¡Menos mal que fuiste hoy al colegio! Sos la única salvación. Ahora todo está en tus manos.

Estaba loca, evidentemente. Siguió:

—Hoy va a decidirse todo. El bando del «Para Ti» será derrotado y nos eliminarán a todas. Pero las peores consecuencias todavía pueden evitarse, y depende de vos. —Aquí hizo una pausa, mirándolo con ojos que quemaban. A pesar de la recomendación con la que había iniciado su discurso, parecía esperar una pregunta. Mario tenía tantas que no habría sabido por dónde empezar. Pero la idea de que «estaba loca» fue más fuerte, y lo único que hizo fue exhibir una sonrisita irónica, invitándola a seguir con sus disparates. Ella no se hizo rogar—: Hay que salvar a ese hombre del Central. ¡No debe correr más sangre! Lo matarán hoy mismo, ahora mismo, antes de la boda. Es el único que puede descubrir las maniobras que se han hecho.

—¿Juega en Rosario Central?

—¡No! ¡El Central! ¡El Central! —Mario no habría entendido en años, y ella no se podía explicar porque ella misma no sabía que «el Central» era el Banco Central. La pobre hermanita se manejaba con lo que había oído, que le venía, por la cadena de rumores monjiles, de un economista que había asesorado al colegio años atrás; en la

jerga financiera siempre se dice «el Central», nunca «el Banco Central». No obstante, una luz se hizo en Mario cuando ella le dio el nombre—: ¡Se llama Martín Gicovate!

Fue una luz bastante oscura. Porque «Gicovate» lo hizo pensar inmediatamente en Divanlito, y en lo que solía decir Horacio: que el señor Divanlito existía y era un vecino.

—¿No será Martín Divanlito? —sugirió.

—¡No! ¡Martín Gicovate! ¡Es empleado del Central!

Ahí sí recordó: debía de estar hablando de don Martín, el rentista, que decía haber sido empleado del Banco Central. Y esta mañana justamente...

—¿Don Martín? ¿Tiene que ver con el caso del cajero?

La monja estaba cada vez más impaciente:

—¡Al cajero ya lo pescaron! ¡La cosa es con Togliazzi!

Mario abrió la boca, atónito. Una vaharada de humo blanco entró en su garganta y le subió al cerebro. Para despejarse se llevó a los labios el vasito que sostenía con el pulgar y el índice, y lo vació de un trago.

La monja había tenido que gritar más y más fuerte para hacerse oír sobre el crescendo del órgano; ahora intervenía el coro, con berridos tan lancinantes que ya era inútil tratar de hablar. ¡Y él todavía no había llegado al único punto que le interesaba! Probó, de todas maneras:

—¿Y Lidia? ¿Dónde está Lidia? ¡Lidia! ¡¡Lidia!! —gritaba a cinco centímetros de la oreja de la monja. Ella le buscó la mano a tientas, como si estuvieran en tinieblas (y con el humo blanco en realidad apenas si se veían) y le puso en ella una llave. Le gritó al oído:

—¡La puertita del costado! ¡Entra esta noche! ¡La trampa del árbol! ¡A la medianoche, no antes! ¡Pero ahora lo urgente es salvar a ese hombre!

Quizá siguió hablando, pero Mario ya se había perdido, en un loco mareo, en una galaxia de confesionarios en forma de oreja que giraban y giraban. Casullas rojas, amarillas y azules, punteadas de estrellas musulmanas, se le enroscaban en la cabeza como turbantes. No supo qué pasó a continuación, quizá lo sacaron en andas. Se encontró afuera, en la vereda, tomado con los diez dedos de la reja. Cuando aflojó una mano fue para sacar el pañuelo del bolsillo y secarse el sudor helado de la cara. Estuvo un rato respirando hondo, y dio unos pasos. Se alejaba, bajo las miradas burlonas de los empleados de pompas fúnebres que fumaban en la vereda.

Trataba de poner orden en sus ideas, y lo conseguía, increíblemente. Era un proceso gradual y precipitado a la vez: gradual porque había componentes orgánicos que debían reacomodarse, y eso no se hacía sin tiempo; precipitado porque el resultado era pensamiento, es decir simultaneidad. Para armar el rompecabezas debería haber sido un genio; pero no era necesario. Con unos pocos elementos al azar podía armar un cuadro (estaba empapado del método Panzoust, y ésa era la clave, aunque no lo sabía). Qué importaba que el cuadro fuera erróneo, que no se correspondiera con la realidad: la realidad se ajustaría a su cuadro, por el solo hecho

de que sería él quien lo actuaría en el mundo, en la mañana. El exterior lo llenaba de omnipotencia. Debía empezar por cualquier parte, y llegaría a su objetivo. La mañana estaba de su lado.

Lo primero era averiguar la dirección de don Martín, y ponerlo sobre aviso, como le había dicho la monja... ¿Pero por qué debía ser lo primero? Su omnipotencia no consentía un orden. En lo simultáneo, justamente, se podía empezar por cualquier parte. Y se le había ocurrido algo, que podía poner en práctica antes.

Los gritos de la monja le resonaban todavía en la cabeza. Le había quedado resonando especialmente algo sobre el «Para Ti»: el «bando del Para Ti». Si bien no sabía qué podía ser eso, sí tenía una idea aproximada de cuál Para Ti podía tratarse. No la revista en general, sino un número, que podía localizar gracias a la sorpresiva entrevista que había tenido un rato antes con esa secretaria de la Superiora. Y lo que se le había ocurrido era que podía consultarlo. La madre de Alfredo era abonada perpetua al *Para Ti*, y su hijo les había comentado más de una vez que los guardaba todos, desde hacía una enorme cantidad de años. No le llevaría más que unos minutos, y se sacaría la duda. De modo que al llegar a la esquina, en lugar de seguir hacia el kiosco, cruzó la Avenida y se internó por la calle Bonorino. No miró atrás para evitar los llamados y gestos de Alfredo.

El portero seguía encerrando el palier; subió como había hecho antes, y le abrió la señora. Le explicó lo que quería. Como todo coleccionista, ella era muy complaciente en compartir sus tesoros. Se fue al dormitorio y vino con una enorme pila de revistas que cubría los tres últimos años. Lo ayudó a buscar los de mayo del 92. Había cuatro. ¿Cuál de ellos era? Lo único que recordaba con certeza Mario era que contenía un reportaje a Moria Casán. ¡Aquí estaba!

Como la señora obviamente esperaba alguna explicación, Mario empezó a decirle, a medida que hojeaba cuidadosamente la revista página por página, sin saltarse las propagandas:

—Las monjas de la Misericordia nos robaron este número cuando salí, y acabo de enterarme de que se ha hecho entre ellas una especie de culto clandestino a la revista, lo llaman «el bando del Para Ti», y quiero averiguar de qué se trata.

—Qué emocionante.

Había llegado a la mitad, y no encontraba nada especial. Pensó que no lo encontraría, porque no había nada especial. Era una revista idiota como cualquier otra. Si no sabía lo que buscaba, podía encontrarlo en cualquier cosa, en todas y en ninguna. En la composición atómica del papel. En una errata, que creara una palabra mágica. En el detalle más recóndito de una foto... En ese preciso momento, como invocado, lo encontró: un largo artículo, caratulado Informe Especial, sobre fecundación asistida.

—Es esto —murmuró.

La señora se inclinó a mirar y dijo:

—¿Eso? Recuerdo haberlo leído, es interesantísimo. ¿Quieres llevártelo? Están

todos los progresos de la ciencia en esa materia, que es tan importante. ¡Cuántas mujeres hemos lamentado haber nacido antes de tiempo! ¡Cuántas angustias y frustraciones nos habríamos ahorrado!

Sus palabras apuntaban a algo que se había sugerido más de una vez en los últimos años: que Alfredo era adoptado. Mario no respondió nada, no quería oír confidencias. Además, ya tenía lo que quería. Echó una somera mirada a los diagramas de vientres femeninos, a los óvulos, espermatozoides, gametos y mil otras fruslerías, todos en colores, con flechas y explicaciones...

—Era lo que me imaginaba —mintió, porque no se había imaginado nada—. Algunas monjitas deben de haber entrado en una locura colectiva procreadora.

—Son mujeres al fin. Yo las comprendo.

Se despidió sin más, con otra mentira:

—Voy a liberar al pobre Alfredo, que lo dejé clavado en el kiosco.

—No te preocupes por él. Se distrae, y le hace bien.

Fue en el ascensor donde le cayó encima la consecuencia plena del descubrimiento: ¡Lidia! ¡Sí, Lidia...! ¿Lidia qué? Estaba lejos de entender qué podían querer de ella, pero todo coincidía: la madre reciente, con su bebé, la protección subrepticia que estaba recibiendo de las monjas, los pañales... La sintió en peligro, en el peor de los peligros. Es decir, ¿cuál? No lo sabía, pero le bastaba con pensar en ella, en su desamparo, en su maternidad tan vulnerable.

Lidia la flor. Se había abierto en su vida, en la mañana, ella también como una alucinación, pero de las buenas (no se había inventado un nombre para las alucinaciones a favor): le había dado algo a su vida, algo nuevo. ¿Qué? Algo, así nomás. Y aunque seguramente no estaba en sus intenciones, ni siquiera en sus posibilidades, porque era pobre, porque lo necesitaba todo, de todos modos daba. Es tan raro que alguien pueda dar algo. Sólo un ser privilegiado puede hacerlo.

La flor que se abre en la mañana ofrece un tesoro cuyo valor está en la coincidencia. ¡Porque es la mañana misma, y la misma mañana! De todas las mañanas abiertas en el firmamento iluminado, estrellas en el Sol, hay una sola donde ocurre la maravilla del tiempo. Y justo en ella, como una de esas carambolas que se dan en un millón de tiros... ¡zas, Lidia! ¡Lidia la realidad!

El corazón de Mario se desbordaba.

Era improcedente volver al kiosco, desayunar, reanudar la vida de todos los días. Habría sido una traición. No había nada que, en el fondo, él amara tanto como su propia vida, las pequeñas circunstancias que se encadenaban en esas mañanas rutilantes del trabajo, siempre iguales y siempre distintas. Pero era eso justamente lo que peligraba. Necesitaba apoderarse de Lidia como de un talismán, para que la vida corriente, la mañana corriente, pudiera reanudarse con el buen pie. Si algo debía pasar, debía pasar ya mismo, para que después pudiera haber sucesión. ¡Y estaba tan cerca!

Miró a su alrededor, sorprendido. Su distracción había sido tal que no se había

sentido salir del ascensor, intercambiar unas palabras con el portero, salir. Estaba en la calle, en la fresca húmeda de los árboles, cortada por las diagonales de un suave resplandor verde que bajaba del follaje y otro azulado que subía de los adoquines. Ya veía el kiosco allá en la esquina de enfrente, y en él a Alfredo jugando al diario, exuberante, hablando con una señora, el perrito atado a la pata de unas de las puertas plegables... ese kiosco, bien mirado, tenía algo de biombo, o de caja: se abría, se cerraba... Visto de lejos, como ahora, era una miniatura, un pequeño instrumento del espacio.

En la miniatura, las figuras no hacían sino precisarse. No creciendo, sino por el contrario, haciéndose más pequeñas, más esmaltadas en el aire. El grupito se diferenciaba sobre el fondo multicolor de las revistas, tan chillón y abigarrado que podrían haberse ocultado en él samuráis, papagayos, cebras, mujeres desnudas... Uno era el gordo Horacio; si se había dignado bajar de su torre de las visiones anticipadas y volver a visitar el kiosco, debía de ser por algún motivo; quién sabe qué sucesos del futuro inmediato había avizorado y venía a comunicar. Otro era un señor canoso que a Mario le resultaba vagamente conocido, aunque no lo ubicaba. Y el tercero era don Martín. Sintió alivio al verlo, pues le ahorra la molestia de salir a buscarlo. Los tres hablaban animadamente con Alfredo, que absorbía la información con tanta avidez que Mario podría haber pasado a medio metro sin que lo viera. Lo cual le sugirió el camino a seguir.

Tomó una decisión en ese mismo momento, mientras miraba su reloj pulsera: eran las nueve en punto, cosa que le pareció auspiciosa. La mañana seguía empezando. Se metió la mano en el bolsillo y sintió el volumen de la llavecita.

—¿Adónde te habías metido? —le dijo Horacio volviéndose aparatosamente. Al mismo tiempo Alfredo exclamaba:

—Vení, Mario, estos señores te van a contar algo que te va a hacer caer de espaldas.

—Ahora no tengo tiempo...

—Pero esperá —le dijo Horacio tomándolo del brazo y disponiéndose a hablar. No pudo hacerlo porque el señor canoso ya le estaba hablando, con una sonrisa anticuada:

—¿Vos sos Mario, el hijo de don Natalio? Encantado —le dio la mano—. Soy Elmo Frías, superintendente de la fábrica Divanlito y viejo amigo de tu papá.

—Mucho gusto. Hola, don Martín, lo andaba buscando...

—¡Yo te andaba buscando a vos! —gritó Horacio.

Sin hacerle caso, Mario siguió, la vista fija en el viejo rentista:

—Una monjita que parece una china me dio un mensaje para usted. No sé si no será una broma de mal gusto... Antes dígame una cosa: ¿su apellido es Gicovate?

—Sí. —Don Martín parecía bastante confundido, y se lanzó en una explicación —: Aquí mi amigo Frías me fue a buscar a mi casa...

Mario lo interrumpió:

—Lo que me dijo la monja es que van a intentar matarlo. Por el asunto del cajero fugitivo, creo. Aunque me dijo que al cajero ya lo agarraron.

Las miradas y exclamaciones que intercambiaron los otros, Alfredo incluido, probaban que habían estado hablando de ese tema precisamente.

Horacio, que se salía de la vaina, le dijo en un aparte:

—Te buscaba para decirte una cosa asombrosa. Cuando me dejaste en la terraza hace un rato, ¿sabés lo que vi? A Tito saltando por los techos en el corazón de esta manzana...

—Creo que lo habían llamado para ajustar una antena —mintió.

—No, no es eso —dijo Frías—. Tenemos que explicarte...

—¡Ahora no tengo tiempo! Crucé sólo para darle el mensaje a don Martín. — Empezó a apañarse—. En diez minutos vuelvo.

—Vamos a la treinta y ocho —decía don Martín (se refería a la comisaría de la otra cuadra). Y Frías, a Mario:

—Tu papá puede estar en peligro.

Mario se cerró como una piedra. No le importaba nada.

—¡Enseguida vuelvo! ¡Dejo todo en tus manos, Alfredo! —Y salió corriendo.

—Andá tranquilo, Mario, no te preocupes, yo me hago cargo —gritaba Alfredo.

Dobló la esquina, y cruzó al sesgo en dirección a la puertita del muro ciego del colegio. Iba por completo decidido, sacando la llave del bolsillo, apuntándola... La situación era a la vez única y corriente. Hay puertas por las que se pasa una sola vez en la vida, pero esa vez llega y pasa, y suele ser una ocasión sin nada especial.

Alguien iba a verlo entrar, de eso estaba seguro. Pero no importaba, porque para cuando la información empezara a circular por los canales peligrosos, él habría vuelto a salir: se proponía hacer un raid relámpago. Y después negar todo. ¿Por qué esperar a la medianoche? ¡Si a la medianoche él estaba en su casa, muy lejos de aquí! Las cosas había que hacerlas cuando se daba la ocasión, y la ocasión había que crearla... No, ni siquiera se la creaba: se creaba sola, con el uso apropiado y racional del tiempo. Además, para hacer algo transgresivo, ¿qué mejor que hacerlo cuando nadie se lo esperaba?

A la medianoche esta cuadra debía de ser una boca de lobo. Era lo que siempre les decía la Profesora, que vivía ahí, enfrente del muro. Había demasiados árboles, con demasiado follaje, los de la calle y los que asomaban del muro de las monjas. Una leyenda del barrio decía que a la medianoche, por las intrincadas ramas altas de esos árboles, circulaban unas monjas mono, ágiles y velocísimas, mutantes que salían a hacer de las suyas por la vecindad, y lanzaban chillidos de gozo saltando de un árbol a otro, asidas con brazos muy largos, o con los pies, colgadas cabeza abajo, sombras fugaces en lo negro, que nadie había visto con precisión.

¿Hasta dónde se podía ir, saltando de un árbol a otro, sin tocar tierra? Quizá muy lejos. En Buenos Aires hay muchos árboles, entre los de las calles y los de los patios y las plazas. La edificación impide ver sus caminos, las direcciones y enlaces de ese

bosque extraño, aparentemente discontinuo (aunque quién sabe). Quizá si desapareciera todo lo construido y quedaran los árboles, la disposición de esas líneas y bosquecillos diría mucho.

Al meter la llave en la cerradura, lo asaltó un recuerdo muy preciso invocado por el gesto. Hasta entonces tenía la firme convicción de no haber visto nunca a nadie entrando por esa puerta, pero ahora, al hacer los movimientos, supo que no era así. Una vez, no recordaba cuándo, había visto a Lili abriendo y metiéndose (¿o era saliendo?). A Lili, justamente, esa vieja bruja corpulenta y hombruna que iba todos los días al kiosco a mirar los números de la quiniela. Siempre la estaba tomando alguien del barrio para trabajos de limpieza de tipo brutal, como baldear patios o veredas; era la clase de labores a la que la predestinaba su tipo físico; una vez Mario había escuchado una conversación de dos señoras detenidas frente al kiosco después de comprar sus *Para Ti*: una se quejaba de los desastres que le había hecho Lili en su *living*, y la otra le decía: «No hay que pedirle peras al olmo. Hay mucamas ‘de adentro’ y mucamas ‘de afuera’». Lili se ajustaba tan bien a la definición de «mucama de afuera» que nunca le faltaba trabajo (quizá tiraba bibelots y rompía copas adrede, sólo para demostrar por la negativa lo bien que podía hacer las cosas en el patio o la vereda). Pero también ahí debía de tener problemas porque siempre estaba cambiando de colocación, siempre era provisoria. ¿Qué podía haber estado haciendo en la Misericordia? Algún trabajito temporal, seguramente. Dentro del complejo no faltaban abundantes «afuera» para tenerla ocupada. Lo raro era que le hubieran dado la llave. Un pequeño misterio, que probablemente no se resolvería nunca. Con todo, en ese momento para Mario tenía una resonancia especial: si las monjas habían estado experimentando con la procreación, ese monstruo marimacho podía haberles dado pistas tan útiles como la joven madre soltera. Lo que no recordaba era si la había visto entrar antes o después del episodio del *Para Ti* (aunque no necesariamente ese episodio debía fechar el comienzo del interés de las monjas en el tema de la procreación). No podía creer que esa visión datara de más de tres años; tres años era muchísimo tiempo. Pero Mario estaba demasiado acostumbrado a los espejismos del tiempo para espantarse de una confusión en ese sentido. La calidad misma de ese recuerdo de Lili entrando por la puertecita, su calidad de epifanía súbita, lo hacía intemporal. Podía haber pasado hacía una semana o hacía diez años. ¡Y el carácter que debía de tener! Pobre del marido, si era cierto que se casaba.

Pues bien, ya estaba adentro. Lo primero que notó, antes de ver nada, fue que no había nadie viéndolo, así que se ocupó de cerrar la puerta con llave a sus espaldas. Después sí, se volvió a mirar dónde estaba.

Era un jardín secreto. Durante años había estado viendo las copas de sus árboles, sin imaginarse lo que había abajo. Y ahora lo estaba viendo: callado, solitario, indescifrable. «Esto solo ya valía el riesgo», se dijo. Quién sabe por qué. No tenía nada especial. Salvo quizás el tamaño, que era mayor de lo que parecía de afuera. Había puro césped, sin senderos. Tampoco había fuentes ni estatuas ni bancos; ni

canteros, aunque sí había flores aquí y allá, en el césped. Y los árboles, quietos, distraídos. Dio unos pasos. Frente a él, la pared lateral del liceo, alta y sin ventanas, era uno de los límites del jardín; la pared se continuaba en un muro alto; a la derecha, el follaje le impedía ver la vuelta del muro. El espacio parecía perfectamente aislado, como una reserva forestal urbana.

No se demoró mucho en la contemplación. Se felicitaba de haber tomado la decisión de ir de inmediato; las monjas estarían todas ocupadas en la capilla, con la misa de difuntos, y de ahí tendrían que volver urgente a las aulas, donde debían de haber dejado sin vigilancia a esa horda de demonios que eran las alumnas.

Debía buscar «la trampa del árbol» que había mencionado la monja china. ¿Qué sería eso? Se puso a mirar al pie de cada árbol, rodeándolos. Al hacerlo, las perspectivas del jardín empezaron a cambiar. Se hacía más grande, más silencioso, más amenazante. El silencio sobre todo empezó a asustarlo. Hay que decir que no estaba del todo bien: en ayunas, con la sangre alterada por ese incienso bactericida, y con un verdadero agujero en el estómago por la granadina, todo le daba vueltas. La tensión de los nervios debía de contribuir.

¡Clap! ¡Clap!

El corazón le dio un vuelco. Como salida de la nada, una monja mecánica de cuatro metros de alto venía hacía él, con ruidos metálicos. Era un robot, quizás una de las dos que había visto apostadas a los lados de la escalera en el pabellón interno. Por debajo de los «clap» se oía el zumbido de sus radares. La cabeza se perdía en el follaje bajo de los árboles, pero tras el latigazo de una rama pudo verle la cara, de porcelana blanca, y los ojos fucsia encendidos, dos brasas de uranio.

El pánico no se hizo esperar. Lo primero que se le ocurrió fue saltar atrás del árbol más robusto que tenía cerca. Pero se enganchó el pie en algo, quizás una raíz, y cayó cuan largo era. Lo dominaba un terror infantil, irracional en el fondo porque era absurdo creer que un robot asesino fuera a matarlo allí, a escasos treinta metros de su kiosco (de hecho, si gritaba, Alfredo podría oírlo). Pero lo absurdo en este caso actuaba a favor de lo real. Lo que le estaba pasando era real.

¡Clap! ¡Clap!

No era una raíz lo que lo había hecho tropezar; era una tapa de bronce, con una argolla. Y estaba al pie de un grueso micocoulis de tronco blanco. Sin levantarse, arrastrándose como una oruga, porque a ras del suelo era menos probable que lo detectaran los sensores de la monja, levantó la tapa, y sin pensarlo se coló adentro, recogiendo las piernas para introducirse más rápido y cerrar. Lo último que oyó del exterior no fueron los crujidos del monstruo mecánico, sino el gorjeo de un pajarito, que lo acompañó a la oscuridad, en la audición remanente.

Se quedó muy quieto. Estaba tirado cabeza abajo en lo que parecía una escalera de pendiente pronunciada. ¿Y si el Monjatrón levantaba la tapa y lo extraía por los pies? Le bastó pensarlo para empezar a arrastrarse hacia abajo. Fin del problema. Bajar era tan fácil que se sintió casi eufórico. Ahora sólo debía encontrar a Lidia, y

volver a salir con ella. Hacerle unas gambetas al robot, abrir la puertecita y salir a la seguridad de la calle, le parecía un juego de niños. Casi sonrió. Lo había asustado la sorpresa, más que nada. Aparte de que, por supuesto, podía haber sido una alucinación.

Podían haberlo engañado los sentidos, o podía ser real. ¿Qué importaba? Todo era real al fin. Mario no tenía, como no tiene nadie, mucha experiencia en aventuras. Pero suplía esa falta con el conocimiento inmanente que su vida tenía (o era) de su vida. ¿Cuánto tarda una gota de agua, cayendo a intervalos regulares, en llenar un vaso? Un tiempo equis. Eso es la vida. En la aventura el vaso está lleno. Es como si todo hubiera sucedido ya; lo cual puede resultar muy confuso, pero se aclara cuando uno separa los elementos y los va colocando en un orden espaciotemporal, como en una novela.

Al llegar al pie de la escalera se puso de pie, con la mayor precaución, y tanteó buscando las paredes. No era necesario deliberar mucho por la dirección a tomar porque no había más que una: hacia adelante. Estaba en un pasillo angosto, de hormigón a juzgar por la textura de las paredes. Avanzó cautelosamente pero con decisión. Todas las probabilidades, pensaba, estaban de su lado: encontraría a Lidia, se las arreglaría para sacarla de donde estuviera y saldrían por donde había entrado. Ya casi estaba pensando en lo que pasaría después. ¡La cara que pondría Lidia al verlo! Se creería abandonada por el mundo, a merced de las fuerzas más malvadas y locas, ¡y ahí estaría él! Un héroe, a su modo, un héroe de barrio... Lidia alzaba la vista de su llanto, la sorpresa le hacía abrir muy grandes los ojos... lo veía a través de dos lágrimas remanentes, es decir lo veía impreso en una bola de cristal, en una curiosa anamorfosis, pero reconocible... ¡era el joven diariero que había sido tan bueno con ella! Y abría la boca también, pero él se llevaba un dedo a los labios: ¡silencio! Dos monjas viejísimas, con apéndices de metal, estaban dormitando en la puerta de la celda, él les birlaba la llave con dedos de tahúr, abría y salían en puntas de pie... debían descolgarse al revés de las profundidades, entre abismos de sombra... Un Cristo Mirage se lanzaba sobre ellos desde un nicho, Mario lo detenía en el aire con el poder de la mente y lo hacía estallar... Las monjas se habían despertado, sonaban alarmas, un batallón de monjas de combate se precipitaba, por los pasadizos, ellos dos corrían, las compuertas empezaban a cerrarse una tras otra... De pronto Lidia se detenía con un grito angustiada. ¡Se había olvidado a su hijito! Volver era peligrosísimo, pero no había más remedio, ¡no iba a dejarlo! Por supuesto... Qué increíblemente distraída, pensaba Mario sin poder reprimir un gesto de impaciencia... totalmente injustificado porque la culpa era de él, que estaba fabricando esa fantasía y se había olvidado del crío... En fin, pensó volviendo a la realidad: ya se arreglarían.

Siguió por el pasillo oscuro pensando con altavoces: ¡Lidia! ¡Lidia! En ese momento, al remplazar la fantasía por el nombre, tuvo una alucinación. En la profunda tiniebla comenzó a formarse frente a él, a la altura del techo, un rostro

luminoso. Se detuvo para verlo mejor, para no perderse ninguno de los estadios, tan fugaces, tan impalpables, de su formación. Sabía que podía esfumarse por una nada. Dependía de un residuo de luz que llevaba él en sus ojos; y como en la luz del día participaba todo, también estaba el trino del pájaro que lo había despedido al bajar. Y por el trino se colaba todo lo demás... Siempre era «todo», lo estaba comprobando a cada paso. Se quedó quieto como un gato de plata, mirando ese fantasma objetivado. Era como ver su propio cerebro. Pero lo que veía no era un feo órgano arrugado sino el rostro más bello del mundo, el más dulce, la fuente de toda la felicidad. Era solamente la cara, pero no como una cabeza cortada, sino un rostro como se lo ve en el amor, saliendo de la nada, saliendo por un motivo muy singular, muy claro, muy explicado: el amor.

¡Qué raro! Casi no la reconocía. Estaba lleno de ella y sin embargo ese rostro le parecía de otra, era casi como si tuviera un cartel, una señal, que dijera: «soy otra». Es cierto que Lidia había sido un relámpago en su vida, la había visto dos veces apenas. Pero aun así...

Ya estaba totalmente formado, y seguía ahí suspendido, con un brillo eneguedor. Era demasiado hermoso, transmitía demasiada felicidad... «Demasiado» es una palabra que indica alguna inadecuación. Y el amor trata, por el contrario, de la adecuación absoluta. Además, en ese trance no podía haber nada más «demasiado» que Lidia. Quiso formar con los labios, en la oscuridad, la palabra «Lidia», pero salió otra cosa.

Del fondo de su conciencia turbada subía algo. No un nombre, no un rostro, como no fueran los suyos propios. Y él no estaba enamorado de sí mismo... El trino del pájaro seguía actuando, ahora en otra dimensión. El rostro ya estaba formado, incandescente, una perfecta representación proyectada por su amor. Sólo faltaba el nombre... Se diría que lo tenía en la punta de la lengua... No empezaba con «Li»; empezaba con «Ros», y terminaba con «ita». «Ros...» Sí, tibio, caliente... «Rosi...» ¡Se quema! «Rrr...» ¡Rosita!

¿Rosita?

¡Rosita! Todo le volvía, como un reajuste sísmico de masas tectónicas de recuerdo. ¡Rosita! ¡Su novia! Su querida Rosita... ¿Pero era posible? (El rostro luminoso se había borrado, dejándolo en la más completa oscuridad, con la boca abierta en una mueca de idiota.) ¿Era posible? ¡Se había olvidado de Rosita! ¡Se había olvidado de que tenía novia, de que estaba enamorado, de...! ¡De todo! ¡Y ahora se acordaba! ¡Rosita! ¡Es cierto! ¿Cómo pude olvidarme? ¡Rosita! ¡Su Rosita querida!

Rosita era una chica de su barrio (no de éste sino del otro, lejísimos, donde vivía), a la que conocía y amaba desde la infancia. Eran novios desde hacía cuatro años, y ya tenían fecha para casarse, a fin de año. Se adoraban, siempre estaban juntos. En el barrio él era «Mario, el de Rosita», y ella «Rosita, la de Mario». Dicen que en el momento preciso antes de morir desfilan ante los ojos todas las imágenes de la vida,

sin que falte una, en un segundo. Nadie ha dicho que pase lo mismo con todas las imágenes de un noviazgo, pero esta vez pasó. La dulce Rosita, la apasionada Rosita... Como Rosita era toda su vida, la tenía siempre presente, aun cuando no la tenía. Y entonces, ¿cómo podía haberle pasado esto? Evidentemente, la había puesto en un «paralelo». De ese modo Lidia había podido colarse y ocupar ella también todo su espacio mental.

Lo primero que pensó, cuando pudo pensar algo, fue: «no puedo hacerle esto a Rosita». ¿O sí podía? «No, no puedo y basta». Su sentido del honor era muy fuerte. La lealtad a su novia estaba por encima de todo, y no había absolutamente nada más que decir. Era como para dar media vuelta, volver a su puesto en el kiosco, y olvidarse de todo el asunto. No le faltaron ganas de hacerlo; de hecho, era lo que resultaba natural y lógico en ese momento.

¿Pero no habría sido una cobardía? Después de todo, también tenía una obligación con Lidia; totalmente unilateral, rozando lo imaginario, pero la tenía, no podía negarlo. Más aun: su lealtad era una sola. Lidia representaba a Rosita... Las dos transportaban la belleza del mundo, y lo hacían en el mismo movimiento, en un solo mecanismo general del que él era la materia, ellas el alma. Ni siquiera eran tan diferentes; en la comparación Rosita parecía una burguesa, con su casa, sus padres, su trabajo... Pero vistos de cerca, sus padres eran obreros (desocupado y empleada doméstica respectivamente), su casa eran dos piezas precarias, su trabajo era lavar pisos en un Pumper Nic. Claro que Lidia era otra cosa: la miseria, el desamparo, la aventura. Pero, tal como estaban las cosas, si Rosita, si una Rosita como Rosita, tuviera un hijo, y la situación empeorara por ello apenas un poco... La diferencia estaba en él, y sólo en él: si su Rosita tuviera un hijo, sería hijo suyo, y él sí tenía toda la hechura de un burgués, de un paterfamilias... Él se haría cargo. A su hijo no le faltaría nada, y a su esposa menos. Quizá no se había olvidado de su novia tanto como le parecía; quizá la había hiperrecordado, al encontrarse con Lidia. Después de todo, como decía Horacio, ¿quién podía asegurar el orden en que aparecían las cosas en la vida? Si él se moría, si por ejemplo lo mataban estas monjas locas, ¿quién podía decir lo que sería de Rosita? Sin él, todo era posible; sus futuros suegros no eran de fiar, eran demasiado ignorantes, estaban demasiado gastados, y Rosita podía terminar sola, perdida, abandonada... A las profecías nunca hay que buscarlas en el futuro, porque todas se han cumplido ya en alguna parte.

Si Mario era tan normal, tan realista, tan rutinario, tan burgués, no lo era por una convicción, o porque quisiera, ni siquiera por un rasgo psicológico, sino por su condición de «hombre sin cualidades», de chico lindo y simpático que le caía bien a todo el mundo. Y no es que él fuera como todos, que pensara y hablara como todos, porque era único, irreplicable. Pero era externo, objetivo, una figura inmediatamente reconocible en medio del fluir de las cosas. Como si lo aplicaran, sobre la superficie de las imágenes de la mañana, con un sello, y por lo tanto saliera siempre igual.

Lo único verdaderamente terrorífico y sobrenatural era ser malo. Quizá después

de todo sí estaba engañando a Rosita, portándose como un miserable. Sintió que no le quedaba más remedio que seguir adelante, avanzar en la acción. Pero ya sin ganas, sin verdadero impulso. La meditación lo había dejado con una enorme tristeza, un desaliento que lo vencía de antemano...

Ahí habría terminado todo, si no hubiera venido en su auxilio una esperanza relampagueante, tan fuerte, tan salvaje, tan precisa, que nada podía resistírsele. No era nada religioso, ni filosófico, ni un truco de autoayuda... Era todo eso junto, pero mucho más: era el Sueño, el que había tenido la noche anterior, y cuyo recuerdo había vuelto hacía dos horas, al cruzar la Avenida. «Soñé que Racing salía campeón...» En el lapso transcurrido, y sin que hubiera vuelto a pensar en él, la fuerza del Sueño se había multiplicado por mil, o por mil millones. Ahora, al volver, lo sacudió de pies a cabeza. Si el mundo entero, con sus mares y bosques y montañas y sus razas innumerables de bestias y hombres, y todos los demás planetas y soles y el éter y el átomo, si todo, pero todo, se volviera una sola llamarada de esperanza, aun así sería un pálido reflejo de lo que fue el Sueño para Mario. Puede parecer una exageración, pero no lo es. Habría que estar en su lugar para convencerse.

¡Todo era posible! Porque ese sueño había sido real, muy real... De hecho, lo que volvía era esa sensación irrefutable de realidad. Y lo real hacía real a todo lo demás. Sólo había que avanzar, estirar la mano...

Ya estaba en marcha, como una tromba. Se fue de cabeza por una segunda escalera, a un nivel inferior, donde por casualidad, tanteando una pared, encontró un conmutador y encendió una lamparita en el techo. Se sucedieron los pasadizos, las celdas, las fosas redondas llenas de agua negra, depósitos de muebles polvorientos, salas de máquinas... Era más grande de lo que había creído. De pronto: voces. Avanzó en puntas de pie, se asomó a un salón rupestre... No, no eran voces humanas: eran gallinas, en jaulones de mosquitero metálico. Calculó que a estos animales habría que alimentarlos, así que aquí tendrían que venir monjas, todos los días. ¿Por dónde? Rehizo sus pasos, ahora con más método (y más prudencia). De pronto se le heló la sangre. Una monja venía hacia él. Aminoró el paso, decidido a todo. La monja pasó a su lado, sin percibirlo, aunque iba con los ojos abiertos y había luz... Qué raro. La vio perderse en dirección a las gallinas. Llevaba una cesta de plástico colgada del brazo, seguramente para recoger huevos. No le parecía que hubiera disimulado, que se hubiera hecho la distraída ni nada por el estilo. Sinceramente no lo había visto. Se encogió de hombros y siguió adelante.

Entonces sí llegó a los laboratorios y salas de situación, todos deshabitados por suerte. Sus peores sospechas se confirmaban, pero por el momento no había peligro. Sólo debía encontrar a Lidia. El instrumental no era moderno, pero el producto era muy refinado. Había varias monjas a medio armar, colocadas en banquetas a cuarenta y cinco grados. A algunas les faltaban los brazos, o la cabeza. Había monjas bebé, como muñecas, de cuarenta centímetros de alto, con sotana, cofia y cara de vieja. Algunas estaban abiertas, mostrando un interior barroco y retorcido. Por suerte no se

veía ninguna que pareciera viva, aunque algunas sentadas en banquitos o apoyadas en la pared eran dudosas. Por las dudas Mario siguió circulando por los pasillos que dividían los salones.

De pronto se largó a llover. No llovía propiamente dicha, sino una llovizna sesgada, que en pocos segundos se hizo tupida. ¡Qué raro!, pensó, ¡tan lindo que parecía el día! Pero debió corregirse de inmediato: el clima de la mañana no podía tener nada que ver, a dos niveles por debajo del suelo. Debía de ser un fenómeno ctónico. Pero el efecto fue inmediato. Aparecieron apuradísimas varias monjas con paraguas, y empezaron a tender plásticos transparentes sobre los aparatos exactamente como hacían él y su padre con las revistas del kiosco cuando se largaba a llover afuera. Mario se paralizó donde estaba, mojándose, porque esta vez era seguro que lo descubrirían, ya que las monjas iban de un salón a otro, y la prisa que llevaban no les impediría verlo. No tenía dónde ocultarse.

Estaba en un castillo estratificado subterráneo, a merced de sus extrañas moradoras. Todo indicaba una gran deliberación, la busca de la arquitectura ideal. El secreto era un elemento clave: quizás él era el primero en descubrirlo, quizá nadie que lo descubriera podía sobrevivir para contarlo. Pero este accidente de la lluvia comportaba un toque de azar absoluto, casi surrealista. Si en el interior de una arquitectura ideal podía llover, quería decir que había canales para la transmutación de exterior e interior. Y si bien lo inexplicable se alzaba como una barrera, quedaba el precedente, y la acción misma, la madre del surrealismo, se encargaría de abrirle otros caminos.

Las monjas lo vieron, no pudieron no verlo. Tenían mucho que hacer, debían de estar programadas, hasta para la prisa, pero empezaron a pasar a su lado, como gruesos torbellinos negros en la llovizna. Por un momento Mario tuvo la esperanza de que a pesar de todo no lo descubrieran, de que sucediera lo mismo que con la monja que se había cruzado antes. Notó algo curioso; la excitación debía de haberle aguzado los sentidos porque lo notó a pesar de lo rápido que empezaron a sucederse las escenas y lo confusas que fueron. Algunas monjas no lo veían, aunque lo tuvieran a medio metro; y otras sí. Pero además había otras que se enteraban parcialmente de su presencia, como si notaran sólo su forma, o sus contornos, o su olor, o su temperatura, o sus colores, o algunas de estas cosas en conjuntos inestables. Era todo un continuo gradual, y aunque entremezclado indicaba un orden. ¿Sería el famoso «camino de perfección» de las monjas? Viniendo del mundo, parecía más bien lo contrario: un camino a la nada. Pero la religión podía tener sus propias razones.

Las más avispadas se lanzaron sobre él como un enjambre de brujas, blandiendo los paraguas abiertos. Parecía una pesadilla, sobre todo porque otras cruzaban la batahola como ausentes, en otra dimensión, ocupadas en cubrir los aparatos con plásticos. Después de unos primeros movimientos de resistencia debidos más que nada al desconcierto, Mario prefirió dejarlas hacer; se mostró colaborador y casi cortés, como si se tratara de un malentendido. Al fin de cuentas, podía ser el modo

más rápido de llegar a Lidia. Además, para resistirse debería haber usado la violencia, porque las monjas no eran manchones negros en la llovizna: eran pesos. La gravedad que tenían era asombrosa; no podía extrañar que se hubieran ido hacia lo profundo de la tierra. Lo encaminaron por el corredor hacia un portal con arco. No dijo nada, porque tenía la idea de que no eran humanas, y no quería hacer el ridículo poniéndose a hablar con máquinas. Iba flanqueado de seis o siete. Creía que lo llevaban a ver a alguna jerarca, quizás una de las «secretarias» que había conocido esa mañana, y ya iba preparando sus argumentos...

¡Qué ingenuo! De pronto hubo un empujón (un paraguazo) en su espalda, la oscuridad frente a él, y atrás una pesada puerta de hierro que se cerraba y dejaba oír el «cloc» de un cerrojo. Había terminado todo. Estaba en una celda sin luz, prisionero.

Se quedó quieto, jadeando. No veía absolutamente nada. Sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la cara. Tras lo cual hizo un reconocimiento a ciegas de la celda. Las paredes eran de piedra en bloques medianos, viejos y húmedos; debía de ser una parte más antigua de la edificación. No tenía ventanas ni más puerta que la de hierro por la que había entrado. Y ésta no tenía mirilla ni cerradura. La tiniebla era completa. El techo parecía alto, porque saltando con un brazo estirado no lo tocó.

Pues bien, al menos tenía tiempo para pensar. ¿Pero para pensar en qué? Se sentó en el suelo. No había terminado de hacerlo cuando oyó algo: el llanto de un bebé, muy bajo, muy lejano. Aunque no podía estar muy lejos, quizá por el contrario estaba muy cerca, a unos centímetros, al otro lado de la pared en la que apoyaba la espalda. Así era; lo comprobó aplicando la oreja al muro. ¡Lidia! ¡Lidia y su hijo estaban ahí, casi al alcance de la mano! Entonces, no había nada que pensar. Tanteó las piedras, buscando las juntas. El mortero era una mezcla de barro y cal que se degradaba bajo la uña. Buscó en los bolsillos algo que sirviera. Lamentablemente no tenía monedas (las dejaba siempre en la caja del kiosco, para contribuir a paliar el problema perenne del cambio), pero encontró la llave con la que había entrado al complejo. Empezó a excavar con ella, dando toda la vuelta a la piedra. Fue rápido, pero la llave era corta, y llegado a un punto no pudo entrar más, aun manejándola con la punta de los dedos. Probó con todas sus fuerzas de empujar la piedra, pero no se movía.

La Providencia vino en su ayuda. Empezó a abrirse la puerta... se metió la llave en el bolsillo, se sopló las manos y se hizo el distraído. Entraba una monja con una taza de té en la mano.

—¡Buen día, buen día!

—Buen día, hermana. ¿Se puede saber por qué me han encerrado aquí?

—Yo no sé nada. Vengo a traerle una taza de té nada más.

—Muchas gracias. Algo es algo.

—Le vamos a dar muchas más.

Se la dio. Por suerte no había prendido la luz, o habría visto la excavación

alrededor de esa piedra en la pared; o no la habría visto: con ellas nunca se sabía. Se arreglaron con la luz que entraba por la puerta entreabierta. Mario pensó que podría darle un empujón y salir corriendo, pero su proyecto de comunicarse con Lidia por un agujero le pareció más importante. Sobre todo porque había visto que en el platillo había una cucharita que era justo lo que necesitaba. Además, si iban a volver a traerle más té, podía huir después, cuando hubiera hablado con Lidia y se hubieran puesto de acuerdo.

De modo que tomó la taza, hundió la cucharita en la azucarera que la monja traía en la otra mano, revolvió y le preguntó:

—¿A qué se debe esa llovizna?

Acompañó la pregunta con un deliberado gesto del mentón hacia la puerta. La monja cayó en la trampa y volvió la cabeza para mirar. Mario aprovechó la distracción para echarse la cucharita al bolsillo. Cuando ella volvió a mirarlo, él ya estaba tomando el té a sorbitos.

—Es un sistema de prevención de incendios que se descompuso.

A Mario no le interesaba en lo más mínimo pero siguió dándole conversación para mantenerla entretenida y que no se diera cuenta de que la cucharita había desaparecido:

—¿Y por qué no lo han hecho arreglar?

—Porque es imposible. Nadie entiende de esas cosas. Aquí todo lo que se descompone queda así para siempre, y hay que arreglárselas. Nos vamos acostumbrando.

—Pero antes no habrá sido así. ¿Quién construyó todo esto?

—El Profesor Neurus. ¿Ya terminó?

—Sí. —Había tomado hasta la última gota, sin darse cuenta de lo que hacía. Devolvió la taza y la monja salió. No bien la puerta se hubo cerrado ya Mario se precipitaba hacia la pared, blandiendo la cucharita. Siguió cavando alrededor de la piedra, hasta que pudo moverla. La sacó tirando hacia su lado. Al otro lado del agujero estaba igual de oscuro, pero el llanto del bebé se oía muy próximo. Llamó:

—Lidia... Lidia...

Desde el otro lado de lo que parecía una celda bastante grande vino la voz de Lidia, perpleja y quebrada por los llantos:

—¿Quién es?

—Soy Mario, el diariero.

—¿Mario? ¿El diariero?

¿Qué desgraciado concurso de circunstancias podía haber llevado a una chica como ella a ese estado de virtual mendicidad? Bien pensado, y pensado a partir de un cierto conocimiento del mundo, había una sola causa corriendo como una hebra roja por el trenzado múltiple de causas: la falta de inteligencia. Esta falta se resume en la incapacidad de comprender una historia. El mundo debe aprender. ¿Pero cómo? El retiro del profesor Neurus era sintomático en ese sentido. A todos los villanos de los

dibujos animados los mueve un propósito absorbente: dominar el mundo. Para que lo consiguieran (siempre fracasan) sería necesario que el mundo supiera de qué se trata. El mundo está hecho de innumerables conciencias individuales, en buena medida inconexas. Quizá cada conciencia, en el momento de manifestarse, capta la completa dominación del mundo, consumada, por otra conciencia. Y quince minutos después se extingue.

Todos los adolescentes varones que ha habido y habrá piensan, en algún momento: si yo fuera mujer, sería la más puta de todas las mujeres. Lo que es muy injusto con las que nacieron realmente mujeres, que después de todo son el objeto de su pensamiento.

La pobre Lidia, pensaba Mario metiendo la cabeza en el agujero de la pared, franqueaba vertiginosamente el espacio entre pensamiento y realidad. Se reintegraría al pensamiento, pero no antes de consumir su plena impregnación de realidad. Tenía una historia, en la que había cedido a sus instintos, o a los de algún hombre: el niño que llevaba en brazos era la prueba. Su única posibilidad de casarse era que alguien pensara: eso tuvo lugar en el pasado. Pensamiento que hoy nos parece trivial pero que es resultado de millones de años de evolución. Y la evolución, nunca se sabe en qué dirección va. Es de esas cosas que se ven mover, pero por falta de un punto de referencia uno se pregunta: ¿va o viene?

—¿A vos también te agarraron? —le preguntaba Lidia—. ¿Te dieron el té?

Mario a su vez la interrogó, creyendo que ella debía de saber algo sobre todo este asunto tenebroso. Ella sabía, pero sólo lo que podía saber, lo que cabía en sus facultades... Les había dicho a las monjas que su hijo no tenía padre, y ellas lo habían tomado literalmente; eran ingenuas, o estaban locas, o eran imbéciles. Le habían dicho que le sacarían toda la sangre para ponérsela a sus horrendas muñecas partenogenéticas...

—¡No, no! —la interrumpió Mario—. Te lo dijeron para asustarte, para que colabores.

—¿Te parece? —decía ella queriendo creerle, aferrándose a una brizna de esperanza.

Hablaba con frases mal formadas, humildes, de chica ignorante. Por suerte Mario estaba acostumbrado a ese lenguaje, que era más o menos el suyo, y pudo reconstruir la historia. La habían encerrado esa mañana, no bien cometió el error de venir...

—¿Por qué no me esperaste? ¿No habíamos quedado en vernos?

Al salir del Refugio no lo había visto, y le había dado vergüenza preguntarle al padre... Las monjas la habían traído directamente a esa celda, justo a ella, con el miedo que le tenía a la oscuridad... Había llorado hasta acabar sus lágrimas, siempre con el chico prendido a la teta... Lo peor era que no le habían dado el desayuno, y el hambre la devoraba... En la desesperación había pensado en darse muerte golpeándose la cabeza contra una piedra que sobresalía de la pared. No lo hizo por su hijo, sólo por él... Volvía a llorar.

—No te preocupes más —dijo Mario—. Yo voy a sacarte. Para eso estoy aquí. — Se quedó callado unos segundos, oyéndola llorar y organizando la información de que disponía—. ¿Por qué me preguntaste si había tomado el té?

—¿Lo tomaste?

—Sí, justo antes de abrir el boquete me trajeron una taza, de hecho aproveché la cucharita...

Interrumpió la explicación al oír el gemido de espanto de ella. En su mente hubo un *flash*: veneno.

Era peor que eso, como pudo deducir del entrecortado relato que le hizo Lidia: se trataba de un suplicio muy de monjas, quizás el más cruel que una mente malévola podía haber ideado para martirizar a una víctima. En el té ponían una droga cuyo efecto consistía en anular, irreversiblemente, los sentidos, uno a uno. Cada dosis, es decir cada taza de té, mataba un sentido. Pero no eran cinco dosis, cinco tazas de té (una para la vista, una para el oído, una para el tacto, una para el gusto, una para el olfato). Eso habría sido más corriente, más «normal», y en el fondo mucho menos horrible, porque el ser humano puede encontrar recursos para seguir viviendo sin los cinco sentidos; se han dado casos. En realidad tenemos muchos más sentidos que los cinco canónicos; los tenemos en una cantidad innumerable, cada uno apuntado a un estrato del mundo. La destrucción de todos ellos producía una separación completa del mundo externo, pero completa como nunca se habría logrado con otro método, completa como no podía imaginársela. Mario se hacía una idea, y le corría un escalofrío por todo el cuerpo. Era mucho peor que la muerte. Se necesitaban decenas, centenares de miles de tazas de té para llegar al resultado total, una verdadera eternidad de té; pero una sola ya era irreversible, era un microsentido que desaparecía para siempre, un enlace con una línea de la realidad que se perdía y no se recobraría (y no saber cuál era le agregaba un toque extra de horror). Y él había tomado una, no podía volver atrás. Con un grito interior se prometió no tomar otra, aunque lo obligaran con las peores violencias; prefería la muerte. Pero la sola idea de que había tomado una lo desalentaba tanto que se sentía tentado de renunciar, de tomar todas las que le dieran... Lidia había tomado cuatro, o cinco, había perdido la cuenta. No podía resistirse, estaba condicionada para obedecer... Mario se repuso, tragando saliva. Le mintió a medias (y a sí mismo también) para tranquilizarla: si el proceso era virtualmente infinito, unas tazas más o menos no tenían importancia. Pero debían actuar, ya mismo, sin pérdida de tiempo. Ella lloraba a mares. Lo sorprendió una vez más diciéndole que la droga era tintura de rosa.

Sí, actuar... ¡Ya mismo! Si podían... y si no podían también. De pronto estaba en juego toda posibilidad. Lo que había empezado como un salvataje vagamente erótico, a caballo de un olvido, se transformaba en una guerra en forma. El enemigo era el terrorismo, y el peor de todos, el que amenazaba a la Percepción. Había que ponerse las pilas, revestirse de la armadura de oro, lanzarse al combate. Era incómodo no saber si estaba a la altura del desafío o no. Mario creía tener una relación especial con

la realidad; todos creen lo mismo. La circunstancia histórica contribuía: la historia parecía haber terminado, ya no había pruebas de vida o muerte que superar, por lo menos en la Argentina. Ni guerras ni hambrunas ni revoluciones ni nada, sólo llevar de aquí para allá las noticias banales del día. Su vida hacía contraste con lo que había sido la de sus abuelos (y la de Natalio cuando era chico) en Italia, la lucha contra el fascismo, las cárceles, las persecuciones, los bombardeos. Pero quizás era una impresión suya. Ahí estaba Lidia, viviendo necesidades muy reales, y arrastrándolo a él al mundo de hierro donde se forjaba la historia...

Esto no se lo habían enseñado en la escuela. La Percepción era la Reina del Mundo, la protectora, la santificadora. Ella volvía previsible la realidad, pese a que (o porque) la realidad es la definición misma de lo imprevisible. De modo que era un combate de inmensas consecuencias el que se libraba en este castillo subterráneo de las monjas distraídas. Parecían invencibles, pero podían no serlo; no lo sabría hasta que las pusiera a prueba, como en un experimento. La Aventura podía atravesarlo todo, la brochette de la acción... El Sueño seguía actuando en él, discreto y suave, como un pequeño motor de plumas.

De modo que se puso a trabajar otra vez con la cucharita, con energía duplicada ahora que tenía un plan. Calculó que bastaría con sacar una sola piedra más para que Lidia, delgada y pequeña, pudiera pasar a su celda. Eligió la de abajo del hueco, y con sólo tres lados que socavar, y espacio para meter las manos y hacer fuerza, no tardó en arrancarla. Probaron. Primero ella le alcanzó el bebé, que al sentirse en manos extrañas se puso a berrear. Lo dejó en el suelo a un costado, para poder ayudarla, y trató de hacer oídos sordos a sus gritos. El hueco era realmente chico, pero no perdían nada con probar, porque extraer dos piedras más llevaría demasiado tiempo. Lidia decía tener miedo, no poder, no animarse; dijo que estaba probando, pero los hombros eran más anchos que el agujero; él le sugirió que se pusiera de costado: así tampoco. La tiniebla complicaba la operación, y ninguno de los dos dominaba el lenguaje lo bastante como para transmitirse instrucciones o indicaciones precisas; gruñían, balbuceaban. Mario le dijo que estirara los brazos hacia adelante, los pasara primero, y después seguiría el resto. Ella obedecía, jadeando de miedo.

—Disculpame, pero te voy a agarrar por donde pueda —le dijo.

—No hay problema.

Tanteó los dos brazos, que ya estaban de su lado. Eran finos como dos palitos de tambor, los siguió hasta los hombros, embutidos en la piedra, y buscando un punto sólido de donde aferrar sintió que le metía los dedos en las orejas, en la boca, en los ojos.

—¡Perdón!

—¡Ahí voy!

Tiró, y sintió que pasaba. Buscó una posición mejor, pegado a la piedra, y la cabeza y los hombros de Lidia le cayeron sobre las piernas. Menos mal que no se veía nada, porque no debía de ser una postura muy edificante. Para colmo él, con los

brazos metidos hasta el hombro en los huecos, le rozaba los pechos, tomaba la cintura con las dos manos: ¡hop! Era una gran intimidad de esfuerzo. Pero lo que había temido pasó: se atrancaron las caderas. Apoyando la planta de los pies en la pared, Mario tiró con toda su fuerza, con el único resultado de resbalar y quedarse con las dos tetas de ella en las manos. Las retiró de inmediato, por delicadeza, y Lidia se sintió tan, pero tan aprisionada, que tuvo un ataque de pánico.

—¡No puedo, no puedo! —Agitaba los brazos como aspas, y la cabeza como una maza, tanto que Mario tuvo que apartarse por miedo a que le dejara un ojo en compota. Ella interpretó su paso atrás como una renuncia, y debió de intentar salir para atrás. Al no poder hacerlo, su pánico redobló:

—¡Estoy atorada! ¡Ni para atrás ni para adelante!

El crío mientras tanto se ahogaba de tanto llorar.

—¡Hacé algo!

—Calma, calma —decía Mario revolviéndose en el piso, porque la oscuridad y el gasto de energía le habían hecho perder la noción del espacio. Al fin atinó a ponerse de pie. Se apoyó de espaldas contra la pared, con las piernas abiertas una a cada lado del hueco, del que asomaba el torso desesperado de la chica, todo a tientas... No, así no podía hacer fuerza. Las leyes de la palanca se le hurtaban, pero por el mismo movimiento podían entregársele. Se dio vuelta, puso los pies contra la pared, la tomó de la cintura, de los brazos, del cuello, del pelo, cambió de postura, por arriba, por abajo, lo intentó todo, en unos segundos frenéticos, hasta que al fin, con un «plop», ella saltó hacia el lado bueno. Saltaron los dos, volaron unos metros en la tiniebla y cayeron hechos un montón, piernas y brazos entrelazados. Se quedaron así un momento, sin ánimo para moverse, tan atronador era el anticlímax. Ella se desenlazó para ir a tomar en brazos al bebé, cosa que pudo hacer después de tantear un rato en todas direcciones. Mario se quedó sentado en el piso mientras su ritmo cardíaco se normalizaba.

Lo primero que se le ocurrió fue que deberían apostarse en puntos estratégicos a los lados de la puerta, para sorprender a la monja cuando entrara, si es que entraba. No había terminado de pensarlo cuando ya se abría la puerta; hubo una luz repentina, un hilo apenas, que bastó para embeber cada átomo de la celda. En gris oscuro se dibujaron Lidia, en el acto de levantar del suelo al bebé, y él mismo sentado. Y recortada a contraluz la monja, seguramente atónita, con la taza del té fatídico en la mano. Por suerte, Mario renunció a pensar. Ya había saltado, y la atacaba. Un manotazo, de abajo hacia arriba, y la taza y el platillo volaron. La monja empezó a gritar... El té le había empapado la cara, hacia la que se llevó las manos. Mario la tomó por los hombros y la arrojó hacia un costado, al tiempo que llamaba a Lidia:

—¡Vamos! ¡Corré!

La monja caía, y a Mario le pareció ver que su cara, corroída por el té, había desaparecido completamente. Ya estaba en la puerta, haciendo lugar para que saliera Lidia, que se precipitó, pero no sin antes inclinarse a recoger algo del suelo. El grito

de la monja se había desgranado en un zumbido mecánico. Cerró la puerta y le dio una vuelta a la manivela. La tomó a Lidia del brazo y corrieron. Por suerte no había nadie a la vista, pero los pasadizos le parecían distintos, y supo que no sería tan fácil embocar en la salida. Lo único que importaba ahora era encontrar un escondite momentáneo. Se detuvieron al llegar a una pared. A un costado había una sala, al otro un pasillo larguísimo. Le pareció peligroso internarse por él porque quedarían muy expuestos antes de llegar al otro lado, que quién sabe dónde estaba. En cambio el salón... ¿Sería uno de los que había visto antes? Parecía diferente porque los muebles y aparatos estaban cubiertos de plásticos (la llovizna había cesado). Se le ocurrió una idea muy simple: meterse abajo de uno de esos plásticos. Lo hicieron. Se acurrucaron abajo. Era una especie de sillón de dentista, con dos garitas de alambre tejido contra el respaldo, todo recorrido de cables y racimos de aparatos electrónicos. Las garitas eran cilíndricas, tenían aberturas y estaban vacías. Se metieron uno en cada una, y recompusieron los pliegues del plástico que los cubría. El bebé lloriqueaba, pero dejó de hacerlo cuando Lidia le puso el chupete en la boca. Justo a tiempo, porque pasaron tres monjas frente a ellos. Las veían borrosas a través del plástico. Se fueron. Silencio.

—¿Y ahora? —susurró Lidia.

Un gesto canchero de Mario, como diciendo: lo tengo todo pensado. Por supuesto que no lo tenía. Y cuál no fue su sorpresa al ponerse de pie y mirar por sobre el respaldo del sillón: había una monja sentada, haciéndoles compañía bajo el plástico. No una monja en realidad: una cosa monja, a la que le faltaban los dos brazos. Volvió a sentarse, y se inclinó para hablar en un susurro con Lidia a través del alambre tejido:

—¿Qué son esas monjas desarmadas? ¿Robots?

—No sé. Qué sé yo. Cómo quieres que sepa. Me dijeron que son «las monjas que no nacieron».

—¿Y las que no ven? ¿Habrán tomado el té?

—¡No! No son tan idiotas.

Era cierto. Parecía tener que ver más bien con los desplazamientos del tiempo. Los segundos se congelaban, quedaban colgados como caireles, y ellas pasaban... Lo curioso era que el efecto terminara pareciéndose, como una gota de agua a otra, al que produciría el té a mediano o largo plazo. Pero había muchas otras causas que podrían provocar efectos equivalentes, por ejemplo la cortesía, que a veces le hace afectar a uno no ver a otro, o verlo en exceso.

Se le ocurrió algo. Era arriesgado, y por eso prefirió no consultarlo con Lidia, presentárselo como un hecho consumado. Salió de la garita, levantó el plástico para mirar y se volvió a la chica:

—No te muevas. Ya vuelvo.

Corrió en puntas de pie, inclinado, hasta otro aparato, se metió bajo el plástico que lo cubría y trabajó un momento en silencio. Después a otro, a otro más,

exploratorio, y al fin volvió con algo. Empezó a hablar pero oyó voces y se llevó un dedo a los labios. Dos monjas se habían detenido bajo una arcada y hablaban. Les llegaban fragmentos indescifrables de la conversación. No parecía tener nada que ver con ellos. Se fueron.

—Escuchame, Lidia Eva, lo que te voy a proponer puede parecer raro, pero es el único modo de salir de aquí.

—Querés que me disfrace de monja.

—¿Cómo supiste?

—Por esos hábitos. —Le señaló el hato negro que él tenía en brazos.

—Pero ¿y vos? ¿Y el bebé?

—Yo voy a vencer todos mis prejuicios y también me voy a disfrazar de monja. Y el nene... Pensá que es por un momento nada más, hasta salir del atolladero. —Rebuscó en el hato y le mostró una sotanita negra tamaño muñeca, que le había sacado a uno de los *cyborgs* en miniatura.

Lidia no puso objeciones. Se les hizo un poco difícil ponerse las sotanas en el poco espacio que tenían, pero lo lograron. Por supuesto, la indumentaria incluía (eran hábitos enterizos elastizados) la cofia. Cuando se miraron, Lidia no pudo reprimir una sonrisa: Mario, con su cara sonrosada de bebé, sus rasgos dulces, hacía una monjita de película de Disney, casi demasiado linda para ser cierta. Él lo interpretó como un gesto de aliento, y procedió a explicarle el resto del plan, que era muy simple:

—Ahora todo depende de nosotros: salir, caminar, abrimos paso, enfrentar los inconvenientes, buscar la salida. Confío en poder encontrar los pasillos por donde entré. Pero habrá que improvisar y mantener la sangre fría. Quizás haber tomado esas tazas de té nos ayude a no ver el peligro. Yo por mi parte me siento distinto. —Lo pensó un poco—. Creo que la clave está en actuar como si no pasara nada, como si fuera lo más natural del mundo. Vos lo sabrás tanto o más que yo: uno sale de su escondite, y puede tropezarse con cualquier cosa, con lo que menos se imagina, que pueden ser accidentes, coincidencias, locos sueltos, etcétera. ¿Cómo reaccionar? Impasible. No ponerse a la altura de los hechos: si hay un accidente, no accidentarse, si hay un loco, no enloquecerse.

—¿Y si se te aparece Dios?

—No me tomes el pelo.

—¿Vos sos creyente?

—¿La verdad? No.

—¿No creés en nada? ¡En algo hay que creer!

—Soy un anticlerical genético.

Con lo cual dio por terminada la discusión y salieron. La primera prueba tuvieron que enfrentarla casi de inmediato, y salieron airoso. En el otro extremo del salón dos monjas se ocupaban de retirar los plásticos que cubrían los aparatos. Trabajaban mecánicamente, sin alzar la vista, y no los miraron. Ellos enfilaron para el otro lado, pero por allí venía una monja, rengueando aparatosamente. Pasaron a su lado,

callados, sin que ella les prestara la menor atención. Mario sonrió, y le dio una palmadita en el hombro a Lidia:

—¿Viste? Sigamos así.

En el corredor que bordeaba los salones había otra monja, ocupada en un trabajo absorbente: tenía bajo un brazo una cantidad de paraguas negros que iba colgando de a uno en clavos alineados en la pared. Colgaba uno, se quedaba mirándolo un instante, como si rezara, después se santiguaba y pasaba al clavo siguiente. Se deslizaron tras ella sin molestarla. Para la monja cada paraguas era Dios.

Las escenas volvieron a sucederse con precipitación, desafiando el orden normal. Algunas monjas los veían, otras no, en escalas bastante incongruentes. A la larga, Mario empezó a desesperarse, sobre todo porque volvían a los mismos lugares. No era tan fácil salir. Parecían haberse vuelto parte del decorado permanente del laboratorio, como «la familia monja»: papá monja, mamá monja y bebé monja. El laberinto no los llevaba a ninguna parte. Debían buscar otro tipo de salida.

La encontraron mucho antes de lo esperado; pero no lo supieron, justamente, porque era tan distinta. Cuando al fin Mario percibió que se encontraba en un área novedosa, y podía albergar la esperanza de haber acertado con una tangente del circuito de las lloviznas, tuvo todos los motivos para temer que hubieran tomado la dirección errónea. No hacia la salida sino hacia «adentro», quizás hacia la comunicación con los edificios de la superficie. En efecto, esto parecía mucho más antiguo, más estilo catacumba mitraica, en todo caso pre Neurus. Celdas vacías, columnas carcomidas, arbotantes de ladrillo piedra, frescos descascarados. Las monjas habían desaparecido, la penumbra se acentuaba. Había un foquito cada tanto, y fue su sucesión la que siguieron. No, Lidia tampoco reconocía el lugar, pero ella no había reconocido nada. Dijo que la habían bajado en un montacargas de tablones. Por un instante Mario estuvo tentado de dar media vuelta y rehacer todo el camino. Pero justo entonces desembocaron en la más extraña sala de control.

Era un cuarto pequeño y despojado, aunque bien podía ser el corazón de las instalaciones; tenía sólo una mesada con teclados y clavijas, tres sillones, y contra la pared una batería de pantallas chicas todas encendidas y transmitiendo. Formaban un cuadrículado de cuatro metros de ancho por dos de alto, y era tal la cantidad de imágenes centelleando que Mario pensó inmediatamente en la cobertura de un evento de masas; es decir, de la gran misa de difuntos que se realizaba en la capilla. De pronto la misa, de la que se había olvidado, le pareció que explicaba muchas cosas: todas las monjas hábiles debían de seguir allá; era por eso que aquí abajo no habían encontrado más que a las defectuosas y nonatas, dejadas sin vigilancia. Esto fue en él un razonamiento marginal, porque toda su atención se concentró en uno de los sillones, donde había una monja dándoles la espalda. Se volvió urgente hacia Lidia para exigirle silencio; lo más prudente habría sido marcharse en puntas de pie. Pero, pasada la primera sorpresa, esa vigía le pareció tan inmóvil, tan despatarrada, que no pudo creer que estuviera despierta, así que se animó a acercarse a investigar. Si les

causaba problemas, estaba dispuesto a dejarla fuera de combate por la fuerza y atarla y amordazarla con su propia sotana. No fue necesario. Era la monja que le había llevado el té, con la cara corroída hasta los circuitos, inutilizada. Pero él la había dejado encerrada en la celda. Tenía una mano estirada hacia los teclados: una mano con los dedos gastados, hechos muñones... Debía de haber cavado en la piedra, con las manos, hasta evadirse... Un trabajo desesperado, que indicaba una deliberación sobrehumana. O simple paciencia: con esas manitas blandas, ¿cuánto podía haberle llevado hacer un agujero en la piedra? Veinte años, por lo menos, de los suyos. Y después, en cortocircuito, quizás arrastrándose como una oruga, había venido hasta aquí a transmitirles a las monjas reales la noticia del escape de los prisioneros. Las fuerzas le habían alcanzado hasta el sillón, nada más: no parecía que hubiera podido comunicarse. En cuanto a las monjas que se cruzaban en su camino, no había podido comunicárselo porque no disponía de palabras: el lenguaje exige un tiempo orgánico mutuo, que era lo que les faltaba y lo que proveía este sistema de transmisión. Su única posibilidad de dar la alarma estaba aquí.

Lo que significaba que este dispositivo de televisión transmitía en los dos sentidos. Y quizás él podría usarlo también, para pedir ayuda... (El Sueño triunfaba dentro de Mario.) Alzó la vista a las pantallas, y tras un momento de esfuerzo por descifrar la miríada deslumbrante pudo ver que no era una transmisión única: era un acontecimiento masivo, pero en su dispersión. La contigüidad era lo que le daba ese aire de gran festejo. Eran decenas de escenas distintas, tomadas en todo el complejo. Por lo visto las monjas habían sembrado cámaras en todas partes, con fines de control. En cada una de las aulas, en los patios, en la capilla también (el Cardenal Primado estaba levantando el cáliz), en los techos, en los dormitorios de las monjas, hasta en los excusados... Qué guachas. No se les escapaba nada.

—Vení —le dijo a Lidia, que miraba desde la puerta—. Sentate. Quizá podamos hacer algo.

—¿Qué?

—No sé. Por lo menos podemos ver cómo están las cosas.

Se sentaron en los sillones, uno a cada lado de la monja muerta. El espectáculo de las pantallas era absorbente. Tomaba casi todo lo que estaba pasando en la manzana, en sus distintos niveles. El propósito de ver «cómo estaban las cosas» se veía amenazado por el exceso: eran demasiadas cosas, cada una sucediendo en su lugar, y se habría necesitado una mente sobrehumana para sacar alguna conclusión de la repentina contigüidad de todas ellas. Podía ser muy útil, y seguramente lo era, pero daba que pensar que se hubieran tomado el trabajo de montar un sistema tan exhaustivo y lo dejaran sin nadie para operarlo. Quizá no lo dejaban nunca... salvo hoy. Estaba la posibilidad de que ésta fuera la primera vez que los sillones quedaban vacíos. Mario había venido postergando considerar esta cuestión, pero todo el tiempo, desde el principio, había sentido que este día las monjas se jugaban una carta importante, de la que podía depender todo su destino. Le preguntó a Lidia.

—No sé nada —respondió ella—. Las conozco hace muy poco. Anteayer vine a preguntar si no me podían dar alguna ayuda. Me dijeron: «volvé mañana». Ayer vine, y hubo una cantidad de malentendidos... Al parecer hay un bando de monjas rebeldes, que quieren tener hijos, y actúan a escondidas de las que responden a la Superiora. Cuando al fin pude salir, me prometí no volver más, pero anoche una señora amable me dijo que viniera, que ella iba a hablar con la Superiora para que me dieran un trabajo...

—Ya sé quién es: una loca que no sabe lo que dice.

—En fin. El resto ya lo sabés. Vine, y me tiraron de cabeza en el calabozo.

Hablaban sin sacar la vista de las pantallas. Veían aulas y más aulas llenas de alumnas de todas las edades, siempre solas (debían de haberles dado hora libre, mientras duraba la misa); patios; salones; cocinas; baños; dormitorios; copas de árboles; el cielo azul; en una, increíblemente, una marea de conejos vivos cubriendo una casa... Eso había sucedido en Australia, era historia; debía de ser un documental, nada que ver. La calle, vista desde muy arriba: ésa tenía que ser una cámara puesta en la cruz del techo de la capilla.

—Mirá —exclamó de pronto Lidia—. ¿No es tu papá?

—¿Qué? ¿Adónde?

Ella le señalaba una pantalla con el dedo, pese a lo cual a él le costó encontrarla. Ahí estaba. Sí, era Natalio, sentado en una silla en un cuarto vacío. La típica perspectiva alta, la cámara en un rincón a la altura del techo. Pero era imposible, de todo punto de vista imposible. En un movimiento reflejo Mario miró su reloj pulsera: las diez menos cuarto. A esa hora Natalio estaba en el kiosco, tomando el desayuno, ya no habría querido esperarlo más. ¿Qué podía significar esta imagen incongruente de su persona en una habitación, y sentado, dos características que iban tan mal con la actividad del diariero? Era él, de eso estaba seguro. Ni siquiera podía tratarse de un *cyborg*, o de un maniquí replicante, porque este Natalio lucía su reciente corte de pelo, y ningún ingeniero podía haberlo fabricado en una hora (sin contar con que Neurus al parecer se había retirado del negocio hacía años, quizá décadas).

Mirando con más atención (no podía evitar la escalada de atención, paralela a la que se producía en la velocidad de su pensamiento), notó que no estaba simplemente sentado: estaba atado a la silla y amordazado. Hizo una recapitulación somera de los datos de que disponía. Ese cuarto no podía pertenecer sino a la casa «de pasillo» de la calle Bilbao, donde Natalio había ido a preguntar por Togliazzi. Tenía todo el aire de serlo. Que las monjas tuvieran instalada una cámara en un departamento de esa casa confirmaba el viejo rumor de que tenían propiedades en el barrio, no declaradas. Más que eso: estaban implicadas en las maniobras financieras que habían salido a luz la noche anterior con la resonante huida del cajero. Lo que explicaba que hoy estuvieran tan nerviosas, tan en emergencia. Y también la intrigante advertencia de la monja «china» sobre la seguridad personal de don Martín.

Lidia y Mario (el bebé estaba dormido) miraban absortos la pantalla donde

Natalio lucía como un bibelot atado, hombre silla. De pronto lo vieron abrir los ojos como loco y agitarse dentro de sus ligaduras. Por el ángulo superior derecho de la pantalla entraba una figura, como un ángel descolgándose del techo. Pero lejos de flotar en el aire aparecía trabajosamente, primero una pierna, después un brazo, la nuca... se introducía por una claraboya, hasta quedar colgado, y de un salto aterrizar: no era un ángel, era...

—¡Tito! —dijeron los dos a la vez.

—¿Lo conocés? —preguntó Mario.

—¿Y cómo no lo voy a conocer? Es tan simpático...

No le hizo caso. Empezaba a entender: Tito descolgándose de los techos de la casa «de pasillo»: ¿no era lo que había visto Horacio? Se concentró en la acción manifiesta en la pantalla. Natalio, con la boca cubierta por una mordaza, se expresaba con los ojos y la cabeza: señalaba en dirección de la puerta, detrás de la cual debían de estar los que lo habían atado. Tito levantó una mano como diciendo: «No se preocupe, Natalio, sé a qué atenerme». Acto seguido, lo desataba, lo ayudaba a ponerse de pie. Sin la mordaza, Natalio quería hablar, pero Tito se llevaba un dedo a los labios. Le señalaba la claraboya; quería decir: «Saldremos por ahí». Mario sonrió, pese a lo dramático de la circunstancia, sabiendo lo duro que era su padre para la acrobacia básica.

La sonrisa, que había sido involuntaria, lo ayudó a comprender algo. Si él en el fondo no se tomaba en serio estos pequeños dramas televisivos, era porque no estaban pasando: ya habían pasado. Su padre estaba a salvo en el kiosco, tomando su café con leche con medialunas, y contándole la aventura a Alfredo, mientras que Tito ya había partido rumbo a su segundo empleo. Era como el fútbol, como todos sabían que era el fútbol: transmisión en diferido.

Siempre era diferido; lo había notado en diversas circunstancias, y además el Sueño se lo había dicho con toda claridad (pero él había tardado en advertirlo). El Sueño había sido una suerte de demostración práctica privada, de efecto demasiado deslumbrante para apreciarlo de inmediato. Porque en la máxima contigüidad íntima del soñador también las imágenes viajaban en diferido. El lapso era variable, caprichoso como el clima. Tratándose de los diarieros, quedaba encerrado en los límites de la mañana, del amanecer al mediodía. Dentro de esos extremos, todo era posible. La única restricción era el verosímil, tan elástico por lo demás. En este caso, una larga experiencia le indicaba a Mario que no era verosímil que su padre postergara más allá de las diez menos cuarto su desayuno, ni siquiera por causas de fuerza mayor. De modo que esta escena en la casa «de pasillo» no correspondía al reloj, a su reloj por lo menos.

Ahora Natalio y Tito estaban hablando, pero no se oía nada. Echó una mirada a las demás pantallas. ¡Cuántas cosas estaban pasando! Y seguramente todas tenían su importancia, de todas podría sacar alguna enseñanza o indicación útil para este predicamento en el que se encontraba. ¿No era injusto concentrarse en una, sólo

porque en ella participaba su padre? Sea como sea, todas eran mudas. Pero al mismo tiempo ambiguas: podían ser mudas no porque carecieran de sonido sino porque nadie hablaba. Recordó el dicho: «callado como en misa». Era una misa justamente, o eran aulas de escuela, o claustros de monjas, o espacios desiertos. «No se oía volar una mosca.» Pero su padre y Tito estaban hablando... Volvió a mirarlos. ¿O estarían formando palabras sin sonido, leyéndose los labios? No les conocía esa habilidad a ninguno de los dos, pero bien podían haberla descubierto en el instante de peligro.

Alguna de las perillas que había en la consola debía de ser la del sonido... Había centenares; justo frente a él tenía un pequeño visor. Había notado que las pantallas estaban numeradas. Probó de escribir el número de la de Natalio en el teclado. La cifra apareció en el visor (era «treinta y cuatro»). Y un punto de luz roja se encendió en la pantalla. Podía moverlo con un mouse. Quiso hacer un experimento; eligió una pantalla inofensiva: la setenta y cinco, que mostraba el cielo sobre la capilla. «Apresó» con el cursor un pajarito que pasaba y apretó el botón TRANS, que supuso que significaba «transferencia». El pájaro apareció en la pantalla treinta y cuatro, revoloteando sobre las cabezas de Natalio y Tito. Como en su pantalla original estaba visto de muy lejos, en ésta se manifestó demasiado pequeño, como una abeja. No obstante lo cual, Natalio y Tito lo vieron; interrumpieron su conversación muda para mirarlo con alarmada extrañeza y lo espantaron moviendo los brazos hasta que el pajarito se escabulló por la claraboya.

Eso los decidió a escaparse sin más trámite. Tito le hizo estribo con las dos manos a Natalio, que inició unas maniobras sumamente torpes. Mario calculó que eso iba a durar bastante, así que buscó en las pantallas algo que le sirviera para enviarles un mensaje, algo más consistente y fácil de interpretar que el pajarito miniaturizado.

Pero los hechos no le dieron tiempo. De pronto Tito se volvía con cara de susto, entreabría los dedos del «estribo» y Natalio se desplomaba. Habían entrado dos gánsters de sobretodo, y al ver a su prisionero desatado, y acompañado, sacaban sendas pistolas. Parecía como si fueran a ametrallarlos ahí mismo. Mario actuó con precipitación. Escribió el doce, la pantalla que tenía el altar de la iglesia, capturó con el mouse la estatua monumental de la Virgen y le dio un puñetazo al botón de transferencia. Los disparos ya partían de los caños de las pistolas... Pero las balas se incrustaron en la Virgen que se había interpuesto. Eso tenía todas las trazas de un milagro, y los gánsters cayeron de rodillas. No había que desperdiciar la oportunidad. Mario había visto con el rabillo del ojo lo que necesitaba, y ya estaba poniéndolo en práctica: la gran escalera de mármol del recibo del monasterio (pantalla cuarenta), ¡allí fue! El cuartito había quedado atestado, con la enorme Virgen de cuatro metros de alto y ahora la escalinata de mármol. Pero Natalio y Tito reaccionaron sin vacilar: subieron los escalones de a dos y se escabulleron por la claraboya.

Lidia aplaudió, muerta de risa, y Mario suspiró aliviado: ya no tenía que preocuparse por ellos. De inmediato pensó que no era tan así: los pistoleros podían

subir por la misma escalera... Pero había un modo más simple de librarse de ellos (no entendía por qué no se le había ocurrido antes): transferirlos a otra pantalla, por ejemplo a la copa de un árbol. No fue necesario, porque habían retrocedido, rumbo a la habitación contigua. Volvió a verlos casi de inmediato, en otra pantalla: ahora eran cuatro, y corrían por un pasillo arrastrando una silla de ruedas... Pasaron como una exhalación, lo que le impidió a Mario hacer nada con sus imágenes, pero pudo notar dos detalles: uno era que bajo los ruedos de los sobretodos asomaban hábitos negros, y otro que en la silla de ruedas llevaban a un hombre atado y amordazado. Y lo reconoció: era don José. Quién sabe qué se traían entre manos. Ya lo averiguaría: algo le decía que venían, por pasadizos subterráneos, hacia aquí; de modo que volvería a verlos muy pronto.

—¿Viste eso? —le dijo a Lidia.

—¡Sí! ¡Mi abuelo...! ¿Qué le están haciendo?

—¿Tu abuelo? ¿Don José es tu abuelo?

—Sí, José Togliazzi.

Mario se quedó boquiabierto. Que don José fuera el famoso Togliazzi era asombroso... Pero que además fuera el abuelo de Lidia, lo superaba. En fin, ese punto se aclararía a su debido tiempo. Ahora tenía cosas más urgentes que hacer; y lo bueno era que podía hacerlas: ya que tenía en sus manos este prodigioso juguete, podía usarlo para crear una diversión que les permitiera escapar.

En las pantallas que transmitían la misa había un tumulto de proporciones. La desaparición de la formidable «imagen» que presidía el altar era un accidente no previsto por ninguna teología. El Cardenal estaba como idiota, la masa de fieles se sacudía en un éxtasis lleno de dudas. Mario tenía frente a él unas veinte pantallas con escenas de la capilla. El efecto de la arquitectura era más marcado en la transmisión televisiva que al natural. El famoso «efecto intestinal Panzoust» lucía todas sus insólitas maravillas como nunca las había lucido ante nadie. Y no era correcto decir que lo hacía en vano, ante una pareja de jóvenes de pueblo, bárbaros y distraídos. Porque todo estilo artístico «rige» una tecnología futurista, y Mario, al azar de la aventura, había descubierto la que correspondía exactamente al arte de Panzoust. Esos tubos dorados retorciéndose en el éter litúrgico sugerían un continuo que lo unía todo, aun lo separado por abismos infranqueables de tiempo, espacio o pensamiento. Pero entre la sugerencia y la consumación corría otro blanco, un hiperabismo, que sólo colmaba la acción. El arte del arquitecto muerto se hacía real en una pura transferencia líquida de imágenes. El «arte» de Togliazzi venía a confluír en este estadio: transferencia de fondos, haciendo pendant con la de formas. De mendiga virtual adolescente madre, Lidia pasaba a ser la heredera de una fuente fiduciaria insondable: un motivo extra que podían haber tenido las monjas para secuestrarla.

Pues bien, había que salir y convenía darse prisa. No podrían viajar materialmente a la velocidad de las imágenes, pero el sistema Panzoust en el que se hallaban era un sistema general de imágenes. El flujo no estaba en el tiempo, no obedecía a sus leyes,

sino que abrazaba por entero al tiempo, lo envolvía como el aire a un cuerpo.

—Mira esto —le dijo Lidia señalando un sector de pantallas que estaba de su lado, en el ángulo inferior. Eran escenas del área de laboratorios, donde habían estado un rato antes. Iban de la ochenta a la cien—. Puede ser el camino de salida —siguió la chica—; parece haber una secuencia. —Señalaba con el dedo las últimas pantallas, y Mario debió reconocer que tenía razón. El mismo reconocía los sitios por los que había pasado: corredores de cemento vacíos, el gallinero, una escalera en penumbras, otra en total oscuridad (pero tomada por una cámara con dispositivo infrarrojo), y después vistas del jardín, las únicas móviles, seguramente provenientes de una cámara colocada en la cabeza del Monjatrón.

Sí, era la salida. Pero no podían confiar en que el orden fuera el del tránsito, y además no podrían memorizarlas todas... Aunque sí podía colocar en cada una alguna marca, transfiriendo imágenes, que servirían como las miguitas de los niños perdidos en el bosque.

Buscó de un vistazo cómo hacerlo. Su mirada se detuvo en los angelotes de estuco que decoraban la capilla y se decidió por ellos porque había muchísimos: todos rosados, regordetes, con boquitas carnosas y rizos rubios: el bebé ideal, hasta con el par de alitas en los omóplatos. Los colocaría en puntos estratégicos indicando el camino de salida. Marcó un número, capturó un ángel con el mouse, después marcó el número de la primera pantalla de los laboratorios y dejó vagar el cursor por las paredes buscando un sitio donde «pegarlo». ¿Pero se pegarían? ¿O caerían al piso? Esos ambientes hormigueaban de monjas nonatas, y si bien estaba la posibilidad de que no vieran aparecer a los ángeles, o los vieran y no los tocaran, respetuosas por un resto de humanidad replicante en sus circuitos, también era posible, tan imprevisibles eran, que se los pusieran bajo el brazo y corrieran enloquecidas con ellos en cualquier dirección, como jugadores de *rugby*. No. Para hacerlo bien debía ponerlos fuera de su alcance... Se le ocurrió algo que a primera vista parecía una broma siniestra, pero tenía un matiz de justicia poética, además de ser lo más seguro: los pondría dentro de ellas, como fetos. Maniobró el cursor hasta hacerlo parpadear sobre el vientre de la monja más a mano, una que seguía en la tarea de sacar los cobertores de plástico que cubrían los aparatos y allí fue el ángel. ¡Flop! La panza de la monja se hinchó como la de una embarazada de ocho meses. Lidia soltó la risa. Mario se lucía, como un virtuoso del humor. Mucho de lo que hacía, él mismo se daba cuenta, lo estaba haciendo para lucirse ante ella. Otro ángel. Otro. Otro más. Treinta...

—Ya está. Hay que seguir esa línea. Vamos.

Pero no bien habían salido al pasillo, vieron avanzar hacia ellos a paso arrollador al pequeño escuadrón de monjas gángster. Ellas también los vieron y desenfundaron las pistolas. Mario tomó a su amiga del brazo y echaron a correr en dirección contraria. ¡Bang, bang, zzzzz, zzzzz! Las balas pasaban zumbando sobre sus cabezas como si fueran atornillando el aire, rebotaban en las paredes de piedra (¡poing-g-g!) y

caían a sus pies. Aceleraban más y más, chupados por los pasadizos cada vez más angostos, más oscuros, más vertiginosos. Lidia volvía la cabeza y gritaba:

—¡Abuelo!

Y, entre los tiros, les llegaba la voz vieja y desesperada de don José:

—¡Lidia! ¡Lidita!

Tenía una resonancia casi de reproche, como diciendo «¿vos también?». A Lidia la angustiaba, y si Mario no la hubiera jalado se habría detenido para esperar a su abuelo y explicarle por qué estaba ahí. Al mismo Mario le resultaba inexplicable ese tono plañidero, y, sin volverse, gritó:

—¡Don José! ¡Soy Mario, el diariero!

La voz del viejo allá atrás, bamboleándose en la silla de ruedas:

—¿Mario? ¿Mario?

Ahí Mario entendió. El tonito quería decir: «¿vos también, Mario, te hiciste monja?». Lo que extraviaba el cerebro del anciano era que llevaban indumentarias de monja, de lo que ellos se habían olvidado, tan naturales y prácticas les resultaban para correr. Así que Mario gritó:

—¡Estamos disfrazados!

—¡Ah!

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Una curva, otra, ¡una escalera! Subieron tropezando con el ruedo de las sotanas. La escalera era larguísima y empinada. Sus perseguidoras llegaron al pie y descargaron las pistolas en una andanada nutrida, pero ellos ya estaban arriba y corrían por un salón oscuro con piso de mármol. Subir con la silla de ruedas les llevaría tanto tiempo que los perderían. El problema era que se habían metido en la boca del lobo. Calculando grosso modo la extensión recorrida, Mario supuso que debían de estar a la altura de la capilla. Si lograban entrar en ella, y confundirse con la muchedumbre, que debía de seguir atónita por la desaparición de la Virgen, podrían salir a la calle.

A todo esto, habían llegado al extremo del salón, y se detuvieron, acezantes. Había varias puertas. Lo urgente era salir de aquí, porque en cualquier momento asomarían sus perseguidoras por el hueco de la escalera. Mario probó la puerta más cercana, la abrió unos centímetros, oyó, y se volvió hacia Lidia para decirle que lo siguiera sin hacer ruido. En ese momento, antes de llegar a verla, una premonición fatal (mezcla de premonición y *déjà-vu*) le estrujó el pecho: ¡se habían olvidado el bebé! Se lo explicó todo a sí mismo en uno de esos fognazos de intuición que suceden en las grandes emergencias: Lidia lo había puesto a dormir en el regazo de la monja inutilizada, y en el momento de levantarse, la cabeza llena de las maniobras vistas en las pantallas, no se había acordado de recogerlo.

—¡El bebé! ¡Nos olvi...!

Pero no: Lidia lo tenía en brazos. Apartó la punta de la mantita y se lo mostró, dormido a pesar de todas las sacudidas, la carota redonda muy relajada, el círculo rojo del chupete sacudiéndose en la succión del sueño.

—¡Uf! Creí...

—¿Pero cómo me iba a olvidar? ¿Me tomás por idiota?

El alma humana es tan rara que Mario pensó: qué lástima. Dentro de su inmenso alivio... lo lamentaba. Porque volver atrás, una vez que las monjas con las pistolas hubieran pasado de largo, habría sido una buena excusa, muy verosímil, para probar la solución original de salir por donde había entrado. Pero por lo visto algún hado lo condenaba a la «huida hacia delante».

Estaban en un vestidor de sacristía. Empezaron a oír coros litúrgicos; por lo visto la capilla debía de estar al otro lado de alguna pared. Mario se lo explicó someramente a Lidia, y se sentía tan envalentonado que estuvo a punto de cometer un error fatal. Por suerte unas voces lo alarmaron, y se congeló. Si no, habría irrumpido, con Lidia a la zaga, en medio de la escena más asombrosa, tan horriblemente secreta que no podía concebirse que sus protagonistas consintieran en dejar con vida a ningún testigo. La espieron por la puerta entreabierta.

En un saloncito saturado de incienso, y en un clima de nerviosidad extrema, varias monjas estaban vistiendo a una novia. Se les hacía difícil por el volumen del vestido: decenas y decenas de metros de tules y rasos del blanco más blanco, y en formas tan intrincadas que a primera vista parecía imposible ponerlas en orden. Era un vestido muy «armado», muy arquitectónico, con grandes sectores inflados, como neumáticos de tractores incrustándose unos en otros en roscas espiraladas, y compartimentos traslúcidos, cuernos de satín erguidos, submiriñaques de tipo «copa volcada», alerones móviles, aletas axiales y «turbinas» laterales provistas de simulacros de humo en plumetí corrugado. El ultracándido sin variaciones confundía la vista y hacía doblemente ardua la puesta en su lugar de las partes. El momento era el culminante: las monjas vestidoras lo acababan de arriar, centrado, sobre el cuerpo de la novia, y se afanaban como demonios trasladando masas de tela de un lado al otro, corriendo, zambulléndose, girando como derviches, hasta metiéndose enteras debajo de un faldón para reaparecer, semiasfixiadas, del otro lado... Se apuraban tanto como si sólo dispusieran de unos segundos para darle al conjunto su forma determinada, antes de que se endureciera en un desastre amorfo. Claro está, el apuro no hacía más que crear confusión; y eran demasiadas, y estaban demasiado nerviosas para actuar con coordinación. Se gritaban toda clase de órdenes absurdas, con voces atipladas por la histeria, en las que se mezclaban peligrosamente el llanto de angustia y la carcajada irracional. Era una pajarera; cuervos locos revolcándose en una pirámide de nieve. Y la novia no ayudaba, muy por el contrario, porque se movía en todas direcciones y era la que más gritaba.

Esa voz, aun en medio de la batahola, era inconfundible. Y la cabeza, todo boca abierta al máximo, también. Era Lilí, la vieja bruja, el marimacho novia. ¡Es cierto! ¡Lilí se casaba hoy! Y aquí estaba... ¿Pero con quién? Mario recordó el pasacalle que había visto: «Lilí y José»... Vio en la imaginación al pobre viejo atado en la silla de ruedas... ¡Las acólitas traían al novio como un bólido! Entonces ese «José», y don

José, y José Togliazzi, eran los tres la misma persona. ¿Pero por qué Lilí? ¿Sería ella también un instrumento de las monjas? Si tal era el caso, deberían haberla lobotomizado a té, como habían intentado hacer con Lidia, y con él. Aunque la vieja lucía vivaz, demasiado vivaz. Les gritaba órdenes e injurias de lo más salvajes a las monjas que la vestían, ¡y ellas obedecían, en la medida de lo posible, temblaban, le temían, la apaciguaban con un respeto increíble! De pronto Lilí resbaló, enredada en algún kilómetro de valencianas, y la estructura colapsó. Volvió a ponerse de pie echando manotazos y gritando a todo pulmón:

—¡La reputísima madre que lo parió carajo! ¡No ven lo que hacen, pelotudas!

Y ellas recomponían las geometrías vaporosas resollando:

—Sí Reverendísima, ya está Reverendísima, un momentito Reverendísima...

La revelación estaba a la altura de las circunstancias: Lilí era la madre Elena, la Superiora de la Misericordia. Por eso nadie la veía nunca: porque cualquiera podía verla todos los días en la calle, arrastrando las chancletas, desgñada y sucia, con un lampazo y un balde, el pucho en los labios... Durante años había estado llevando una doble vida, seguramente desde el *affaire* Togliazzi, preparando su golpe maestro.

Mario retrocedió de la puerta, llevando a Lidia. Le dijo en voz baja:

—La bruja está preparando su boda con tu abuelo. Debemos impedirlo a cualquier costo.

Oyeron pasos y el rechinar de una silla de ruedas acercándose. Se metieron en lo que parecía un confesionario en desuso y cerraron la puerta. Por las hendidjas vieron a la comitiva precipitarse en el vestidor de la novia. No bien desaparecieron, ellos salieron y volvieron al salón grande. Mario recordaba que había otras puertas en él, y quería probarlas.

—Lo que no entiendo —iba diciendo— es cómo vos podes haber caído en tal grado de pobreza como para dormir en el Refugio, teniendo un abuelo millonario.

(Tampoco debería haber entendido cómo el supuesto millonario había estado trabajando de sereno en la fábrica Divanlito; pero eso podía entrar en el juego de simulacros y dobles personalidades que daba la tónica a todo el asunto.)

—¿Qué decís? —protestó Lidia—. Mi abuelo es pobre, y yo lo perdí de vista hace años.

—¿No sabías que vive aquí a la vuelta?

—¡Por supuesto que no! Si lo hubiera encontrado, él me habría dado alojamiento. Es mi único pariente vivo, y sé que me adora. Yo me dedicaba a buscarlo.

De modo que era una coincidencia, quizá la única.

Ya estaban frente a otra de las puertas. La abrió unos milímetros, y un espeso tufo de incienso le indicó que daba directamente a la capilla. Se metieron, sin pensarlo más: en la confusión nadie se fijaría en ellos. Se encontraron en una capilla lateral, tan asfixiados y cegados por el humo que tardaron un momento en hacerse una composición de lugar. Estaban al frente, con el altar a la izquierda. El órgano aullaba, pero el coro guardaba silencio. La multitud seguía hablando, llorando, rezando, y se

veía tan compacta que a Mario lo desmayó la perspectiva de tener que cruzarla entera para llegar a la puerta de calle. Además habría que esquivar a las monjas que se veían deambulando entre la grey. Empezaron a deslizarse por entre las columnas, pegados a la pared. El crío de Lidia se largó a llorar, lo que pasó inadvertido en el tumulto (había otros muchos bebés llorando).

Cuando llegaron adonde la gente empezaba a estar más apretada tuvieron que detenerse. Mario se volvió para mirar el altar, y cuál no sería su sorpresa al ver que seguía presidiéndolo la gran estatua de la Virgen. ¿Habría vuelto? ¿El efecto de las transferencias sería pasajero? ¿Habría sido todo una ilusión? Había una tercera posibilidad: que todavía no hubiera desaparecido. Ya había tenido indicios de desplazamientos del tiempo, y aquí podía estar en presencia de uno más. O más bien, iba a estarlo. Eso explicaba que la misa prosiguiera: en una realidad continua no había misas tan largas. Alzó la vista a los techos en busca de una prueba complementaria, y en efecto los angelotes también seguían ahí, esperando su transferencia.

De pronto desembocó ante ellos, quién si no la monja «china», todavía con la bandeja vacía en la mano. Ahora ya no le quedaban dudas a Mario: desde su visita anterior debían de haber pasado apenas unos pocos minutos del tiempo de la iglesia.

—¿Todavía sigue aquí? —le dijo ella muy sorprendida—. ¿Y qué hace disfrazado de monja?

—Sería largo de explicar, hermana —le gritó. Señaló a Lidia—. Ya rescaté a mi amiga. —Se volvió a Lidia y le gritó al oído—: Ella está de nuestra parte.

La monja:

—¿Pero cómo hizo? ¿Cómo se metió?

Era realmente largo de explicar, y complicado, y resultaba demasiado incómodo hablar a los gritos. Mario se planteó qué hacer. Hizo un cuadro de prioridades. Lo primero era impedir la boda y rescatar a don José. No podía hacerlo solo, pero nadie le impedía ir a buscar ayuda. Lo decidió en un segundo.

—¿Te animás a quedarte aquí mientras voy a buscar refuerzos? —le dijo a Lidia. Ella no lo escuchó. Se había sentado en la punta de un banco, y bajo la mirada extrañada de los que la rodeaban había cortado la tela negra de la sotana a la altura del pecho, había sacado una teta y estaba amamantando al bebé. Alzó la vista y le gritó:

—Ya le tocaba.

Mario no pudo reprimir una sonrisa: un bebé monja mamando del seno de su mamá monja, era un espectáculo que no se veía todos los días. ¿Pero de dónde había sacado la tijerita (que conservaba enganchada en el pulgar y el índice, tanto había sido el apuro del chico) para hacer un limpio corte en medialuna sobre la pechera de la sotana? Del bolsito de tela que llevaba al hombro, y que había llevado todo el tiempo. Ahí cargaba el total de sus pertenencias en la Tierra; era su casa y su ajuar.

—Esperame aquí sin moverte —le gritó. Y a la monja «china», al tiempo que le

arrebatada la bandeja—: La dejo en sus manos. No se separe de ella pase lo que pase. Vuelvo lo antes posible.

Sin esperar respuesta se lanzó por lo más denso del gentío, con la bandeja por delante; le ponían en ella copitas vacías, y más o menos le abrían paso, pero su avance era muy lento. La voz de los curas concelebrantes salía amplificada por los parlantes. Cuando iba por la mitad de la nave, tomó la palabra una monja locutora de voz oficial, y Mario captó tramos sueltos de sus anuncios, aunque no prestaba atención:

—... están presentes los señores miembros de la Comisión Honoraria del Patrimonio Histórico Mundial de la UNESCO, que procederán a la entrega de los documentos que acreditan la incorporación de nuestra querida capilla a la lista de Monumentos Protegidos por el Alto Patronato con sede en Ginebra. La obra del insigne arquitecto Charles de Panzoust recibe con ello el reconocimiento...

Seguía, monótona y aburrida. ¡Qué sorpresa se llevarían con las desapariciones! Eso le dio más ánimo para avanzar. Una monja hostil se le cruzó, abriéndose paso entre la gente en dirección contraria. Intentó detenerlo, pero él le estampó la bandeja, con vasitos y todo, en la cara, y echó a correr, sin importarle si pisoteaba a viudas o huérfanos, total todo el descrédito caería sobre las monjas gracias a su disfraz. Sentía un maravilloso alivio de no tener que pedir permiso, de atropellar sin contemplaciones, brutal, bestia. Ése debía de ser el placer de ser un criminal, o una monja.

En un abrir y cerrar de ojos estaba en la puerta. Bajó de un salto los cinco escalones del atrio, y aspiró a fondo el aire de la mañana. Era inevitable que ahora la mañana le pareciera más perfecta que antes; se sentía un Rip van Winkle del instante, saliendo, como el preso de los chistes sale del túnel, a la otra cara del mundo. El cielo hería de tan azul. El Sueño volvía, echando chispas de sol al girar contra el aire. Se sintió eficaz. Echó a caminar a pasos largos rumbo al kiosco. Los empleados de pompas fúnebres, que seguían fumando contra la verja, repitieron sus miradas irónicas, ahora quizá más justificadas. No le importó en lo más mínimo. Si había aprendido algo de su viaje por las profundidades de la Misericordia era que todo podía servir, a todo se le podía encontrar algún sentido, aun a algo que parecía tan inútil y fugaz como una mirada burlona. Caminó esos cien metros absorto en sus pensamientos. Nunca había tenido tanto que pensar como ahora: simplemente lo tenía todo. Si todo podía ser útil, todo podía entrar en una frase del pensamiento. (La frase modelo, ya definitiva, seguía siendo: «Soñé que Racing salía campeón».) Claro que resultaba un poco demasiado amplio para planificar las realidades precisas de la acción. Mejor así: abría el camino a la improvisación.

Natalio estaba tomando el desayuno... ¡con Tito! Primera vez en la historia que pasaba, y aunque era comprensible que lo hubiera invitado, después de haber arriesgado la vida por él, Mario no pudo evitar un furtivo aguijonazo de celos.

—¿Adónde te habías metido? —le preguntó su padre con la boca llena de

medialuna, sin mirarlo.

Alfredo seguía atendiendo a la clientela, y como antes, don Martín, Frías y Horacio seguían en semicírculo. Todos lo miraron.

—¿Fueron a la policía? —preguntó Mario.

No le respondieron, porque seguían mirándolo boquiabiertos. Era por el disfraz de monja.

—¡Uy! ¡Cierto! No me acordaba...

—¿Llegó el carnaval? —dijo una señora que estaba comprando el diario.

Se metió en el kiosco y se sacó el hábito por arriba.

—Tuve que hacerlo para...

Alfredo había empezado con sus bromas:

—¡Está dura la calle! ¡Lo que hay que hacer para pagar las expensas! ¿Eh, Mario? Ja ja...

Sin hacerle caso, se volvió hacia su padre y Tito:

—¿Qué les pareció esa Virgen barrera que les mandé?

—¿Eh? ¿Cómo sabés?

—Había una cámara de televisión escondida. Los estuve viendo.

—¿Vio, don Natalio? —dijo Tito—. ¿Qué le dije?

—¿En serio era una cámara sorpresa de Tinelli? —preguntó Natalio.

—Algo así. Pero la manejan las monjas. Yo estuve ahí adentro.

—Escuchá, Mario —intervino Frías—. Tu padre nos estuvo contando algo sorprendente. Al parecer han secuestrado a don José...

—Ya sé —dijo Mario—. Por eso vine.

En ese momento Alfredo, siempre inoportuno como un niño, se dio una palmada en la frente y exclamó:

—¡Antes que me olvide! Alguien se olvidó un paquete —lo señaló—. Hace un rato, cuando estaba solo, lo descubrí, y Damián me dijo que se lo había visto bajo el brazo a don José. Hay que devolvérselo.

—¿Pero cómo? —dijo Frías—. ¿Era un paquete lo que se olvidó? ¿No me habías dicho que era un reloj de oro? —le preguntó a Tito. Como ese asunto del olvido había sido una excusa, Tito se quedó cortado, y los miró alternativamente a Natalio y a Mario.

Haciendo gala de una inteligencia que en realidad nadie le reconocía, Bambú, el pequinés de Alfredo, eligió ese momento para tirar con los dientes de una correa de cuero que asomaba entre dos revistas, y se quedó con un reloj colgando del hocico.

—¡Ése es! —dijo Frías tomándolo—. Esto fue lo que me hizo sospechar.

Natalio, Tito y Mario se miraron: qué extraño, las mentiras se hacían realidad, y por partida doble; don José se había dejado olvidado un reloj y un paquete.

—Don José es José Togliazzi —dijo Mario.

—Era lo que sospechábamos.

—Y eso no es nada: Lilí, la vieja loca, es Elena, la Madre Superiora de la

Misericordia.

—Eso ya lo sabía —dijo Frías—. Hace años que don José estaba siendo acosado por ella, y me lo había confesado. —Blandió el reloj—. Pero la mujer había cometido un error garrafal en su personificación, que nunca corrigió: no se sacaba este reloj, que es demasiado caro para una vieja sirvienta. El reloj era la única esperanza de don José de que ustedes advirtieran que ella no era quien decía ser. Me lo comentó muchas veces. Él no podía delatarla, porque ella lo tenía en sus manos (yo creía que era por alguna historia familiar, pero debía de ser, ahora lo comprendo, porque era Togliazzi), pero confiaba en que ustedes advirtieran el detalle. ¡Cómo es posible que no lo hayan notado! ¡Es increíble lo poco observadora que es la gente! Y ella venía todos los días a ver los números de la quiniela, con un Patek Phillippe de oro grande como un plato... Hay que prestar más atención. —Sin dejarlos protestar, siguió—: Por eso cuando el chico fue a decirme que don José se había dejado olvidado un reloj de oro, comprendí que había tomado una decisión desesperada. Se lo habrá robado, seguramente cuando ella fue a anunciarle que hoy se casarían, y lo dejó aquí como una pista. Debía de tener el plan de huir, pero las muy malditas lo estaban esperando en su casa.

—Su casa la tenían vigilada con cámaras de televisión, y han hecho un pasadizo subterráneo que la comunica con la Misericordia. Y ahora...

—Un momento —interrumpió don Martín—. ¿Y el paquete?

—Aquí está —dijo Alfredo alzándolo. Estaba envuelto en papel madera, era del tamaño de una caja de zapatos grande.

—¿Lo abrimos?

—Hay que devolvérselo.

—Abrámoslo —dijo Frías—. Puede contener un mensaje.

Lo abrieron. Contenía fajos apretados de billetes de cien dólares. Don Martín calculó que serían doscientos mil dólares.

—Doscientos cuarenta mil —dijo Natalio recordando la noticia que habían comentado a primera hora.

—El botín del cajero.

—Quizá temía que lo mataran.

—¡No hay tiempo que perder! —exclamó Mario—. La Superiora está preparando la boda en este mismo instante, en la capilla del colegio. Vine a buscarlos para que me ayuden a rescatar a don José.

—¡Vamos!

—¡Vamos!

—¡Vamos!

—¿Y quién se queda atendiendo el kiosco?

—¡Yo me quedo! —dijo Alfredo alegremente—. ¡Vayan tranquilos!

—¡Qué haríamos sin vos, Alfredo!

Horacio le estaba contando su versión de los hechos a su colega Damián, que

había cruzado a curiosear. Mario pensó que pronto todo se habría difundido por el barrio, fantásticamente deformado y por ello tanto más creíble.

Iba cerrando la marcha, y Tito se retrasó para hablar con él.

—Gracias por la Virgen.

—Gracias por arriesgarte por mi papá.

En la esquina, Horacio gritaba:

—¡Mario y Tito: dos potencias!

Y Alfredo le hacía coro:

—¡Al rescate, los valientes!

—Tu papá y yo —dijo Tito— tuvimos los dos la misma visión, en el momento culminante. Y no lo sabíamos, nos enteramos comentándolo ahora mientras desayunábamos.

—¿Una visión?

—Sí. No. Es difícil explicarlo. Quiero decir que pensamos lo mismo. Y fue que aunque parecía que nos iban a matar, igual quedaban muchos caminos abiertos, ¿sabés por qué? Por ese sueño que nos contaste hoy: que Racing iba a salir campeón.

—Qué curioso. Yo también lo recordé, y también me ayudó.

Un silencio. Frías, Natalio y don Martín ya habían llegado a la puerta de la iglesia, y se volvieron a mirarlos, esperándolos. Ellos se habían retrasado un poco, y Mario aprovechó para sacarse una duda.

—Fue providencial que hoy te quedaras hasta más tarde. ¿Por qué lo hiciste?

—No sé. Por nada. Debo de haber tenido una inspiración.

—¡Pero no seas macaneador, Tito! ¿Te creés que no sé que te gusta Lidia? Fuiste a lo de don José buscándola a ella, ¿no es cierto? ¿Sabías que es la nieta?

—No, no sabía nada, ¡te lo juro! Sos como un hermano mayor para mí.

—¿En serio? Nunca me lo habías dicho.

—Gracias por la Virgen, y por la escalera. No olvidemos la escalera.

Mario habría querido preguntarle: ¿la querés de verdad? Pero ya habían llegado, y no había tiempo; además, si la quería o no, era cosa de Tito y de Lidia, no de él. El pequeño escuadrón se había reunido en la verja de la capilla. Mario, hablando más atropellado que nunca, esbozó la estrategia que seguirían:

—Iremos por la izquierda, de ese modo vamos a pasar por debajo del balcón de las monjas, y no podrán vernos. Al único que pueden reconocer es a mí, por eso voy a ir separado, atrás. Vos Tito metete por la derecha, hasta los primeros bancos: ahí dejé a Lidia, que está disfrazada de monja y acompañada de una monja de verdad que parece una china y está colaborando con nosotros. Sacala inmediatamente y esperanos en el kiosco. —Tito entró sin más. Se les reunió Horacio, que venía sin aliento—. Qué suerte que viniste: vamos a necesitar a alguien de veras corpulento. Escuchen: la idea es apoderarse de don José y enfilarse para la salida, sin contemplaciones. Creo que va a beneficiarnos el factor sorpresa: la Virgen que les mandé hace un rato todavía sigue en el altar, por un desfasaje del tiempo. Es posible

que la desaparición se produzca en cualquier momento, y podemos aprovechar el desconcierto. ¿De acuerdo? ¡En marcha!

Un minuto después ya habría sido tarde. No bien entraban en la atmósfera cargada del interior (la respiración de los asistentes había estado condensándose, y los kilómetros de tubo dorado estaban completamente mojados, dándole a toda la decoración un aire orgánico) estallaba la marcha nupcial, y aparecía, directo de las bambalinas del altar, la novia, formidable en su estructura blanca; un velo le cubría la cara. La locutora por los parlantes anunciaba la presencia de un juez, famoso coimero (¡se lo tenían todo pensado!), que, además de formalizar el matrimonio civil al mismo tiempo que el religioso, rubricaría las actas notariales de la entrega de las reliquias sagradas (los huesos de la mano derecha) de Peperino Pómoro, el Mártir de la Patagonia. Mario comprobó que sus amigos, precedidos por la masa intimidatoria de Horacio, se abrían camino a buen paso. A Tito lo había perdido de vista. Cuando estuvo a la altura de la mitad de la iglesia la pirámide de ataúdes dejó de obstruirle la visión del altar, y pudo ver cómo introducían a don José. Caminaba, y sin que lo guiaran, pero era evidente que estaba drogado. No tuvo que preguntar con qué: estaba empapado de pies a cabeza, el sobretodo chorreante como si hubiera caminado una legua bajo la lluvia. Lo habían bañado en té, para que el efecto fuera más rápido. Ya entraba en el altar cuando una monja se puso en puntas de pie a su espalda para verterle una última taza sobre la cabeza.

Costaba respirar, ahí adentro. Se abrían paso con relativa facilidad, apartando cuerpos exánimes, que se mantenían en pie por milagro, caras pálidas y sudorosas, viudas y huérfanos a los que sólo un extremado sentido del deber contenía. La acumulación de ceremonias simultáneas y contradictorias que habían maquinado las monjas para disimular sus intenciones había desorientado a todos.

Ya estaban en la primera fila. Lo esperaron.

—¿Atacamos? —dijo Horacio.

Mario vaciló, pensando en las pistolas de las monjas. Entonces, puntual y súbito, se produjo el «milagro». La Virgen desapareció. Fue un escamoteo tan limpio que el aire que ocupaba la estatua quedó perfectamente vacío, sin humo, por un instante. Un grito unánime salió de todas las bocas. Todos los curas, monjas, monaguillos y funcionarios que llenaban el altar se dieron vuelta para mirar...

—¡Ahora!

Se lanzaron hacia don José, el único que no había percibido nada. Mientras subía de un salto los dos escalones de mármol, Mario tuvo un recuerdo perturbador: los ángeles. No había dicho nada de esta maniobra, porque no creía que tuviera importancia, pero se preguntó si su traslado se estaría operando al mismo tiempo. Volvió la cabeza hacia los techos... En efecto, en ese momento desaparecían.

Y entonces sucedió algo que fue inesperado hasta para Mario, algo que sugería una liberación de las imágenes y sus procesos. La pirámide estalló, los féretros volaron en todas direcciones, y en el vuelo se abrieron por los seis lados; adentro no

había cadáveres, sino monjas, que en medio de la expulsión violenta por el aire (y algunas llegaban casi al techo altísimo de la iglesia) se abrían de piernas y parían un ángel dorado...

Eso ya fue demasiado. Horacio y Frías habían tomado a don José uno por cada brazo y se precipitaban hacia la salida, por el pasillo central, ahora despejado. Atrás, iban Natalio y don Martín. Mario se demoró para resistir a cualquier contraofensiva, aunque no la había. La Superiora, la única con la presencia de ánimo necesaria para tomar alguna iniciativa, había quedado fuera de combate: la onda expansiva la había proyectado hasta el fondo del altar, cabeza abajo, y sólo se veían sus membrudas piernas agitándose verticales, atrapada en el derrumbe inenarrable de su vestido. De modo que Mario corrió tras su padre. La iglesia entera era un pandemonio. Los cuerpos desinflados de las monjas caían entre la gente, las tablas de caoba de los ataúdes rebotaban en las columnas... Todos los que podían se lanzaban hacia la salida, y como ellos llevaban más impulso fueron de los primeros en ver la luz. Doblaron hacia la derecha sin aminorar el paso, rumbo al kiosco.

Allí los esperaban Tito y Lidia, ésta ya despojada del hábito, con su bolso y su bebé, como si nada hubiera pasado. Con un pañuelo habían secado la cara y la cabeza de don José, pero a Mario le pareció que había que hacer algo más radical para contrarrestar la acción del té. Sacó plata de la caja y se la dio a Damián, que seguía allí curioseando.

—Cruzá a Los Milagros y comprá una docena de medialunas de manteca. —Y a los otros—: Se las hacemos comer, y le van absorber el té.

Hubo un anticlímax.

—¡Hola don José! —saludaba Alfredo al pobre viejo zombi—. ¡Así que se nos casa! ¡Y no nos había dicho nada!

—¿Tuvieron problemas para salir? —le preguntó Mario a Tito—. ¿Y la monja «china»?

—La dejamos leyendo un *Para Ti* viejo. —Tito es un héroe— dijo Lidia. Mario los vio tomarse de la mano. —Vamos a casarnos— dijo Tito.

Natalio se sobresaltó.

—¿Están seguros? —dijo—. ¿No se están precipitando?

—Nos conocemos desde hace tiempo —explicó Tito—. Ella vivía en una casa tomada al lado de la verdulería donde trabajo, y hace unos días, cuando los desalojaron, le sugerí que viniera a dormir al Refugio.

—No me refería a eso —se explicó Natalio—. Quiero decir: ¿tienen los medios? Casarse cualquiera se casa, pero hay que pensar en lo material.

—Ya nos arreglaremos —dijo Tito.

—Yo necesito poco —agregó ella.

—Por ahora vamos a vivir con mis padres. Después, ya veremos.

Mario, que seguía este diálogo con los ojos entrecerrados, incubaba un océano de dudas. No tenía la tranquilidad de ánimo necesaria para contemplarlas y resolverlas

en su debido orden, pero, a priori, el conjunto le parecía sospechoso. Tito no era un héroe (a otro perro con ese hueso): era un enigma, aunque no más ni menos que el resto de la gente. Quien más, quien menos, todos encarnaban la profunda intriga de la rutina, del empleo cotidiano del tiempo, y sobre todo de cómo emplearlo para ganarse la vida. Esta mañana, Lidia había sido para él la flor profunda de la aventura; ahora la veía en una trama de matrimonio, de supervivencia, hasta de sordidez. Pero los dos estadios estaban demasiado cercanos, la transición era demasiado brusca. Tito no era un romántico; ¿lo movería el interés? El interés movía el mundo... Claro que Lidia también podía tener su interés, y muy concreto, y en ese sentido Tito era un objeto tan adecuado como cualquier otro. Ya podía verla, casada con este muchachito vulgar, teniendo más hijos, «arreglándoselas», haciendo la comida, lavando la ropa. Todo era posible. No sería ni más ni menos que tantas otras chicas que llegaban a buen puerto, con el marido que se merecían.

En el fondo, era una cuestión de «traducción». La traducción que daba sentido a las cosas y los hechos siempre era imperfecta, incompleta. Pero sobre ella velaba la traducción perfecta, como garantía de los depósitos de sentido.

Todo lo asombroso y fantástico, las genialidades y heroísmos, extravagancias y milagros, debían traducirse (y lo hacían sin que los obligaran) a lo cotidiano y corriente, para que tuvieran sentido; de hecho, ésa era la prueba de que habían tenido sentido originalmente. Porque eso, y no otra cosa, era el sentido: su traducción. Cuanto más sentido había, y cuanto más se consumaba la traducción, más ridículo y humorístico parecía todo; aunque en el fondo era melancólico, ya que se trataba de la vida que se gastaba sin remedio; pero ni siquiera quedaba el consuelo de que luciera su melancolía, porque el proceso creaba una euforia loca, y se resolvía en carcajadas casi idiotas. Todo se anulaba en la realidad de siempre. «Todo» si la traducción era perfecta, si no quedaban restos, para lo cual parecía necesario hacer un gran gasto de pensamiento, y la acción no siempre daba tiempo.

Podría decirse que para Mario ésa era la enseñanza de lo que había pasado. La estaba viviendo en carne propia. De segundo en segundo se precipitaba a la traducción perfecta, y el mundo (la mañana) no tardaría en mostrarle su cara lisa y pulida, una porcelana de colores.

A todo esto Damián ya había vuelto con las medialunas, y don José las masticaba y tragaba una tras otra. La terapia salvaje dio resultado: el viejo empezó a reaccionar y a responder a las preguntas que le hacían Frías y don Martín. No tardaron en entablar una discusión técnica que dejaba indiferentes a los otros. Hasta que llegaron a la cuestión del paquete de plata. En efecto, era el botín con el que había huido el cajero el día anterior. El cajero había acudido al viejo maestro. A la medianoche habían tenido una larga explicación, a resultas de la cual el dinero quedó en manos de don José, y el cajero recibió un pasaporte y un pasaje a Suiza, gentileza de las monjas (eran papeles diplomáticos, sustraídos a los funcionarios de la UNESCO que habían venido por la capilla). La negociación fue lo que precipitó los sucesos, y la Superiora

decidió adelantar la boda. ¿Pero por qué lo había dejado en el kiosco? Porque no creía que fuera a salir vivo de la ceremonia, y como casualmente se había enterado de que su nieta... A propósito, ¿dónde estaba?

Se la mostraron. Lidia se puso de pie y fue a abrazarlo:

—¡Abuelito!

—¡Lidita! ¡Qué grande estás!

Fue una pequeña escena conmovedora. Lo que no quedaba claro era que lo hubiera dejado en el kiosco...

—Es que anoche me encontré con esa profesora de piano de aquí a la vuelta, y me dijo que Mario y Lidia se iban a casar, entonces pensé que llegaría a sus manos de todos modos.

Mario soltó la risa:

—¡Pero no, don José! ¡Entendió mal! Es cierto que los dos nos vamos a casar, pero no entre nosotros. Ella se va a casar con Tito, yo con Rosita.

La Profesora, como era su costumbre, había provocado un malentendido. Por suerte todo había terminado bien. Don José aportaba ese dinero como dote a su nieta, y además le ofrecía su casa a la pareja (Tito, muy contento); él conservaba, si Frías estaba de acuerdo, su trabajo en Divanlito: con el sueldo, y su jubilación de bancario, le alcanzaba y sobraba para sus necesidades.

—¿Y con las monjas, qué hacemos? —preguntó Natalio volviendo la vista hacia los muros de la Misericordia.

Miraron a don José, que dijo:

—Yo lo único que quiero es vivir en paz. ¿Qué dice usted, don Martín?

—No intentarán nada por un tiempo. Comparto su opinión: dejémoslas en paz.

Don José no había opinado eso exactamente, pero lo dejaron pasar, porque la idea se entendía.

—Pero habrá que estar atentos —dijo Frías—. Estoy seguro de que tarde o temprano se les ocurrirá algo nuevo. No hemos ganado la guerra: sólo una batalla. La guerra es eterna.

Con estas palabras, más proféticas de lo que él mismo creía, se hizo el silencio. Mario miró su reloj y se quiso morir: las once y media. Qué asombroso el modo en que había volado la mañana. Y seguían todos reunidos, como en la «tertulia» entre las siete y las ocho, como si las discusiones se hubieran prolongado. Era la hora muerta, previa al cierre. La despedida. La dispersión. La señora que estaba comprando el diario cuando llegaron, y que se había quedado escuchando muy interesada, pagó al fin (Alfredo hizo el gesto de darle el cambio pero Mario se le adelantó, retomando sus funciones tras el largo paréntesis) y se fue. Don Martín dijo que su esposa lo esperaba con el almuerzo; Frías había dejado dos horas vacío su escritorio en la fábrica. Alfredo recogió la correa de Bambú; milagro que la madre no hubiera venido a ver por qué se demoraba tanto... No, no era un milagro porque ahí estaba, enfrente, esperando que cambiara el semáforo para cruzar y conversando mientras tanto con

Damián, que había sido el primero en despedirse, junto con Horacio: los porteros, que no hacían nada en todo el día después de baldear la vereda, siempre estaban apuradísimos, siempre yendo de un lado a otro. Horacio se había detenido a hablar con los empleados de las cocheras de enfrente, seguramente difundiendo, igual que su colega Damián, una versión personal de los hechos.

Por último, don José invitó a Lidia y Tito a almorzar a su casa.

—Tendré que improvisar algo —dijo disculpándose—: no tuve tiempo de hacer las compras.

Salieron, junto con Frías y don Martín, que también se iban, de abajo del alero del kiosco... y entonces oyeron una voz horrible, que sonaba a la vez muy cerca y muy lejos, y los congeló a todos, no sólo a ellos sino a la madre de Alfredo y a Damián, a Horacio en la puerta de las cocheras, y a la multitud que seguía agolpada en la puerta de la iglesia:

—¡José, entregate!

¿Eh? ¿Qué? ¿Quién? ¿Adónde...? Alguien lo descubrió y todos los demás, en cadena, siguieron su mirada y señalaron: ¡Allí! ¡Allí! Mario salió del kiosco corriendo, fue al cordón de la vereda y alzó la vista. Era en el techo del Liceo de la Misericordia, sobre el borde superior de la fachada. Recortada contra el cielo azul, en equilibrio precario, se perfilaba la novia más horrenda que hubiera podido salir de las pesadillas de un novio arrepentido. Era ella, Lili, la Reverendísima, espeluznante de odio y decisión, jugándose una carta definitivamente última. A su alrededor flotaba, como una nube maltrecha, el vestido blanco, todo desgarrado, los tules en tiras, los tubos desinflados, las turbinas abolladas. El velo había volado, dejando visible su cabezota de bruja, los ojos desorbitados, la boca en un rictus de loca. En la mano izquierda, un Magnavox. Este aparato fue el primer motivo de alarma; le permitía hacerse oír a cien metros hablando en susurros, ¡y aturdí! La voz procesada por su amplificador llenaba todo el espacio, con el resultado de que parecía brotar de cada conciencia. Un aparato tan sofisticado daba la medida de sus recursos...

Y en la mano derecha tenía algo, algo temible a priori, aunque a la distancia se veía como un inofensivo control remoto de televisión. Podía ser cualquier cosa: una pistola de rayos, un aniquilador, un transmisor de té atómico... ¿Qué límites había para la tecnología de última generación? ¿Cuál era la última generación? (Las monjas eran la última generación, y su tecnología era el tiempo.)

—¡Entregate! —repitió.

Tanta fue la sorpresa que no atinaron a sacar a don José de su radio de tiro. No hicieron nada, se quedaron mirándola embobados.

La amenaza se reveló no tan instantánea, pero más temible en el fondo, más paralizante por espectacular y grandiosa.

—¡Entregate, José...! —dijo la Madre-Lili por tercera vez—, ¡...o voy a buscarte!

De la garganta de don José salió un grito aterido:

—¡No! ¡Nunca!

Ella pareció oírlo pese a la distancia porque levantó la mano derecha, decidida a actuar. Apuntó con el pequeño aparato a un lugar entre los árboles del jardín cerrado a su izquierda. Todas las miradas siguieron esa dirección; no se veía nada, pero empezó a oírse un ruido, un «klang, klang», que a Mario le resultó conocido. No tuvo tiempo de decirles a sus amigos lo que creía que era, porque las copas de los árboles se agitaron, movidas por una presencia poderosa, y por encima del muro apareció una cabeza descomunal, una cabeza de monja... La sospecha de Mario se confirmaba: era el Monjatrón jardinero. Los ruidos metálicos de sus pasos se acentuaban, acompañados de intensos zumbidos. Ya se veía la cara de porcelana blanca, los ojos rosados, dos lámparas láser encendidas en pleno día, los hombros del tamaño de un colectivo visto de frente. Iba directo al muro. ¿Cómo saldría?

Lo hizo del modo más simple y brutal: arremetió. Todo metales de alta densidad, fortaleza gravitatoria en forma de monja, energía de avance a toneladas, el muro no se le resistió más que un shoji de celofán: estalló en una nube de escombros y el Monjatrón dio un paso en la vereda, donde se detuvo. Hubo un «ah» de espanto al verlo surgir de cuerpo entero. La masa debía de ser equivalente a la de dos elefantes superpuestos. La sotana, un telón de teatro de ópera, caía en pliegues flotantes, que se agitaban realmente pero no por acción de la brisa o el movimiento sino por simulacro programado, porque era de micropuntos de cromo negro unidos por acero líquido. Los brazos eran muy largos y le daban un aire simiesco. Aquí había un detalle que Mario no había notado en el primer encuentro: los brazos no terminaban en manos sino en instrumentos de horticultura: el derecho en una azada, el izquierdo en un rastrillo.

El estallido del muro había proyectado esquirlas de mampostería hasta la mitad de la avenida. Algunas habían caído sobre autos que pasaban, y uno de los conductores, al que un ladrillo suelto le reventó el parabrisas, perdió el control de su vehículo, hizo un trompo y provocó una colisión múltiple. El tránsito quedó bloqueado, y un coro fenomenal de bocinas hizo la banda sonora de toda la escena siguiente. Los balcones de todos los edificios de enfrente, incluida la gran torre de Horacio, se habían llenado de espectadores. Por las calles laterales venía más público, y no tardarían en acudir las fuerzas del orden de la comisaría treinta y ocho.

La primera en reaccionar fue Lidia:

—¡Corré, abuelito! ¡Te va a agarrar! —gritó con voz aguda.

Pero ¿adónde correr? ¿Adónde meterse? Al Monjatrón, era evidente que no lo detendría nada, ni paredes ni distancias. Y don José, viejo y cansado, no era de los que corrían. Pero tampoco podía esperar el rastrillazo del *doppelgänger* fatal. El Monjatrón dio un paso... klang, klang... en la dirección errónea. La Madre, en el techo, agitaba frenética el control remoto, apretando todos los botones. Su monstruo dio un cuarto de vuelta chirriante, enfiló hacia la calle, tropezó con uno de los coches de la funeraria estacionados (¡botón, botón, botón!), levantó una pierna y le dio un

pisotón ciclópeo en la capota; otro paso, estaba en la calle, giró hacia el lado del kiosco y su presa, ¡klangggg...! La vuelta fue excesiva: quedó mirando hacia el boquete del muro. Con toda clase de crujidos, zumbidos y chillidos comenzó a rectificar la posición... Era obvio que Lilí estaba aprendiendo a manejarlo sobre la marcha. Lo que les daba un lapso providencial para preparar una defensa, aunque era difícil imaginar cuál podría ser eficaz, contra semejante enemigo.

—Tengo una idea —dijo Frías—. Es arriesgada, y no sé si funcionará, pero ¡a grandes males, grandes remedios! Hace muchos años Divanlito mandó construir unos robots publicitarios que, si no me equivoco, tenían la misma tecnología que este Monjatrón. Los hizo un sabio loco del barrio, Phillipe Lamarque de Panzoust, que vivía en la mansión donde ahora está la plaza. Lo apodaban Neurus, y fue el modelo de un personaje de historieta...

—Sí, ya sé —dijo Mario, impaciente.

—Esos peles se conservan en el depósito, y hay uno de tamaño como para hacer frente a este monstruo...

—¿Podrá hacerlo andar? —preguntó don Martín sin apartar la vista del Monjatrón, que había dado vuelta de una patada a uno de los autos accidentados.

—Ya veremos —dijo Frías, y salió corriendo hacia la fábrica.

Lo hizo rápido, pero no tanto como para que mientras tanto el Monjatrón no tuviera tiempo de enderezar su marcha y empezar a caminar, con pasos que resquebrajaban el asfalto, hacia el grupito atónito frente al kiosco.

—¡Rajemos! —gritó Alfredo.

—No, esperen —dijo Mario—. Si la vieja loca nos ve correr, lo va a poner en cuarta y va a haber una hecatombe.

En efecto, la avenida estaba cubierta de autos detenidos; una decena se interponía entre el Monjatrón y ellos. Al llegar al primero lo dio vuelta de una patada. Los conductores maniobraron desesperadamente para salir por Bonorino; los que no pudieron optaron por salvar la vida abandonando el vehículo (total, el seguro pagaba los daños). El avance pausado del robot les daba tiempo; si hubiera acelerado, quién sabe qué destrozos y matanzas habrían tenido lugar.

—¿Qué hacemos, entonces? —dijo Natalio.

Mario miraba nerviosamente por encima del hombro en dirección de la fábrica.

¡Klang!

¡Klang!

Un paso más... Otro... ¡Crash! Un Duna que volaba por el aire y quedaba posado en el techo del Refugio. ¡Klang!

—¡Mario!

Era Frías, que salía corriendo del salón de Divanlito, él también con un control remoto en la mano. Mario se le reunió a medio camino. El pandemonio de los autos era fenomenal, pero al menos esa media cuadra se había vaciado, de ese lado (algunos habían doblado, otros se habían subido a la vereda de enfrente).

—Está allí —le dijo Frías señalando el frente vidriado del primer piso, encima del salón—. Esperemos que funcione. Hace treinta años que junta polvo.

Bajaron a la calle y Frías apuntó el aparatito y pulsó un botón. Volvió a apretarlo una y otra vez, porque no parecía que pasara nada. Mario miró a su izquierda: el Monjatrón ya estaba a un paso del grupo, que seguía inmóvil.

Y entonces... estalló el frente de Divanlito, y una figura gigante saltaba a la vereda. La nube de cristal pulverizado lo veló durante el primer momento. Cuando los espectadores armaron en la percepción su figura ridícula, nadie pudo reprimir una sonrisa, pese a lo dramático de los momentos que se vivían. Era «El Dormilón»: el cuerpo flácido vestido con un pijama arrugado, el saco desprendido sobre la panza, un gorro de dormir torcido en la cabeza, sin afeitar, con los ojos hinchados de tanto dormir. Su siesta había durado décadas, y ahora se despertaba al mediodía, el Sol lo cegaba. Varillas y placas de vidrio se deslizaban por sus hombros, hasta sus pies calzados en pantuflas con pompón. Pero, a pesar de su aire humorístico, era un adversario a la medida del Monjatrón: él también tenía cuatro metros de alto, también era un tecnobot de metales líquidos. Y no había tiempo para admirarlo o reírse de sus bostezos y desperezos programados. Frías no les daba tregua a los botones, descubriendo cuál movía los brazos, cuál las piernas, cuál lo hacía girar, cuál avanzar. Todo aprendizaje lleva tiempo, y ahora lo que no había era tiempo. Mario creyó que podía hacerlo mejor y quiso manotear el control remoto, pero Frías lo conservó, estirando el brazo para un costado. Parecían dos chicos peleándose ante el televisor. Faltaba que uno dijera: ¡es mío! y el otro: ¡prestámelo, vos lo tenés siempre! Sea como fuera, Frías lo había puesto en marcha, y ya se dirigía hacia el Monjatrón. Don José y los otros se habían escapado corriendo, justo a tiempo, y contemplaban la escena desde el fondo del kiosco.

Los dos robots se enfrentaban, en la calle. Allí arriba del Liceo Lili había soltado el Magnavox y se concentraba en el control remoto. Frías, lo mismo. Una batalla de titanes mecánicos, teleguiados.

El Monjatrón levantó el rastrillo. Iba a asestar el golpe sobre el hombro de su contrincante, pero el Dormilón se desperezó de prisa y fue tanto lo que se estiró que el rastrillazo pasó de largo. De inmediato venía un golpe con la azada, para arrancarle la cara; el Dormilón bostezó y la azada dibujó una media luna en el vacío dentro de la boca abierta. El Dormilón pasó al ataque, lanzándose con un abrazo de oso y pasos de borracho sobre el Monjatrón, que retrocedió un paso, dos... la calle se sacudía, los autos detenidos bailoteaban con ruido de latas, la gente se tomaba del vecino para no caerse. Los dos gladiadores retrocedieron un paso. A Lili y a Frías se les ocurrió simultáneamente captar la espalda del otro, y los muñecos empezaron a girar. Por sorpresa, el Monjatrón le asestó una patada en la ingle al Dormilón. Hubo un momento de suspenso (como si tuviera genitales de verdad)... El Dormilón, doblado en dos, le asestó tremendo cabezazo al Monjatrón a la altura del ombligo. De inmediato, un uppercut. ¡Klang! La imaginación, que no deja de trabajar ni siquiera

ante la realidad más palpable, se las arreglaba para ver en ellos seres vivos: una monja, un vecino sacado de la cama... Era tan escandaloso ver que un hombre le pegara una trompada a una monja como que una monja quisiera decapitar con azada y rastrillo a un inofensivo señor en pijama. Pero eran dispositivos mecánicos, simulacros gigantes. Se habían recalentado, y a cada movimiento sonaban tantos «¡klang!» que aturdían. De pronto cayeron uno sobre el otro y se sacudieron con furia, en un tango de montañas. Volvieron a separarse: ¡klang! ¡kling! Había llegado la policía, pero no podía hacer nada, salvo hacer retroceder a los curiosos y activar la huida de los autos por la calle Bonorino. En su ceguera de máquinas, los dos Titanes en el *Ring* obedecían a las ondas electromagnéticas que disparaban Frías y Lili, y como ellos lo hacían un poco al azar, tratando de adaptar los programas de las efigies a un combate para el que no estaban hechos, la batalla se volvía incongruente: uno carpía, rastrillaba, sembraba y podaba, el otro bostezaba, se desperezaba... Frías descubrió un movimiento que podía serle útil: el clásico puñetazo de arriba hacia abajo para aplastar el despertador. Lo aplicó sobre la cabeza del Monjatrón. ¡Klang! El Monjatrón tenía un fumigador antigorgojo a presión en la boca: Lili esperó a que el Dormilón bostezara, y le mandó un chorro de catorce mil atmósferas de gamexane. Ni por ésas. Volvían a girar...

Un tremendo aleteo mecánico distrajo todas las miradas. El techo a dos aguas de la capilla se había plegado hacia arriba, dejando salir un verdadero geiser de incienso rumbo al cielo. Evidentemente en el interior se había acumulado demasiada presión. Detrás del incienso brotaron los angelitos, y quedaron flotando en el aire un momento, antes de reunirse en un giro, como una bandada de estorninos que capturaba en su oro una miriada solar... ¡Y se lanzaron hacia el escenario del combate! Los testigos habrían jurado que cada angelito venía sonriendo. Se interpusieron entre los dos robots, los envolvieron en una ronda vertiginosa, y pasó algo inesperado. El Monjatrón y el Dormilón se adelgazaron hasta volverse chatos como láminas. Un intenso olor llenó la calle, un olor nunca sentido antes por ningún ser humano. ¿Sería el olor de los átomos? Y las dos figuras comenzaron a elevarse, en el aire blanquísimo del mediodía, ingravidos, rodeados por los angelitos atorbellinados.

Se elevaban, ondulando, ya puras láminas. La liviandad máxima que sugerían indicaba un máximo de contigüidad con el aire (inversa a la transparencia). Ya no debían ponerse de un lado o de otro para que se los viera de frente o de perfil o de atrás, de arriba o de abajo. Ni respondían a sus mandos ni se peleaban. Ya estaban a veinte metros del suelo, a treinta... La distancia los hacía pequeños, reconciliados. Los angelitos ya se veían como puntos de oro, un puro vórtice móvil. El Dormilón y el Monjatrón se acercaron hasta tocarse, y cuando se separaron, en los ritmos del aire, desplegaron una larga cinta celeste y blanca que decía RACING CAMPEÓN. Una gran exclamación recorrió a la multitud, la exclamación se transformó en risas, en aplausos, y fue la verosimilización definitiva de la aventura. El fútbol era la realidad

infinita que los abarcaba a todos, el Gran Sueño que daba continuidad a sus días y densidad narrativa a sus vidas. Era en definitiva el triunfo del fútbol, y en su apoteosis se revelaba que no había por qué temer a las monjas, porque hicieran lo que hicieran, en su militancia elitista contra el empleo del tiempo popular, en el fondo contribuían a ese triunfo. Con esta tranquilidad, ya inquebrantable, cada cual volvió a sus cosas, con prisa por recuperar el tiempo perdido, el tránsito se reanudó en la avenida, los deudos del funeral se embarcaron en los autos negros, la Superiora desapareció... Mario había contemplado los últimos avatares medio dormido, y a Natalio también se le cerraban los ojos: la siesta urgía. Empezaron a cerrar el kiosco con los movimientos habituales. Entonces sí fue la despedida.

—¿Es el fin del mundo? —preguntó la madre de Alfredo.

—No. Es el fin de la mañana.

Del Grego salía un río de niños con guardapolvos blancos. Don José con la parejita ya estaba en la esquina cuando Mario se acordó de algo y llamó a Lidia:

—¿Qué fue lo que alzaste del suelo al salir de la celda?

Ella buscó en su bolso y sacó una cucharita.

—¿Vos también guardaste la tuya?

—Sí. —La sacó del bolsillo y se la mostró: idénticas, de plata, con los característicos tubos Panzoust miniaturizados enroscándose en el mango. Era admirable la coherencia estilística del mundo de las monjas.

—Son un bonito recuerdo, ¿no? —dijo Lidia—. Yo la voy a guardar para siempre.

24 de abril de 1995



César Aira nació en Coronel Pringles, Argentina, en 1949. Desde 1967 vive en Buenos Aires, dedicado a la escritura de novelas, ensayos y muchos textos que oscilan entre ambos géneros y a la traducción. Aira es uno de los narradores más radicalmente originales, imaginativos, inteligentes y delirantes. Su obra ha sido publicada profusamente en Argentina, Chile, México y España, y sus novelas han sido traducidas a más de veinte idiomas.